# LA HABANA

## A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

## MEMORIAS

DE

ANTONIO DE LAS BARRAS Y PRADO

MADRID
IMPRENTA DE LA CIUDAD LINEAL.—TELÉFONO S-12
LAGASCA, 6, BAJO
1926

# LA HABANA A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

# LA HABANA
## A MEDIADOS DEL SIGLO XIX

## MEMORIAS

DE

ANTONIO DE LAS BARRAS Y PRADO

LAS PUBLICA SU HIJO

FRANCISCO DE LAS BARRAS DE ARAGÓN

◇ ◇ ◇

MADRID
IMPRENTA DE LA CIUDAD LINEAL.—TELÉFONO S-12
LAGASCA, 6, BAJO
1925

Es propiedad.

Copyright.

# ÍNDICE

Páginas

DOS PALABRAS..... 7

I.—De Sevilla a Cádiz.—Botadura del navío «Isabel II».—Una escuadra holandesa.—Salida de Cádiz y travesía.—Encuentro con buques.—Calma.—Fuego a bordo.—En el mar de las Antillas.—Llegada a la Habana.....

II.—Principios de mi carrera mercantil.—Gobierno del General Cañedo.—Le sustituye Pezuela.—Sus medidas patrióticas.—Manifestaciones políticas en la Prensa.—Nombramiento y entrada del General Concha.—Sus reformas administrativas.—Conspiración separatista.—Creación de los cuerpos de voluntarios.—Ejecución de Pintó..... 11 21

III.—Detalles de la vida ordinaria.—Un desastre financiero.—Baile en el navío «Isa-

Páginas

bel II» para celebrar el nacimiento del Príncipe Alfonso.—Voladura del polvorín de la Marina.—Marcha del General Concha..... 33

IV.—El General Serrano.—Coronación de la poetisa doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.—La anexión de Santo Domingo.—Un incidente.—Unos versos satíricos —Mi enfermedad.—Quiebra de la casa Noriega Olmo y Compañía.—Partida para la península..... 47

V.—*La Habana.*—Descripción de la ciudad.—Monumentos. — Distracciones —Puerto.—Fortificaciones.—Clima.—El «vómito».—Medios de comunicación.—Espectáculos públicos. — Sociedades artísticas y otras.—Sitios céntricos... 59

VI.—*La Habana.*—Sus habitantes.—Los criollos y la doctrina de Monroe.—Los indianos.—Religiosidad.—Forma de gobierno y vida.—Lujo.—Educación.—Tendencias separatistas..... 77

VII.—*La Habana.*—Las cubanas y los cubanos.—Sitios de veraneo.—Bandos galleros.—El juego en general.—El billar..... 91

VIII.—*La gente de color.*—Situación legal y social de los esclavos.—Intervención de Inglaterra contra el comercio de esclavos.—Los negros libres.—Su situación social.—Los negros en los Estados Unidos.—Los mulatos en general.—Las mulatas.—Composición poé-

Páginas

tica titulada «La Mulata».—Los negros de nación.—El día de Reyes.—Los ñáñigos..... 107
IX.—*La trata.*—El negocio y la estafa.—Una venganza.—Etapas de una expedición de negros desde que se proyecta hasta que desembarca..... 125
X.—Regreso.—La salida.—La fragata «Ana Teresa».—Pasajeros.—Muerte de la Marquesa de Selva Nevada.—Conjuro contra la calma.—Un temporal.—Ultimas etapas.—Muerte del Padre jesuíta Morales.—Llegada a Cádiz..... 145
XI.—Preparativos de regreso a la Habana.—Embarque accidentado.—Instalación a bordo.—Consideraciones sobre el mareo.—El casino del buque..... 159
XII. —De Cádiz a Canarias.—Santa Cruz de Tenerife.—Puerto Rico.—La Bahía de Samaná.—Fin de viaje..... 167
XIII.—Otra vez en la Habana.—La cuestión de Méjico.—Salida de la Escuadra española para Veracruz. — Llegada de Prim.—Las escuadras francesas e inglesas.—Guerra de Secesión en los Estados Unidos.—Cuestión entre los Estados Unidos e Inglaterra.—Sucesos de Méjico hasta la retirada de España e Inglaterra.—Final del Gobierno del General Serrano y llegada de Dulce..... 185
XIV.—Política del General Dulce.—Incendio de los almacenes de Regla.—Derribo de

Páginas

las murallas. — Incendio del vapor «Méjico».—Un suceso en el teatro de Tacón.—Un desafío.—Una infamia.—Cacerías.—Varios tipos más o menos interesantes..... 197

XV.—*Santo Domingo.*—Nuestra política y administración en la isla.—Las dos primeras insurrecciones.—Se provoca la tercera y última.—La guerra durante el mando del General Rivero.—Mando del General Gándara.—Consideraciones finales..... 213

XVI.—*Méjico* —Sitio de Puebla por los franceses.—Entrada en Méjico.—Huída de Juarez.—Gobierno provisional. —Votación a favor del Imperio.—La cuestión de los bienes eclesiásticos.—Cambio de política. — Llegada de Maximiliano.—Estado del país al inaugurar su gobierno el Emperador..... 231

XVII.—*Los Estados Unidos desde 1862 a 1865* — Causas de la guerra de Secesión.—Sus efectos posibles en las Antillas españolas.—La opinión en Cuba acerca de la guerra.— Los ejércitos beligerantes.—Operaciones sobre Richmond.—Aprovisionamiento y armamento.—Marina.—Victorias del General Lee.—Decreto de abolición de la esclavitud.—Disturbios en el Norte.—Un General gaditano.—Nuevo plan de campaña.—El General Grant.—La guerra en el mar.—Reelección de Lincoln.... 239

Páginas

XVIII.—Decido regresar a la Península.—El vapor «Isla de Cuba».—Temporal en el Golfo de las Yeguas.—Fin del viaje.—Notas finales sobre las guerras de secesión de los Estados Unidos y de Santo Domingo..... 273

# DOS PALABRAS

Mi padre, D. Antonio de las Barras y Prado, era asturiano y había nacido en Trubia en 1833. Es un caso de equilibrio entre el N. y el S. de España. Mi abuelo, D. Francisco de las Barras y Díaz, era natural de Bollullos de la Mitación en la provincia de Sevilla; los azares de su carrera militar empezada en la Guerra de la Independencia y continuada en América en la expedición del general D. Pablo Morcillo, le llevaron años después a Trubia donde estuvo diez años. En Oviedo casó con mi abuela D.ª Teresa del Prado y Vanciella, de familia bien asturiana y en Asturias nacieron todos sus hijos. Cuando mi padre tenía unos tres años ascendió mi abuelo y fue destinado a Sevilla, donde acabaron de criar y educaron sus hijos, pero recibiendo de mi abuela una constante infusión de amor hacia la tie-

rra donde habían nacido y que ella no volvió a ver. Ido mi padre a Cuba, vivió entre asturianos, y la mejor prueba de que ese amor a la tierra donde nació había arraigado en su alma profundamente es que, apenas regresó a España la primera vez, hizo un viaje a Asturias y se puso en contacto y relación con la familia bastante numerosa, que allí tenía, y por si esto fuera poco, cuando ya estuvo establecido en Sevilla, veraneaba en Asturias casi todos los años, y desde que yo tuve ocho, me empezó a llevar con él y me puso también en relación con la familia de Asturias; relación que conservo hoy con los que quedan con el mayor cariño. Amante como el que más de Sevilla donde nací y orgulloso de la estirpe andaluza de mi madre D.ª María Gertrudis de Aragón y Romero y de la de mi abuelo paterno, no lo estoy menos de la cuarta parte de sangre asturiana que llevo en mis venas. Una de las más legítimas satisfacciones de mi vida es haber empezado mi carrera del profesorado en 1897 como auxiliar de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Oviedo y haber tenido la suerte de volver en 1906 a ocupar la cátedra de Mineralogía y Botánica en la misma Universidad a la que pertenecí hasta 1911.

Las circusctancias que rodearon la primera

juventud de mi padre no eran propicias a una carrera universitaria, que fué el sueño nunca realizado de su vida. Estudió, además de las primeras letras, Latín y en general Humanidades en un colegio célebre entonces en Sevilla del Padre Sotelo y luego empezó a prepararse para hacer la modesta carrera de piloto mercante con un antiguo y competente marino D. M. A. Benavides y López que se dedicaba allí a esas enseñanzas, y aparte de las necesarias matemáticas, estudió dibujo, cosmografía, etc., etc., y tambien francés. A esto llegaban sus estudios cuando las necesidades de la vida lo llevaron al comercio a la Habana. Allí todavía aprendió inglés y asistió a cursos de diferentes materias en el Liceo. Estos fueron sus estudios en los que no tuvo título alguno oficial. Sus aficiones le hicieron leer, principalmente, asuntos históricos durante toda su vida y escribir también bastante. Por el momento me decido como tributo de amor filial a publicar las Memorias que se refieren a su estancia en América, pero poseo muchos más manuscritos que acaso también algún día se impriman y salgan a luz.

Sus aficiones estudiosas le hicieron retirarse de los negocios en cuanto tuvo lo suficiente para vivir con modestia. Era yo aun muy niño cuan-

do los dejó por completo y se dedicó del todo a su familia y sus libros. Vivió sobria y metódicamente y alcanzó la edad de ochenta y cuatro años; falleciendo sin enfermedad y sin haber guardado cama ni aun en su último día, el 20 de junio de 1917. No ha dejado ningún enemigo.

Sevilla, 14 de septiembre de 1925.

FRANCISCO DE LAS BÁRRAS DE ARAGÓN.

# I

**De Sevilla a Cádiz.—Botadura del navío «Isabel II».—Una escuadra holandesa.—Salida de Cádiz y travesía.—Encuentros con buques.—Calma.—Fuego a bordo.—En el mar de las Antillas.—Llegada a la Habana.**

Octubre, 11 de 1852.—Salí de Sevilla bajo un fuerte aguacero a las ocho de la mañana en el vapor español «San Telmo», propiedad de la famosa Compañía del Guadalquivir, y sin peripecias en el viaje dignas de contar, llegué a Cádiz a las cuatro de la tarde.

Lo que más me preocupaba cuando me embarqué, como sucede a todos los novatos, era el paso de la barra de Sanlúcar, por el mucho miedo que todos me metían con el mareo.. Llegado el momento empezó a balancear furiosamente

el buque a causa de la mucha mar que había, en términos que casi todos los pasajeros se marearon; pero yo contra lo que esperaba, tuve la fortuna de escaparme de dicha mortificación, así como también mi padre que me acompañaba en este viaje. Una vez en tierra nos hospedamos en casa de nuestro amigo D. José Lobatón.

Octubre, 13.—El amigo Lobatón me invitó a que lo acompañase al arsenal de la Carraca para ver la ceremonia de botar al agua el navío «Isabel II», lo cual acepté gustoso pues, con mis diez y ocho años ni tenía idea de lo que era un arsenal, ni menos un buque de guerra de aquellas proporciones. A las once de la mañana nos embarcamos en un vaporcito y llegamos en veinte minutos al arsenal, cuyo establecimiento estuvimos entretenidos en recorrer hasta la una, hora en que se practicó la ceremonia, saliendo majestuosamente el navío del dique al grito de «viva Isabel II». A las dos de la tarde regresamos a Cádiz en el mismo vaporcito.

Octubre, 20.—Desde el once hasta hoy me ocupé en pasear por Cádiz y no encontré nada notable; verdad es que tenía embargado el pensamiento con mil ideas quiméricas formadas por la impresión del dilatado viaje que iba a emprender.

Arreglado mi pasaje en la fragata española «Estremosa Dolores», mandada por el capitán don Ramón Grindas, se volvió mi padre a Sevilla y yo me quedé esperando la salida del buque. Reinaba un levante duro, y como estaba el buque fondeado en Puntales, tuve que ir con viento y mar de proa, voltejeando, hasta conseguir abordarlo, llegando completamente empapado en agua. Como el viento era tan fuerte, el capitán no se atrevió a salir y nos detuvimos hasta el día siguiente.

Durante mi permanencia en Cádiz, entró una escuadra holandesa compuesta de cinco o seis buques, la mayor parte de *tornillo* (hélice), que fueron los primeros barcos de esta clase que he visto en mi vida. Los saludos que hicieron a la plaza, fueron también los primeros cañonazos que he oído salir de las baterías de barcos de guerra.

Octubre, 21 de 1852.—A las seis de la mañana nos dimos a la vela con viento duro del E. y fuertes chubascos, siguiendo así hasta las cuatro de la tarde que nos quedamos en calma, lo cual duró todo el viernes 22 y sábado 23, en que a la una de la mañana empezamos a navegar de nuevo con viento del N. O. A las nueve se formó una turbonada que fué corriendo todo el

círculo del horizonte y desapareció por el Este, quedando un viento flojo de tres millas de velocidad.

El domingo 24, a las dos de la mañana, empezó a soplar viento fresco de N. NE. que nos hacía andar de seis a siete millas por hora; y seguimos con calmas intercaladas de vientos fresquitos de cuatro a cinco millas hasta el jueves 28. A las ocho de la mañana de este día, nos pusimos al habla con el bergantín-goleta español «Paquete Antilla» procedente de Barcelona, que traía veinte y ocho días de navegación. El viernes 29, a las seis de la mañana, reconocimos el Pico de Tenerife y pasamos por el N. de las Canarias.

El sábado 30, como a las dos de la tarde, se puso en facha a nuestra vista un bergantín inglés y destacó hacia nosotros un bote tripulado por cuatro hombres. Nuestro capitán se alarmó, acaso demasiado, sospechando que fuera algún pirata y mandó sacar los fusiles del armero y repartirlos entre los soldados que llevábamos de pasaje, ordenando que todo el mundo se agachara detrás de la obra muerta y estuviera dispuesto a rechazar el abordaje. Pero nada de lo que se había temido sucedió; el bote se acercó a nuestro costado y dijo el timonel que pertene-

cía al bergantín inglés «Hope», el cual, en un temporal había perdido toda la aguada que llevaba sobre cubierta y hacía algunos días que la tripulación no podía apagar la sed. Tranquilo ya nuestro capitán, mandó llevarles una cuarterola de agua, dándoles además dos calabazas de Rota, una espuerta de galletas y dos mazos de puros. Ellos, en cambio, nos trajeron un poco de carbón de piedra y un hermoso bacalao de Escocia. Hacían el viaje de Liverpool a Demerara en Guyana Inglesa. Era de ver cómo aquellos marineros, en el momento de recibir el agua, se abalanzaron a ella disputándose el jarro con verdadera furia.

El miércoles 3 de noviembre, empezó a soplar un viento *frescachón* que nos hacía marchar a nueve millas por hora con buen rumbo. El jueves 4 aflojó, quedando la marcha en cinco millas y el viernes 5 se cambió el viento de proa, viéndonos precisados a tomar la vuelta del N. NO.

El martes 9 de noviembre, empezamos a ver la hierba llamada por unos *manzanillo* y por otros *zargazo* que se encuentra flotando movida por las olas en gran parte del *golfo de las Damas;* haciendo creer a algunos pasajeros equivocadamente que estábamos cerca de tierra. Allí

nos cogió una *calma chicha* que duró unos diez días, con un calor sofocante que derretía la brea de las costuras de la fragrata. No puede imaginarse nada más molesto que estas calmas, pues las ondulaciones constantes del golfo, estando el buque parado, lo balancean de una manera irregular y violenta en todas direcciones, haciendo muy difícil el coger el sueño a causa de la falta de estabilidad en el cuerpo.

Por fin vino el viento tan deseado y seguimos navegando hasta el 25 de noviembre, que fué el día más terrible del viaje, pues se declaró un incendio en el almacén de la cámara, que puso en gran alarma a todos los tripulantes y pasajeros.

Este incendio provino seguramente de haber tirado al descuido un fósforo que sirvió para encender el farol al *guardián* y a los marineros que fueron aquella mañana a sacar galleta para la *gente* (marinería); pues yo los vi entrar en la *Santa Bárbara* con el farol apagado. Hecha la faena salieron, cerraron el portalón y nadie notó nada hasta las nueve y media en que lo abrió el *muchacho de cámara* o camarero para sacar vino para el almuerzo. Al entrar el viento, el fuego, que se había propagado lentamente, se avivó de pronto y empezó a salir un humo tan espeso y unas llamas tan grandes que era imposible per-

manecer en la cámara. Al piloto, que bajó a hacer un reconocimiento, hubo que sacarlo medio asfixiado.

La confusión que se produjo a bordo fué espantosa; los pasajeros de la cámara, la mayor parte oficiales del ejército, sacaban sables y pistolas y corrían alocados de un lado para otro. El capitán, muy pálido, hacía lo mismo y todos ellos, incluso los soldados que venían de pasaje, cuchillo en mano, se iban poco a poco acercando a los botes, para apoderarse de ellos en el caso en que el fuego no hubiera podido cortarse. El contramaestre cogió un hacha para abrir un boquete en la cubierta por donde fuera más fácil echar agua, pero el piloto lo creyó inoportuno porque eso hubiera dado lugar a una corriente de aire favorable a la combustión, y en esta perplejidad un marinero valenciano se bajó resueltamente a la cámara con dos baldes de agua que arrojó por la puerta de la *Santa Bárbara;* al oir que pedía más, nos apresuramos a dársela por la lumbrera y para que no faltase establecimos entre unos pocos un cordón que pasaba de mano en mano los baldes tomando el agua de la tina del baldeo, que otros se encargaban de llenar. Así se consiguió dominar el fuego y apagarlo completamente.

De todos los tripulantes, el que más me llamó la atención fué el timonel, quien a pesar del humo y las llamas que subían hasta la toldilla, no abandonó la rueda del timón y siguió impávido en su puesto como si nada hubiera estado pasando.

A todo esto ¿que hacía el capitán? Corría de acá para allá, dando voces como un loco sin tomar resolución alguna.

Nunca he creído llegada mi última hora como en aquel día y mi asombro es haber sido dueño de mí mismo en tan críticas circunstancias. Si por desgracia hubiera sido necesario llegar a echar mano de los botes, dado el estado de los ánimos y la indisciplina que dominaba, se hubiera producido una escena horrorosa, y un desastre como resultado.

Por fin todo paró en paz y para compensar el mal rato que nos produjo el fuego, a eso de las doce vimos la isla de Puerto Rico, primera tierra, después de veinte y ocho días de reconocidas las Canarias.

El viernes 26 de noviembre, vimos la isla de Santo Domingo y el vapor correo de la Península que salió de Cádiz el 8 de este mes, o sea diez y ocho días después que nosotros. A eso de las once de la noche de este día y con e

viento en calma se formó una turbonada con rayos y truenos de lo más espantoso que he visto en mi vida; acabando por resolverse en un aguacero torrencial que duró hasta las cuatro de la mañana. Estas turbonadas me dijeron que son frecuentes en las costas de Santo Domingo y en general en aquellos mares.

El martes 30 de noviembre, fondeamos a la entrada de la ría de Nuevitas, para no embocar de noche el canal viejo de Bahama, y al amanecer levamos siguiendo nuestro viaje con buen tiempo hasta el sábado 4 de diciembre, que el viento de proa nos obligó a fondear en el *Placer de los Roques*, manteniéndonos allí hasta las doce de la noche en que por la fuerza del viento y las corrientes se nos rompió la uña del ancla. Esto obligó a largar las velas y poniéndonos a rumbo, pues el viento lo permitía, conseguimos a poco desembocar sin novedad.

Nuestro viaje continuó hasta el lunes 6 en que, a eso de la una de la mañana, vimos la farola del Morro de la Habana. Estuvimos dando bordadas hasta el día, subiendo el práctico a bordo a las siete y como el viento era contrario para entrar a la vela, seguimos fuera hasta las doce en que nos entró a remolque el vapor «Yor».

A las siete de la mañana, desde el buque, su-

frimos el triste espectáculo de ver ajusticiar en el Campo de la Punta a dos negros y una negra que habían envenenado a sus amos. Mal presagio era éste para entrar en la Habana; sin embargo, yo aunque no puedo contar grandes prosperidades de allá, he escapado mejor que otros; pues no sólo no pasé la fiebre amarilla (vómito) sino que en otras enfermedades de consideración que tuve, conseguí salir con el pellejo y recobrar completamente la salud.

Salté por fin en tierra y presenté una carta de recomendación que llevaba para don Pedro de la Sierra, amigo de mi tío don Isidoro de Prado, el cual había de facilitarme todo lo necesario para trasladarme a San Juan de los Remedios, que era el punto de mi destino. Pero parece que la suerte había ordenado me quedase en la Habana, como punto más a propósito para adelantar algo, por su importancia mercantil y senté aquí mis reales, quedándome en el almacén de víveres al por mayor, propiedad de Noriega Olmo y Compañía, cuyo encargado era el citado don Pedro de la Sierra.

## II

**Principios de mi carrera mercantil.—Gobierno del General Cañedo.—Le sustituye Pezuela.—Sus medidas patrióticas.—Manifestaciones políticas en la prensa.—Nombramiento y entrada del General Concha.—Las reformas administrativas. — Conspiración separatista.—Creación de los cuerpos de voluntarios.—Ejecución de Pintó.**

En el citado almacén estuve trabajando sin sueldo unos seis meses, al cabo de los cuales, vacó en el escritorio de la casa la plaza de copiador de cartas que pasé yo a ocupar. Entonces no había copiadores de prensa y toda la correspondencia se copiaba a mano. Por cierto, que cuando aquellos se introdujeron, entró la duda en los comerciantes, esclavos de la rutina, de si

tendrían validez en los tribunales de comercio. Claro es, que pronto salieron de dudas, por resultar las copias con más autenticidad que las hechas a mano. Este ejercicio me sirvió de introducción y enseñanza para mi carrera mercantil, imponiéndome poco a poco en el mecanismo de los negocios y en la forma de redactar aquella clase de correspondencia. Allí estuve copiando cartas, no recuerdo cuánto tiempo, hasta que por muerte del hermano de uno de los jefes de la casa, don José Melgares, que desempeñaba la plaza de cobrador y encargado del embarque de azúcares, ocupé su puesto con tres onzas mensuales de sueldo, casa y comida. Por la mañana salía con la cuadrilla de pesadores a los almacenes, para tomar razón del peso del azúcar comprado, expidiendo a la vez las cajas al muelle para que las fueran embarcando, y acabando esto, volvía a la casa y me entregaban los documentos para el cobro. Entonces no había bancos y todo se cobraba en monedas de oro; así es que no puedo calcular a cuanto podría ascender la inmensa suma de onzas que han pasado por mis manos.

Esta ocupación, que me tenía la mayor parte del día en la calle, me proporcionaba el trato de gentes y me facilitaba el conocimiento de la ciu-

dad, sus habitantes, sus costumbres, sus tendencias políticas y sus hábitos sociales y económicos. Terminados mis quehaceres de fuera volvía a la casa y me ocupaba en otros trabajos de escritorio.

Mi vida se deslizaba así tranquilamente, no pensando más que en cumplir bien con mi trabajo. Me divertía lo que podía, pero sin dejarme dominar por ningún vicio y atendiendo siempre por encima de todo, a mis obligaciones, que eran mi único patrimonio. Mi única afición era el teatro, al que me abonaba en las temporadas de ópera y zarzuela.

* * *

Cuando llegué a la Isla estaba de Capitán General don Valentín Cañedo, durante cuyo gobierno se presentó el cólera en la Habana, causando bastantes víctimas.

También se descubrió una conspiración separatista que motivó el destierro del Conde de Pozos Dulces y otros personajes de arraigo mezclados en ella. Este general fué relevado en diciembre de 1853, sustituyéndole el honrado y caballeroso don Juan de la Pezuela.

Inauguró Pezuela su gobierno otorgando una

amnistía a todos los hijos del país que habían tomado parte en los anteriores manejos separatistas. Al mismo tiempo emprendió una campaña moralizadora, tanto en lo que respecta a las aduanas y otros ramos de la Hacienda Pública, cuyo personal, de dudosa moralidad, renovó. También atendió a la represión de la trata de esclavos, ordenando la formación de un registro de todos los que existían en la isla y concediendo a la vez franquicias a las sociedades que se formaron para la inmigración de colonos españoles, principalmente gallegos, que por cierto no dieron resultado.

Estas y otras medidas sostenidas con tesón disgustaron al elemento español y principalmente a los más notables hacendados y comerciantes, los cuales formaron una cruzada contra él, consiguiendo en Madrid que fuera relevado por el general don José de la Concha.

La amnistía sentó muy mal al elemento español y a la vez el elemento criollo manifestaba su manera de sentir y pensar en formas diferentes. Claro está que la prensa había de ser el medio más frecuente de expresión. Así, el 8 de junio de 1854, aparecía en el periódico *Aurora de Matanzas* el siguiente acróstico:

«Al Excelentísimo Señor Marqués de la Pe-

zuela por su magnanimidad al hacer más amplia la amnistía de S. M. la Reina».

Ven, musa del alto Pindo,
Inspira a mi humilde genio;
Ven, y que mi lira cante
El noble prócer Ibero.
Nunca con tanto entusiasmo
Latió de gozo mi pecho.
Oh ilustre Marqués de Pezuela!
Sabio en paz, fuerte guerrero
Feliz la Cubana Antilla
Inocente, y su fiel pueblo;
La clemencia de su Reina
Imitada en tu gobierno
Bendicen con mil cantares,
Unidos, cuantos su suelo
Simples ilusos dejaron.
Tornan sus ojos al cielo,
Elevan a Dios sus votos,
Repiten tu nombre luego
Oh salve! exclaman gozosos,
Salve, gran prócer Ibero.

Este acróstico produjo gran indignación en los españoles y particularmente al General Pezuela, por cuyo motivo sus autores y cómplices fueron presos y encarcelados.

El periódico *La Prensa de la Habana*, para tomar el desquite, reprodujo la composición, con la misma dedicatoria, en su número del 10 de

junio, con la variación suficiente para cambiar el significado del acróstico; decía:

Ven, musa del alto Pindo,
Inspira mi humilde genio;
Ven, y que mi lira cante
Al noble prócer Ibero
Poco con tanto entusiasmo
Alborozado mi seno
Noble Marqués de Pezuela
Afable, ilustre guerrero.
Cante la Cubana Antilla
Inocente; y su fiel pueblo.
Ofrendas mande a su Reina
No olvidando a tu gobierno.
Entonando mil cantares,
Sonoros, cuantos su suelo
Por inexpertos dejaron
Alzando la vista al cielo
Nudos de amor con sus votos,
Ofreciendo al mundo luego
Pos oirán gritar gozosos,
Amor al ídolo Ibero.

El elemento español, descontento de Pezuela y como protesta a su gobierno, preparó al general Concha un recibimiento entusiasta, y el día de la llegada levantó un arco de triunfo a la entrada de la Plaza de Armas junto al *Templete* por donde tuvo que pasar Pezuela en medio de un silencio sepulcral, para recibir en el muelle al nuevo gobernador, según era de ceremonia.

Este silencio contrastó con los vivas, aclamaciones y aplausos que se dieron a Concha cuando pasó para el palacio a tomar posesión. Yo presencié este acto doliéndome de la injusta humillación que los *directores del espectáculo* hicieron pasar a Pezuela, quien con la mayor dignidad, cumplió su deber, durante toda la ceremonia sin mostrar en su semblante ni contrariedad ni abatimiento. Sólo se le notaba alguna palidez.

El 21 de septiembre de 1854 tomó posesión el General Concha, y desde luego se dedicó a organizar la administración a la *moderna española;* es decir, a sustituir la sencilla tramitación de los asuntos con el complicado sistema del expedienteo, lo que exigía mayor número de empleados y de tiempo y se prestaba más a la explotación del que tenía cualquier asunto en las oficinas.

Recuerdo que en la Secretaría Militar, adonde yo tenía que ir con frecuencia para el cobro del pasaje de los soldados que venían en los barcos consignados a la casa, antes de Concha había cuatro o cinco entre jefes y oficiales dignísimos, que lo despachaban todo sin dilaciones y con buena voluntad. Después de la reforma hubo necesidad de ampliar las oficinas y conté más de treinta empleados, con un brigadier jefe de la

dependencia, y no por esto se trabajaba más; antes al contrario, los trámites se complicaban y hasta se perdían los expedientes, como se perdió uno mío y estuve tres meses yendo a preguntar al negociado sin que me dieran razón de él. Ya aburrido, y por consejo de un capitán de los antiguos empleados, me decidí a quejarme al brigadier Morales de Rada, quien atendiendo mi súplica, se obstinó en que pareciese el expediente y, efectivamente, pareció en el fondo del cajón de una mesa. ¿Para qué se perdería a fuerza de estar guardado?... No pensemos mal.

Esta fué la reforma administrativa del General Concha que elevó considerablemente el presupuesto de gastos y trastornó el antiguo régimen, claro, diáfano y económico por su misma sencillez.

El trastorno que produjeron las reformas no sólo en el régimen administrativo, sino en el militar y político, desconcertó algo al elemento español y de esto se aprovecharon los separatistas para fraguar una conspiración que debía concluir con nuestra dominación en la isla y que fué descubierta por el gobierno muy poco antes de estallar.

Según se dijo de público, el día 9 de febrero al cantarse en el teatro de Tacón el dúo de liber-

tad de los «Puritanos», desde un *grillé* debían disparar un tiro al general Concha en su palco, y a esta señal cortar la cuerda de la lucerna para asesinar en la oscuridad a todas las principales autoridades que era probable se hallaran presentes por darse a la función un carácter patriótico. En seguida de esto los conjurados debían extender la confusión por todas partes y verificar un alzamiento en regla secundado por las principales poblaciones de la Isla, en las que existían ramificaciones, y todo esto apoyado por tres expediciones filibusteras que habían de desembarcar en tres puntos diferentes de la Isla.

Una de estas expediciones fué detenida en Nueva York por el Gobierno de los Estados Unidos a instancias de nuestro Consul; pero de las otras dos no había noticias y se ignoraba si habían o no salido. En esta incertidumbre la marina de guerra redobló sus cruceros y las tropas se alistaron para salir al campo al primer aviso.

Ante este conflicto, y para poder disponer libremente de las tropas sin dejar la capital desguarnecida, publicó el general Concha el 12 de febrero un bando creando las milicias voluntarias, a cuyo llamamiento acudieron todos los españoles y algunos cubanos; alistándome yo en la 1.ª compañía del 2.º batallón de voluntarios,

cuyo capitán era don José Samá y Mota; recibiendo en el acto un fusil antiguo de chispa, dos piedras y dos paquetes de cartuchos. Con el número de voluntarios inscriptos se formaron cuatro batallones de ocho compañías con fuerza de mil doscientos hombres cada uno. El servicio era completamente gratuito, y sólo pagaba el Estado los cabos furrieles. Cada batallón tenía un oficial del ejército como instructor.

Con estas medidas pudo salir al campo la mayor parte de la tropa para vigilar los puntos probables de desembarco de las expediciones filibusteras, las cuales avisadas oportunamente de que el plan se había descubierto se quedaron en los Estados Unidos.

Casi todos los conspiradores de la Habana, Trinidad, Cuba y otros puntos, fueron presos por las autoridades, y entre ellos el catalán don Ramón Pintó, dueño del teatro de Villanueva, e íntimo del General a cuya tertulia asistía con su familia casi diariamente. No sé quien extendió la especie de que Pintó era el encargado de asesinar al General Concha; yo no lo he creído nunca y me parece que esto fué producto de maquinaciones de algunos enemigos de Pintó, que aprovecharon el estado de ánimo de los españoles exaltados.

Toda la atención estaba fija en lo que el General haría con Pintó; se decía que trataba de salvarlo por amistad o por influjo de su familia y esto disgustaba al elemento intransigente español. Pero sucedió que, organizados los cuatro batallones, los convocó el General para revistarlos en el campo de Marte, y estando formados en masa, en cuanto se presentó el General, empezaron a salir voces sueltas de *mueran los traidores,* las cuales se fueron generalizando hasta que casi todos los voluntarios las repitieron. Yo no grité. El General, algo contrariado, a mi parecer, ante aquella actitud, dirigió la palabra a los batallones, asegurándoles que se haría justicia. Esto seguramente fué lo que decidió la muerte de Pintó.

El General, creo yo, que estaba dando largas al asunto tal vez con la idea de salvarlo, quizás por amistad personal, o por no encontrar motivo suficiente para condenarlo a muerte. Sabría de seguro el grado de compromiso que tenía Pintó en la conspiración y que, como parece lo más probable, su intervención sería puramente platónica o más bien por omisión. Emparentado Pintó con familias pudientes del país, toda su culpabilidad consistiría en saber que se conspiraba y no haberse apresurado a denunciarlo.

Pero nunca es posible con razones aplacar la demasía de los fanatismos.

Activada la causa, Pintó fué condenado a muerte en garrote, y la ejecución se verificó una mañana en el campo de la Punta. Como a mi compañía no le tocó, por fortuna, formar en el cuadro, yo estaba libre y me puse cerca de la puerta de salida en el costado de la cárcel que da al mar, y lo vi. Venía vestido con la hopa en medio del piquete y entre dos sacerdotes con los crucifijos en alto, que impresionaban a la muchedumbre acaso más que al reo. Este parecía no prestarles gran atención, y al pasar por mi lado le oí decir con entereza: *deprisa, deprisa.* Como hombre ilustrado querría, cuanto antes, acabar con las torturas que debía estar sufriendo en su alma, consternada aun más que por el peligro de la muerte, por la enorme injusticia de que era víctima.

Continué en la 1.ª compañía del 2.° batallón, en que me había inscrito hasta el 30 de noviembre de 1855, en que pasé a otra suelta de *tiradores,* agregada al mismo 2.° batallón, la cual en formaciones siempre marchaba de vanguardia, delante de éste. El armamento era más soportable; gastábamos machete y carabina de pistón Minié.

## III

**Detalles de la vida ordinaria.—Un desastre financiero.—Baile en el navío «Isabel II» para celebrar el nacimiento del Príncipe Alfonso.—Voladura del polvorín de la Marina. Marcha del General Concha.**

Yo seguía en la casa Noriega Olmo y C.ª y no recuerdo exactamente en qué fecha, por haberse ido a otra casa a Nueva York, el dependiente principal, un tal Rovira, ascendí yo a su puesto donde continué hasta el término de la casa.

Por esta época iba yo teniendo bastantes relaciones en la Habana y conociendo sus costumbres. Una de éstas era el felicitar en verso en los cumpleaños. Era raro el día en que no publicaban los periódicos sonetos u otro género de

poesías dedicadas a *los natales* de fulanita o menganita. En alguna ocasión llegué a ser autor de delitos literarios de esta clase, pero no agravaré mi responsabilidad con el ensañamiento de insertar aquí mis engendros. Válgame esta confesión y la atenuante de juventud para ser absuelto.

También durante algún tiempo me aficioné a la caza. Con varios amigos solía ir los domingos a un ingenio que administraba la casa de Noriega Olmo y C.ª Estaba situado en Punta Brava, a distancia de la Habana que nos obligaba a salir el sábado por la noche a caballo. Estaba dicho ingenio atravesado por un río a orilla del cual nos poníamos a aguardar el paso de las palomas, ignorando que próximo a aquel sitio tenía su guarida un caimán. El administrador o encargado de la finca nos aconsejó que, por precaución, cambiásemos de puesto, y así lo hicimos. Añadió que lo había estado acechando para matarlo y no había de parar hasta conseguirlo. En efecto, cuando un par de semanas después volvimos, nos enseñó la piel que tenía clavada en una tabla y que medía tres metros de largo próximamente.

Por esta época, a consecuencia de la plétora de dinero que había en la Isla producto de unos

cuantos años de buenas cosechas, entró un furor por crear sociedades industriales y mercantiles que volvió el juicio a todo el mundo. Aquello era para visto, y es imposible por una simple descripción poderse formar idea del estado de locura que presentaba la Habana.

Se proyectaba una sociedad para fabricar ladrillos y tejas, por ejemplo; se fijaba el capital y el número de acciones, que se cubrían inmediatamente, y al día siguiente las anunciaban los corredores y se vendían las acciones con 10 o 15 por 100 de prima; de modo, que todo el que tenía la suerte de que le apuntasen algunas, estaba seguro de cobrar una prima de más o menos importancia, según la respetabilidad de las personas que se ponían al frente y también de la índole del negocio, sin haber desembolsado un centavo. Esto estimulaba más cada día la formación de nuevas sociedades, y se multiplicaron tanto, que era ya imposible retenerlas en la memoria.

Recuerdo que se formó una para fundar una fábrica de clavos, otra para establecer un *martillo* con idea de acaparar la venta de los géneros que llegaban a la Habana en subasta pública, al estilo inglés, y otra para fundar una nueva gran tabaquería a cuyo frente estaba un tal Barrena.

Muchas veces oí pregonar al enjambre de corredores improvisados: vendo *martillo*, *Barrena* y *clavos*, lo que prueba el humorismo de aquella gente aun en medio de tanta obcecación.

El zapatero, el carpintero, el pintor y otros muchos artesanos, abandonaban sus oficios y se dedicaban a corredores, pues con tanta movilidad de compras y ventas ganaban en corretajes mucho más que en su trabajo. A tal punto llegó el escándalo, que uno de los días estando la plaza de Armas llena de gente pregonando a gritos las compras y ventas de acciones con una algarabía infernal, mandó el General a su escolta de caballería que diese una carga para despejar la plaza. Esto puede dar idea de cómo sería el concurso y también cómo era el General. La Habana era un manicomio.

Mas no se crea que este furor de fundar sociedades se despertó sólo entre gentes que no tenían nada que perder; los comerciantes de importancia se contagiaron también. La casa en que yo estaba, como una de las principales, era visitada constantemente por los corredores que venían con proyectos de nuevas sociedades para que les diese crédito con su participación, y al apuntarse en ella, nosotros los dependientes procurábamos que los corredores nos inscribieran

también con algún número de acciones, y de este modo pude yo reunir unos cuatro mil quinientos duros. El jefe de la casa, don José Noriega, no estaba en la Habana. Meses antes, viendo sus negocios en gran prosperidad, se decidió a hacer un viaje a España y dejó al frente a su primo y socio don Rosendo Noriega, que desempeñaba la plaza de cajero. Este nos dijo que para que no nos distrajéramos de nuestas obligaciones, le diéramos a él el dinero que teníamos ganado y que él se haría cargo de invertirlo en los mismos valores en que se interesaba la casa y que lo que fuera de ésta sería de nosotros. Reunimos entre todos y el capitán del vapor «Méjico» don Pablo Villamore y otros amigos, cincuenta y cinco mil duros, formándose la sociedad en 10 de mayo de 1857. La cosa fué prosperando en términos, que según el valor que iban tomando las acciones, yo, por mi parte, caso de realizar entonces, hubiera sacado de veinte a veintidós mil duros.

En medio de aquella baraúnda que producía la fiebre de sociedades, muchos empezaban a decir que ese estado de cosas no podía seguir y que el día que viniera la crisis, toda aquella grandeza iba a desaparecer como el humo; mas en general nadie se preocupaba del porvenir,

contando quizás con poder retirarse a tiempo, y seguían dando juego aquellos negocios descabellados como si se tratara de la cosa más natural del mundo. Yo estaba realmente preocupado desde que vi que tenía un capital, y cogí miedo. Recuerdo que un día delante de mí vino un corredor de los de más fuste, y dijo al cajero:—Vengo, Rosendo, a comprarle a usted las 600 acciones de la *Compañía Territorial Cubana* y se las pago a 46 por 100. El precio era tentador, pues dichas acciones, como de fundador, no habían costado nada. El cajero le contestó que no las vendía hasta que estuvieran a 60. Yo le dije por lo bajo:—Rosendo, delas usted. Pero no me hizo caso.

A los ocho días de esto vino la crisis, más pronto de lo que los más avisados esperaban, y todo se volvió sal y agua. Valores que el día antes se vendían hasta con 50 por 100 de prima, no había quien diera ni un centavo por ellos, y de aquí resultó la quiebra de más de doscientas cincuenta casas de comercio, algunas muy principales, afectando grandemente a la en que yo estaba, que si no quebró de momento por la negra honrilla, tuvo que hacerlo tres años después en peores condiciones.

¿Cómo es posible, preguntarán los que no

presenciaron este desastre financiero, que una población entera avezada a la práctica de los negocios regulares y calculados pierda tan inopinadamente el juicio? No puedo explicármelo. El hecho es real y positivo y si de algo peca la descripción, es de pálida y no exagerada. Parece que este fenómeno obedeció a una especie de contagio, produciéndose un estado psicológico colectivo, que fué tomando incremento en un medio ambiente especial y raro creado por un exceso de bienestar y de riqueza; algo así como lo que suele pasar con frecuencia al individuo que saca un premio grande a la lotería.

La casa en que yo estaba, empeñada en otras operaciones, se encontró sin dinero para cubrir sus compromisos, y empezaron los apuros, pero como su crédito era excelente pudo conseguir en Londres y en Nueva York un empréstito, en condiciones onerosas, que le permitió ir tirando tres años más hasta que no tuvo más remedio que presentarse en quiebra. Si esto lo hubiera hecho a raíz del suceso, como otras, se habría salvado, pero los quebrantos de tres años para sostener un crédito forzado acabaron por arruinarla.

Es claro que en este desastre financiero los únicos que positivamente ganaron fueron los

corredores y después algún que otro *listo*; pues el número de los avisados es siempre muy reducido. Recuerdo entre otros a Pancho Martí, un catalán que bajo el aspecto de rudeza tenía una inteligencia muy clara. Este, que era dueño del teatro de Tacón, aprovechando la fiebre mercantil ideó venderlo en buenas condiciones y formó con dicho objeto una sociedad, quedándose él con cierto número de acciones. Legalizada la situación, empezaron a cobrarse los dividendos pasivos y todo fué bien hasta que vino la crisis.

Entonces nadie quiso volver a dar un céntimo y Pancho Martí volvió a recuperar las acciones a un precio ínfimo quedándose otra vez con el teatro y con una utilidad de mucha consideración.

En cuanto a mí después del desastre, seguí mi vida ordinaria y mi trabajo en la casa los años que aún duró.

Poco interesante recuerdo por este tiempo. Acaso lo más notable para mí fué el baile que se dió en el navío «Isabel II», para celebrar el natalicio del Príncipe de Asturias D. Alfonso, que vino al mundo el 28 de noviembre de 1857. El baile se celebró en la noche del 11 de abril de 1858.

A este baile, dispuesto con toda la esplendidez que acostumbran nuestros marinos, estaban invitadas todas las autoridades y lo más selecto de la sociedad habanera. Yo tenía deseos de asistir a una fiesta de esta naturaleza, no por vanidad ni por darme importancia, cosa que hubiera sido dada mi pobre posición una tontería, sino por curiosidad, para poder dar idea de un espectáculo que no había visto nunca. ¿Pero quién iba a invitarme? Afortunadamente el capitán de navío D. Claudio Alvar González, era íntimo amigo de la casa y comía muchas veces con nosotros, y a éste recurrí y tuvo la bondad, que le agradecí mucho, de enviarme una invitación.

A las nueve de la noche, hora señalada, me presenté en el navío, que estaba atracado al muelle de la Machina, y al poner el pie en la cubierta quedé impresionado ante el aspecto deslumbrador que presentaba el improvisado salón. Las flores que ocultaban la artillería, los pabellones de gasas, guirnaldas y cintas de vivos colores entrelazados a los escudos, trofeos de armas y banderas, la profusión de luces, el brillo de los uniformes, bandas y cruces de los concurrentes, la hermosura de las damas realzada por las joyas y los trajes vaporosos, todo aquel

conjunto presentaba un golpe de vista fantástico y fascinador.

Pasada mi primera impresión me lancé entre la concurrencia hasta que empezó el baile. Durante él en conversación con algún que otro conocido y un par de valses que bailé con una joven muy agraciada, se pasó el tiempo sin sentir y llegó la hora del bufet, que se anunció a toque de corneta. El comedor estaba en la batería, adonde había que bajar por una corta escalera. El número de personas que se aglomeró allí fué enorme. Yo esperé a que se aclarara un poco y entonces bajé a tomar una taza de jigote, un dulce y una copa de Jerez, y con este refrigerio me volví a la cubierta dispuesto a marcharme. Así lo hice apenas vi que empezaban algunos a desfilar, tomando la plancha y el camino de mi casa a eso de las dos de la mañana. Mi curiosidad estaba satisfecha.

Otro suceso recuerdo, si bien de índole completamente distinta, por lo desastroso, que ocurrió en el mismo año, y fué la explosión del polvorín de la Marina, acaecida en 29 de septiembre de 1858.

A las cuatro y media de la tarde, acabamos de sentarnos a la mesa para comer; me había servido la sopa y al ir a tomar la primera cu-

charada, sentí una detonación espantosa a la vez que la casa se extremecía y se abrían y cerraban las puertas estrepitosamente. Todos quedamos suspensos, creyendo que era un terremoto y nos pusimos maquinalmente de pie. Yo subí a la azotea para echar una ojeada sobre la población y al dirigir la vista hacia el Sur, vi una gran nube de humo y me figuré al pronto que había volado el castillo de Atarés.

En cuanto acabó la comida, salí a la calle y me dirigí en una *volanta* al Arsenal, trasladándome de allí en un *guadaño* al sitio de la ocurrencia. El espectáculo que se ofreció a mi vista al desembarcar, era horroroso. Me encontré, en primer término, con una fila de treinta y seis cadáveres mutilados, que habían ido colocando allí los descombradores, extraídos de las ruinas de los Almacenes de Hacendados, que estaban construyendo en la playa, cerca del polvorín. Estos almacenes, al ser derribados por la explosión, cogieron debajo a cerca de trescientos hombres, blancos, negros y chinos, y formaban imponente montón de escombros y sillares calcinados, cubiertos de ceniza y maderas ennegrecidas de la techumbre.

El polvorín había desaparecido completamente, dejando en su lugar, una excavación con un

fondo fangoso, que prueba volaron hasta los cimientos, así como el destacamento que lo guardaba, compuesto de diez y seis soldados y un sargento. Cómo sucedió esto no ha sido posible averiguarlo, pues todos los que podían haber dado alguna razón del hecho habían desaparecido. No sé exactamente los muertos que resultaron de esta catástrofe, pero seguramente pasaron de ciento.

Los daños padecidos por los edificios más próximos fueron de mucha consideración, particularmente en el barrio de Jesús María y en la fábrica del gas, cuyos gasómetros fueron destruídos, quedando la ciudad sin alumbrado por unas cuantas noches. Respecto a puertas arrancadas y cristales rotos, las pérdidas tuvieron también mucha importancia.

Se quemaron en la explosión: 1.026 quintales de pólvora de cañón; 200.000 cartuchos de fusil; 1.563 granadas cargadas, que estallaron en el aire y algunas víctimas causaron, y porción de estopines, cápsulas y otros explosivos de empleo para la guerra.

El guardia marina D. P. Pastor y Landero, amigo nuestro, embarcado en un bergantín de guerra fondeado en la bahía, estaba de guardia, paseando por la cubierta del buque, y fué

lanzado al agua por la violencia de la explosión, teniendo la fortuna de ser salvado por el bote de a bordo, del doble peligro de ahogarse y ser pasto de los tiburones.

En tanto seguía gobernando la isla el general Concha, que logró mantener la tranquilidad material en ella; pero sus reformas administrativas habían aumentado considerablemente los gastos, con perjuicio del Tesoro, en términos, de que en lugar de sobrantes que mandar a la Península, resultaba déficit. Esto, unido a no andar muy acorde con los elementos españoles, dió lugar a su relevo por el general D. Francisco Serrano Domínguez, que tuvo lugar en diciembre de 1859.

Salió D. José de la Concha, de la Habana, el 12 de diciembre de 1859 a las nueve de la mañana en el vapor del Estado, «San Francisco de Borja». Para despedirlo se había formado una comisión, que con fecha 10, invitó por oficio a los señores Noriega Olmo y C.ª, para asistir a la despedida.

## IV

**El General Serrano.—Coronación de la poetisa doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.—La anexión de Santo Domingo.—Un incidente. — Unos versos satíricos.—Mi enfermedad.—Quiebra de la casa Noriega Olmo y Compañía.—Partida para la Península.**

El General Serrano por sus condiciones personales y afable trato se hizo popular entre los cubanos. No dejaron de aprovechar estas circunstancias los elementos separatistas. Como dijimos, se posesionó el nuevo Capitán General en diciembre de 1859.

En este tiempo se celebró la coronación de la poetisa cubana doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, que preparó y realizó la sociedad el *Liceo de la Habana* y que se verificó en el teatro de

Tacón el 27 de enero de 1860. A ella asistí por ser socio del Liceo, con mi billete personal.

El teatro presentaba un golpe de vista magnífico por sus adornos, luces y follaje, entre los que se destacaba la hermosura y elegancia del bello sexo que exclusivamente ocupaba la platea. Los hombres no tenían asiento y vagaban por las galerías y localidades altas.

La primera parte de la fiesta se compuso de piezas de ópera cantadas por la Cortesi, la Philips y el tenor Muriani, y otras de piano ejecutadas por Gottschalk y Espadero.

La segunda la constituyó el drama en un acto «La Hija del Rey René», arreglado del francés en verso castellano por la Avellaneda y representado por la sección de declamación del Liceo.

La tercera empezó con un himno, letra de don José Ramón de Betancourt y música de don Mariano García, cantado por la sección del Liceo; durante el cual se presentó la Avellaneda en el escenario acompañada de varias damas, una de las cuales, la condesa de Santo Venia, colocó en la cabeza de la poetisa una corona de oro esmaltado imitando hojas de laurel. Después se leyeron varias poesías, terminando el acto con un discurso del señor Betancourt.

Concluída la ceremonia, se arregló la platea para el baile, que duró casi hasta el día. Resultó una fiesta brillantísima.

Uno de los asuntos que trajo Serrano al ser nombrado Capitán General de Cuba, fué el de ultimar las bases de la anexión de Santo Domingo, la cual se venía tratando hacía ya tiempo, entre el gobierno español y el dominicano, siendo aquella la ocasión propicia por estar distraídos los Estados Unidos con las disensiones interiores que precedieron a la guerra de secesión.

Poco tiempo después de su llegada, se presentó en la Habana el ministro de Hacienda de la república Dominicana, Ricart, a quien le hizo el general una brillante acogida, obsequiándolo, entre otros festejos, con un simulacro militar.

Después de las conferencias y pactos que mediaron entre ambos personajes, se volvió el ministro a Santo Domingo, acompañado del brigadier Peláez, jefe de Estado Mayor de la Capitanía General, con objeto de estudiar el país y organizar la forma de la anexión, la cual era ya objeto por aquí de todas las conversaciones mucho tiempo antes de que se realizara. A la vez se enviaron a Santo Domingo *colonos militares* que eran en realidad cuadros de cabos, sargen-

tos y oficiales, para organizar el ejército y también algunos pertrechos de guerra en un transporte español.

Todos estos preliminares indicaban que la anexión era cosa convenida de antemano entre ambos gobiernos; pero por razones que llaman de *alta política*, se acordó que apareciese como un acto espontáneo de la voluntad del pueblo dominicano, y así se realizó en efecto el 18 de marzo de 1861; apresurándose a declarar el gobierno español, que siempre había rechazado la anexión solicitada, y si se había visto obligado a aceptarla era sólo por evitar que en caso de negativa se cumpliese la amenaza que les habían hecho los anexionistas de entregar la isla a los Estados Unidos y también por deber de conciencia y gratitud; pues el país se pronunció libre y espontáneamente por España, enarbolando por su propia iniciativa la bandera española en todos los fuertes y edificios públicos.

Con este golpe teatral para desorientar al vulgo se creyó el gobierno español a cubierto de toda sorpresa, respecto a su intervención en maquinaciones ocultas para conseguir la anexión y apareciendo que ésta se le había entrado espontáneamente por las puertas sin solicitarla. Mas que no tuvo tal espontaneidad, lo prueban los

preliminares que llevo relatados y además el título de *Duque de la Torre del Homenaje* con que se agració al general Serrano al haber llevado a feliz término este acto político en armonía con los deseos y aspiraciones del gobierno de Madrid.

Pero a medida que el tiempo avanzaba, se iban aclarando las cosas que hasta entonces habían permanecido en el misterio. Cuando se hizo la anexión había en Santo Domingo dos bandos políticos que estaban en continua lucha por el poder; el uno, acaudillado por el general Santana y el otro, por el general Báez. La primera torpeza del gobierno español fué tratar sólo con el primero, debiendo suponer que el partido contrario siempre nos sería hostil, mientras no fueran atraídos y ganados con recompensas sus hombres más influyentes. Lejos de hacerse esto, sólo se recompensó a los *santanistas*, reconociendo al jefe el empleo de Teniente General y el título de marqués de las Carreras; a Alfau, el de Mariscal de Campo y a otros por el estilo, arreciándose la persecución contra los de Báez y lanzándolos del país. Se ve, pues, que el negocio empezó con mal pie.

Tenía yo un amigo asturiano que se llamaba Luciano Fernández Perdones y era el hombre

de más imáginación y más gracia que he visto en mi vida. Este amigo cayó enfermo con un dolor en el brazo izquierdo que no le dejaba momento de sosiego, y entre los muchos remedios, ya científicos, ya caseros, que le aplicaron, le dije que quizás los baños de mar le aliviarían, y le invité a que fuera a dormir de noche a un cuarto que teníamos alquilado otro amigo y yo en la Cabrada de San Lázaro frente a los mismos baños. Efectivamente lo hizo y a pesar de sus dolores no perdía el buen humor para referir cuentos. Recuerdo una noche que nos tuvo desvelados dos horas, a pura risa, para contarnos una historia de su invención. Pues bien, una noche, estando yo acostado y él sentado cerca del balcón quejándose de sus dolores, sonó un tiro, y una bala le pasó rozando por un costado y vino a incrustarse en la pared como a una cuarta por encima de mi cabeza. Yo me levanté impresionado y me asomé al balcón lo mismo que él, pero nada vimos. Esto quedó en el misterio y no pudimos saber si la bala fué dirigida intencionadamente y por hacer daño o vino casualmente por el disparo de algún carabinero de la costa. El pobre Luciano no tuvo alivio y al contrario, empeoró y regresó a España, a Luanco, su tierra natal, donde falleció a poco. También

fué un buen amigo mío como Luciano, su hermano menor Laureano, que estaba colocado en casa de Bances dueño también del café La Columnata, uno de los más importantes de la Habana, donde este amigo quedó de encargado.

Por entonces circulaban por la Habana unos versos humorísticos, escritos, según me han dicho, por un guardia marina, desesperado por la nostalgia, que estuvo de guarnición en un buque de este apostadero y que aun cuando no muestran simpatía a la Isla tampoco pueden tacharse de ofensivos. Dicen así:

A LA ISLA DE CUBA

La tierra más famosa que vieron mis ojos.
*C. Colón.*

¡Salve! Feliz morada de *alacranes,*
mansión de filarmónicos *mosquitos,*
tierra de *terremotos* y *huracanes,*
salve con tus *Panchitas* y *Panchitos;*
con tus ríos poblados de *caimanes,*
tus *plátanos, hiscaros* y *caimitos.*
¡De admiración yo te contemplo mudo!
¡Sartén de Nuevo Mundo!... te saludo.
¡Salve, fértil país *de cucarachas,*
clásica tierra de la *cascarilla,*
donde hacen tus simpáticas muchachas
(blancas, mulatas, chinas y amarillas)

de su cara un depósito de *gachas*
mosáico de albayalde y cochinilla!
¡Salve con tus *guayabas* y *mamones*,
tus *tortugas* y enormes *tiburones!*

Tierra feliz en donde el sol radiante,
el cerebro derrite a los humanos;
en donde reina el vómito arrogante,
matando sin piedad a los cristianos.
Donde el *pasmo* y el *cólera* triunfante
se muestran absolutos soberanos,
y se pasa sudando el año entero,
lo mismo en agosto que en febrero.

Tierra en donde los negros son *morenos*
y *pardos* se apellida a los mulatos,
y a los hombres pacíficos y buenos,
*mansos* los llaman, cual si fueran gatos;
*niños* a los que tienen cuando menos
más años que han mudado de zapatos;
donde *casacas* llaman a los fraques,
y *malakoff* a los huecos miriñaques.

Tierra de las *volantas* y *quitrines*,
en donde dicen *grande* en vez de anciano,
*bailadores* en vez de bailarines,
y al que es vivo y ligero que es *liviano*;
*chupas* lo que allá son levitines,
*tíbores* a una cosa que callamos,
al que gusta de andar *caminador*,
y al que es algo locuaz *conversador*.

Tierra que muestras a la luz del día,
tus jóvenes montados en alambres,
verdes como corteza de sandías,
y gordos, el que más, como un estambre.

Pero en cambio su ardiente fantasía
morir no les hará nunca de hambre,

que cada cual percibe en su alma inquieta,
la inspiración bullir del que es poeta.
Todos nacen poetas en tu suelo,
y a Apolo por doquier alzando altares,
todos ensalzan con ardiente anhelo
las aguas del *simpático Almendares.*
Todos cantan aquí el *cubano cielo,*
los *mangles,* las *palmeras* y los *mares,*
los felices natales de Panchita,
y el *prematuro fin de mi abuelita.*
¡Cuba! ¡Hermoso país! ¿Quién no te adora,
si tus brisas un punto ha respirado;
si ha sentido la llama abrasadora
de tu sol, su cerebro calcinado?
Si ha pensado morir en mala hora
a impulso de tu clima endemoniado.
¿Quién no creerá al verte que el Eterno
bajo tu suelo colocó el Infierno?
Queda a Dios con tu *azúcar* y *tabaco*
y tus bosques *plantados de palmeras,*
con tu *aguacate, quimbombó* y *ajiaco,*
con tus *níveas beldades hechiceras.*
Sigan cantando a Venus y al dios Baco
sus poetas, y al cielo y a las fieras,
y tú entre tanto canta, baila y fuma
que yo harto de ti dejo la pluma.

Por este tiempo yo también caí enfermo con un estado de debilidad que parecía iba a terminar por consunción; también grandes dolores. Me puse en manos de un médico cuyo tratamiento me llevó al borde de la sepultura. Por

fortuna, aunque no al tratamiento del médico, a haber ido a su consulta debí la salvación.

Un día, mientras esperaba mi turno, me fijé en que había sobre una mesa tres libros en folio, cuyo título siento no recordar. Por curiosidad cogí el que estaba encima, y me encontré con una disertación sobre los efectos de los baños de mar. A medida que iba leyendo crecía mi interés, pues todo lo que decía parecía convenir con mi enfermedad. Al entrar en la consulta dije al doctor si me convendrían los baños de mar y me contestó: —De ningún modo; se quedaría usted baldado toda su vida. Seguí el tratamiento, pero en vista de que iba cada vez peor, un día me decidí y me lancé a los baños de mar. Esto me produjo una crisis y que se iniciara alguna mejoría, que al cabo de una temporada me dejó en franca convalecencia. Me salvó el libro que estaba en la antesala del médico; éste seguramente me hubiera matado. No debo olvidar el detalle de que tomé seguidos ciento veinte baños. Pasé en pie toda la enfermedad, pues temía quedarme sin colocación, porque el negocio en Cuba y creo que en todas partes, no tiene entrañas.

Como antes ya indiqué, las funestas jugadas sobre acciones de sociedades improvisadas de

los años 1856 y 57, que arruinaron en la Habana tantas casas de comercio, precipitaron también a la de Noriega Olmo y C.ª, la cual pudo continuar en pie hasta marzo de 1861, gracias a sus muchos recursos, pero en dicha época tuvo que presentarse en quiebra ante el tribunal de Comercio.

Por mi posición en la casa, podía apreciar mejor que nadie el resultado de todos los negocios y preveía un final desastroso. Para no ahogarme en él, iba colocando los ahorros de las cinco onzas mensuales que ganaba entonces, en el Banco del Comercio, y así reuní alguna cantidad que me permitiera esperar y orientarme.

Como la quiebra me dejaba sin colocación y aun estaba convaleciente de la enfermedad, decidí volver una temporada a la Península; pero dejé previamente apalabrada con D. José Morales y Alvarez, la formación de una sociedad mercantil, para la consignación de buques y efectos, aprovechando las relaciones que teníamos de la extinguida casa de Noriega Olmo y C.ª, y con esto y algunas precauciones de última hora, como dejar en manos de mi amigo D. José Gorostiza, dueño de la tabaquería «La Española», un sobre cerrado, conteniendo el resguardo de los fondos que poseía y una carta dirigida a mi

madre, para que se la enviaran si yo perecía en la travesía, me embarqué para Cádiz el 25 de abril de 1861, en la fragata española «Ana Teresa», mandada por el capitán D. Juan Espino.

Como detalle diré, que el costo del pasaje en popa, fueron ciento diez y nueve pesos fuertes.

Aquí termina la primera parte de mi estancia en la Isla de Cuba; pero antes de pasar adelante me parece oportuno echar una ojeada sobre la población de la Habana bajo sus diferentes aspectos, insertando las notas que como consecuencia de mis observaciones he ido reuniendo en años anteriores.

## V

**LA HABANA.—Descripción de la ciudad.—Monumentos.—Distracciones.—Puerto.—Fortificaciones.—Clima.—El «vómito».—Medios de comunicación.—Espectáculos públicos.—Sociedades artísticas y otras.—Sitios céntricos.**

Llegué a esta capital preocupado, con la idea que vamos todos los españoles de que este país está por civilizar, y no fué poca mi sorpresa cuando me encontré con una hermosa ciudad que nos llevaba cincuenta años de ventaja en toda clase de adelantos. Esta población es grandísima y de moderna construcción; sus calles, aunque no muy anchas, son todas rectas en dirección de N. a S. y de E. a O. Tiene hermosos paseos, como el de *Carlos III*, que llega desde la *Calzada de la Reina* hasta el *Castillo del Prín-*

*cipe*, adonde va la gente a pasear en carruaje y las calzadas de la *Reina*, *Belascoain*, *Galiano* y la *Infanta*, las tres primeras con árboles y hermosas casas a un lado y otro. La *Alameda de Isabel II*, que divide la población nueva de la vieja, y el *Cerro*, que es también una hermosa calzada con casas elegantes y bonitas, que hacen de aquel sitio uno de los más pintorescos.

Dentro de la población y delante del palacio del Capitán General, está la *Plaza de Armas*, bonito paseo con jardines, en cuyo centro se encuentra, sobre un pedestal bastante elevado la estatua de Fernando VII, rodeada por una verja de hierro, con una inscripción que dice: *La siempre fiel ciudad de la Habana a su rey Fernando VII.*

En este paseo hay retreta todas las noches de ocho a nueve, por una banda militar. Durante ella se llena la plaza de gente y los alrededores de carruajes con señoras, que van a oir la música. Concluída aquélla cada cual desfila por su lado y se queda la plaza desierta, pero los cafés y casas de refrescos que hay en la acera de enfrente al Palacio conservan su animación hasta las diez o diez y media en que se cierran. Este es uno de los puntos más concurridos de la población tanto de día como de noche por estar

cerca del muelle de *Caballería* y ser uno de los centros de movimiento más importantes del comercio.

Los monumentos artísticos de la Habana se reducen principalmente a las iglesias que existen en corto número en las afueras, pero que abundan en la antigua ciudad de intramuros. En ésta además de la Catedral, se encuentran unas catorce o quince con buenas fachadas de piedra, pertenecientes en su mayor parte a los extinguidos conventos. Uno de estos, el de San Francisco, por su estado de ruina está excluído del culto y sirve actualmente de depósito de la Aduana y de archivo de la Real Hacienda. Conserva este edificio su fachada y la torre que tiene por remate una estatua del Santo, que fué descabezada por un rayo. Es tal la posición de esta torre, que rara vez las tormentas dejan de descargar en ella alguna chispa. Yo he visto una vez un caballo malojero, y pocos días días después otros dos, muertos al pie de dicha torre, por los rayos. A mí mismo me sucedió al ir a salir de casa de Durañona de cobrar una libranza, oir un trueno formidable y caer a la vez una lluvia de piedrecitas, en el umbral de la puerta, que habían sido desprendidas de la torre por un rayo.

Como monumento histórico, aunque de sencilla construción, puede citarse el templete erigido en 1827 por el general Vives en conmemoración de la primera misa celebrada por los españoles en el año de 1569, en aquel mismo sitio, bajo una gran ceiba a orillas del mar. La ceiba primitiva murió y el general Cagigal en 1754, mandó construir un obelisco para perpetuar el hecho, y a la vez se plantó otra ceiba que es la que se ve en la actualidad.

En general el ornato público está muy bien atendido en la Habana; sus principales calles y vías de comunicación se han adoquinado y los paseos y jardines se conservan con esmero. Las calles terrizas, que se estropean con las lluvias torrenciales y el gran paso de carruajes, van siendo cada vez en menor número.

El extranjero que llega a esta población no echa de menos en ella nada de lo que constituye un pueblo civilizado. Buen teatro, el de *Tacón*, tal vez el mejor de América; buenos cafés, como el de la *Dominica, Escauriza* y el *Louvre*; restaurants; circos lujosos y elegantes como el de *Chiarini* y el de *Nixon*; en los que mucha parte del año hay espectáculos, bailes, exhibiciones diversas de fieras, fenómenos de la naturaleza, panoramas gigantescos y en fin, todo lo

que puede exigir un pueblo adelantado en cuanto a distracciones y diversiones, se encuentra en la Habana con profusión, con explendidez y grandeza, en los cuatro meses frescos del año, es decir de noviembre a febrero.

Su puerto es hermosísimo, acantilado en gran parte, con muelles a los que pueden atracar los buques de mayor calado para recibir y dejar sus cargamentos manteniéndose siempre a flote. En diversos puntos de la bahía se han construído grandes almacenes de depósito provistos de medios muy adelantados para facilitar las operaciones de peso y embarque de los azúcares.

Como plaza fuerte es la Habana, sin disputa, el Sebastopol de América. En la costa de barlovento, a la entrada del puerto, tiene el castillo del *Morro*, que es donde está el faro y el vigía de señales. Sigue después el de la *Cabaña*, de gran magnitud, que por su situación domina a la ciudad, y un poco más adentro el *Número Cuatro*, que sirve al mismo tiempo de avanzada al interior; defiende la ensenada de Marimelena y se considera como uno de los puntos más importantes por su posición estratégica. Según oí a un ingeniero alemán, en caso de un ataque por ese lado, el *Número Cuatro* podría hacer el

mismo papel que la torre de Malakoff en Sebastopol.

En la costa de sotavento, o sea en la de la población, se encuentra el castillo de la *Punta*, situado enfrente del Morro, formando los dos la entrada del puerto, y siguiendo para adentro se pasa la *Puerta de la Punta*, la *Maestranza*, la *Cortina de Valdés*, el muelle general, la *Alameda de Paula*, donde hay un baluarte, y sigue así todo amurallado y dispuesto para poner cañones en caso necesario hasta el *Arenal*. En el fondo de la bahía está el castillo de *Atarés* y a su derecha, mirando al O., el famoso del *Príncipe*, las baterías de *San Nazario* y *Santa Clara*, y la que se está haciendo nueva acasamatada en forma de abanico, llamada de la *Beneficencia*, que está situada en la costa del N. y puede cruzar sus fuegos, con los del Morro e impedir la aproximación de una escuadra enemiga. Además, hay debajo del Morro una batería o barbeta llamada de los *Doce Apóstoles* y otra al pie de la Cabaña llamada *la Pastora*, pegados a las cuales tienen que pasar los barcos que entren en el puerto. Todas estas fortalezas tienen en los puntos más convenientes cañones de gran calibre, montados en colisa, y particularmente, las baterias que miran al mar.

Como se ve, estas fortificaciones son bastante numerosas y formidables para la defensa de la ciudad y su puerto, pero ahora se están agrandando por exigirlo así el aumento de la población y el orden que han seguido las construcciones.

La *ciudad vieja* o intramuros conserva sus murallas, su foso, camino cubierto y glacis y delante de ella se ha formado otra mucho mayor y mejor que llaman extramuros. Por esto se ve que las fortificaciones viejas no sirven más que de estorbo para el ensanche y ornato de aquella parte de la población. Con este motivo la zona militar nueva sigue desde la batería de *Santa Clara* hasta el *Castillo de Atarés* pasando por el *Príncipe*, cuyas fortificaciones se están ensanchando, y por la loma de las *Animas*, donde hay proyectadas otras. Terminada la defensa de esta nueva zona militar, parece que hay el propósito de derribar las murallas y en su lugar hacer una hermosa calle, para unir las dos poblaciones, que sea el centro del movimiento y animación de toda la ciudad. Además de las fortificaciones mencionadas, se han establecido campamentos militares ente el *Castillo del Príncipe* y *San Nazario*, y entre *la Cabaña* y *Número Cuatro*, donde constantemente se están ejercitando los cuer-

pos armados, en su mayor parte de carabinas rayadas, en el tiro al blanco.

La Isla de Cuba, por su situación geográfica, debajo del trópico de Cáncer, está expuesta a los rigores de un sol abrasador; pero como todos los países de la zona tórrida, goza del beneficio de los vientos alisios y brisas que soplan desde las diez de la mañana hasta las cinco de la tarde todos los días, en que no hay *turbonadas* o vientos fuertes del N. o del S., modificando notablemente la temperatura y haciéndola muy soportable.

Las costas en general son muy bajas y poco saludables por efecto de las emanaciones de los *manglares* que abundan en ellas. Estos *manglares* forman bosques de arbustos que nacen a orillas del agua, en un fondo cenagoso cargado de materia orgánica, y en ellos se cría una verdadera plaga de mosquitos de varias especies que llaman *jéjenes*, *zancudos, lanceros, coraní* y no sé cuántos nombres más, los cuales sacrifican a todo bicho viviente que se acerca a esos parajes. Para librarse de ellos los rancheros o pescadores que habitan en los *cayos,* queman vena de tabaco, según he oído, y otras veces se meten en el agua, no dejando más que la nariz fuera para poder respirar.

La Habana está situada en un punto muy bajo, lo que hace que los efectos del calor y la humedad se sientan mucho y la fiebre amarilla se cebe aquí más que en otros puntos de la Isla.

Esta enfermedad, según la opinión más admitida, proviene de las emanaciones deletéreas de los manglares y los pantanos que hay en puntos no muy distantes, las cuales son transportadas por las brisas. Dicen los técnicos, que cuando llueve, las aguas torrenciales arrastran porción de materia orgánica a estos parajes, la cual se descompone luego con el calor y exhala esos miasmas dañinos que inficionan el aire y cuyos efectos son tan perniciosos para las personas no aclimatadas, y en apoyo de este aserto, citan la observación de que el *vómito* (fiebre amarilla) se desarrolla con más intensidad en la estación de las aguas que en tiempo seco. Sea esta u otra la causa, el resultado es que no se sabe curar con acierto todavía, y tan es así, que según los datos estadísticos, aparecen muertos en el decenio de 1850 al 60, el 25 por 100 de los atacados, lo cual es una mortalidad horrorosa, y prueba el atraso en que se encuentra la ciencia médica para tratar esta enfermedad.

Como en la Habana se ha extendido mucho la homeopatía hay opiniones sobre si este nuevo

sistema curativo, basado en la eficacia de la naturaleza más que en la de los medicamentos, es mejor que el empleado por los alópatas con sus sangrías, cáusticos, ventosas, sinapismos y vomitivos, cuya eficacia parece fundarse en el aniquilamiento del enfermo, para quitar fuerza a la enfermedad; pero a mí, a juzgar por los resultados, ambos me parecen malos. Se está ensayando también otro sistema, por la inoculación del *virus* recogido en el rocío de la noche, que parece no da mal resultado; pero a los sometidos a este tratamiento les queda un tinte amarillo por todo el cuerpo, que no sé si se quitará con el tiempo.

Lós habitantes de la Habana son por lo general indolentes, como sucede en todos los países cálidos y les fatiga moverse de un punto a otro, lo cual hace necesario el uso del carruaje que está aquí mas extendido que en otras grandes poblaciones del mundo. Las señoras nunca salen a pie a la calle, exceptuando los días de jueves y viernes santo. A pesar de haberse introducido en la ciudad muchos carruajes europeos como victorias, coches, tílburís, etc., todavía domina el gusto por el *quitrín* o *volanta* que es un carruaje cómodo, de dos asientos, montado sobre sopandas en dos grandes ruedas y tirado por un

caballo en que va montado el *calesero*. Otros llevan dos caballos o tres pareados, que llaman *pareja* o *trío* y entonces el calesero va montado en uno de los de fuera de los varales, que siempre es el de la izquierda. En estos carruajes que suelen ser muy lujosos y recuerdan las calesas andaluzas van las cubanas a paseo o a sus quehaceres.

Con dificultad habrá un país de nuestra raza donde sean más fáciles y abundantes los medios de comunicación, lo cual, es signo característico del estado de civilización de un pueblo. Aquí todos los días hay en las calles una multitud de *volantas* de alquiler que por una peseta hacen el viaje de un extremo a otro de la población; coches de alquiler llamados vulgarmente *berlinas*, para ir a paseo o a correrías; ómnibus conocidos con el extrambótico nobre de *guaguas*, que por un real cada asiento, hacen una carrera de más de una legua, o sea desde la Plaza de Armas hasta el *Cerro* o *Jesús del Monte*, tomando y dejando pasajeros en todo el tránsito. Además hay un *ferrocarril urbano* (tranvía), tirado por caballos que recorre los principales centros de la ciudad y extramuros, hasta la *Chorrera, Carlos III* y el *Cerro*, saliendo un coche cada cuarto de hora, a real el asiento también.

Por la parte de la bahía tiene la población comunicaciones frecuentes con el pueblo y almacenes de Regla por medio de dos líneas de vapores que salen cada cuarto de hora de sus muelles respectivos y tardan ocho minutos en la travesía. Estos vapores están construídos de modo que puedan entrar en ellos carruajes y carretas de carga, sin detenerse ni un momento, pues como no hay mareas, su cubierta y la del muelle están siempre al mismo nivel. Los vapores tienen un piso alto con asientos para los viajeros.

A la llegada a Regla, sale un tren de ferrocarril que está en combinación para llevar los viajeros a Guanabacoa, pueblo que dista como una legua, empleándose en el trayecto, nueve o diez minutos, cruzándose en el camino con el tren que viene de vuelta con pasajeros para el vapor. Además de estas vías de comunicación urbanas e interurbanas, para las necesidades del vecindario, hay una línea general de ferrocarril que sale del *paradero* o estación de Villanueva, frente al Campo de Marte.

Esta línea corre por las jurisdicciones más ricas de la Isla, pasando por Matanzas, Cárdenas y otros puntos, con un ramal al Batabanó, para tomar los pasajeros que traen los vapores de la costa

Sur de la Isla y otro hasta Guanajay. En la mayor parte de estas líneas hay dos trenes diarios en comunicación con la Habana. Además salen por la noche casi diariamente, vapores para Matanzas y Cárdenas, sin contar los que viajan por la costa N. y S. de la Isla hasta Santiago de Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico y Santomas.

Toda esta gran masa de carruajes y vapores, moviéndose incesantemente, al par que promueven una gran animación, fomentan la prosperidad de este pueblo, rico por sus valiosos productos y su comercio, siempre activo y creciente. Aquí se ha inoculado, más que en ninguna otra parte de la América española el *Gohe-head* o espíritu progresivo de los Estados Unidos con quienes está muy en contacto por sus relaciones intelectuales y mercantiles; y como esta nación es, sin disputa, la más adelantada del mundo, por esto es por lo que Cuba, cuyas necesidades han ido creciendo al par que su riqueza fabulosa, se sirva para todas esas necesidades de los procedimientos más nuevos e ingeniosos mecánicos e industriales y de todos los ramos científicos.

Por la fama de su grandeza acuden de todas partes a visitarla las notabilidades científicas y artísticas más distinguidas, y el país en el tiem-

po de fresco se ve favorecido por una población flotante de norteamericanos y europeos que al cruzar estos mares, consideran como una necesidad el detenerse aquí, para conocer y explicarse el acrecentamiento y riqueza de este país en tan poco tiempo, pues toda esta prosperidad es obra de treinta años.

Como consecuencia de un estado floreciente, la Habana, constituye un centro de comunicaciones de Europa y de los principales países de América; pues aquí se juntan los vapores americanos de Nueva York, Nueva Orleans y Panamá; el de la Mala Real Inglesa, el Paquete Español de Veracruz y el correo de España; cierto que este movimiento ha cesado un poco con la guerra de secesión de los Estados Unidos; pero es seguro que en haciéndose la paz, volverá de nuevo con la misma o mayor animación que antes.

Otra de las cosas que hacen resaltar el progreso de este pueblo, es la grandeza de sus espectáculos públicos, pues las mejores y más notables compañías de ópera italiana han venido y siguen viniendo aquí; y en esto nada tiene que envidiar a Nueva York, ni a Londres, ni a París, ni a Madrid. Aquí se vienen oyendo desde hace mucho tiempo notabilidades como la *Tedesco,* la *Bossio*, la *Alboni*, la *Lagrange,* la *Fez-*

*zoli*, la *Garraniga*, la *Cortessi*, la *Lotti* y la *Cruz Gasier*, nuestra compatriota; contraltos como la *Philips;* tenores como *Salvi*, *Brignoli*, *Musiani*, y *Pancani;* barítonos como *Beneventano*, *Gasier y Konconi;* bajos como *Marini* y otros por el estilo. Además han frecuentado el teatro de Tacón magníficas compañías de zarzuela en las que cantaban tiples como la *Santafé*, la *Morano*, la *Mur*, la *Ramírez*, la *Izturiz* y la *García;* tenores como *Calderón*, *Valencia*, *Grau* y otros; barítonos como *Felgueras* y bajos como *Aznar*, *Barba*, *García* y otros.

En otro orden de espectáculos, hemos tenido aquí a los célebres *Rabeles*, que venían todos los años con su compañía pantomímica y daban una serie de funciones de magia y gran aparato, lo más notable en su género que se ha visto; los célebres *Minstrels* o trovadores negros de los Estados Unidos; los *Campanólogos Suizos;* los hermanos *Hanbon*, célebres acróbatas premiados por la Reina de Inglaterra, y cuantas notabilidades, de alguna importancia, han corrido trabajando con buen éxito en las principales ciudades de Europa y los Estados Unidos. Hay además, como signos de cultura, varias sociedades artísticas y un *Liceo* que tiene sus secciones de *declamación* y *canto*, compuestas por los mismos so-

cios, donde se representa una función por semana, amenizada en los entreactos con danzas que suelen bailarse por los concurrentes. Existe también una sociedad de *Equitación* y un *Círculo de Tiradores*, compuestas ambas agrupaciones de lo mejor y más encumbrado de la sociedad habanera, y situados en el local que ocupaba el antiguo *diorama*, calle de San Rafael. Este edificio se ha construído de nuevo, mejorando notablemente aquella parte de la ciudad, a lo que ha contribuído también la apertura del *café del Louvre* y de un teatrito de variedades, establecido en los altos, que atraen hacia aquel sitio, mucha concurrencia.

En fin, la Habana es una gran población que tiene muy poco que envidiar a las más adelantadas; y tanto por su aspecto como por los amplios medios de distracción y de vida, satisface las exigencias de los más escrupulosos viajeros.

Tiene sitios verdaderamente hermosos, como la *Plaza del Vapor* que aparece como un edificio con cuatro frentes de portales y más bien que plaza tiene la apariencia exterior de un gran bazar, pues todo está lleno de tiendas de ropa, quincallerías, cafés y otros establecimientos que ofrecen, particularmente de noche, por la profu-

sión de su alumbrado un conjunto fantástico que atrae mucha concurrencia.

La calle de San Rafael también es un punto muy concurrido y lleno de animación y vida por su situación a la salida de las puertas de *Monserrate* estar en ella el *Teatro de Tacón*, los principales cafés y restaurants, varios establecimientos de tiro al blanco, exhibiciones de animales raros, monstruosidades etc. Aquí, en este sitio hay un gran café con un frente a la *Alameda de Isabel II* llamado de *Escauriza*, que es donde se dan los bailes de máscaras todos los domingos del año. Con respecto a este punto voy a reproducir aquí la descripción que hizo en una de sus gacetillas el periódico *Prensa de la Habana*. Dice así: «En la esquina de Tacón o de Escauriza, al extender la vista por su alrededor, evocando recuerdos (los que vivan en esta ciudad hace algunos años) sonríen de satisfacción y aplauden el progreso de la época, que corre por los hilos del telégrafo; que marcha por encima del ferrocarril urbano; que atraviesa por la alameda del Prado; que se escucha en el silbido de la locomotora; que se ve en el humo que despide la máquina de vapor y se advierte y se saborea en los cafés y en los hoteles que se han levantado en aquellas inmediaciones que eran años atrás lugares yermos, mu-

ladares y barrancos donde sólo se veían algunas casuchas sin forma de arquitectura conocida y gente miserable y perdida». Desde aquí siguiendo hacia la *Punta* se ve frente a la *Puerta de Colón* el *Teatro Circo de Villanueva* que es todo de madera, y aunque se encuentra ya en bastante mal estado, sin embargo, todavía se dan funciones en él.

## VI

**LA HABANA.—Sus habitantes.—Los criollos y la doctrina de Monroe.—Los indianos. Religiosidad.—Forma de gobierno y vida. Lujo.—Educación.—Tendencia separatista.**

Reseñada ya la población, fuerza es hablar algo de los usos y costumbres de sus habitantes, así como de sus cualidades morales y físicas. En todos los países el aspecto de las ciudades está en armonía con el grado de civilización de sus habitantes, y aquí en la Habana se demuestra esto al primer golpe de vista.

Además de la gente del país hay aquí una inmigración constante de forasteros, principalmente españoles que vienen a trabajar con el afán de hacer fortuna, de modo que la sociedad es un compuesto heterogéneo de personas que no tie-

nen más que un fin, que es hacer dinero, y de aquí resulta esa propensión al egoísmo, esa carencia de sentimientos morales que sujetan todas las acciones del individuo a un cálculo mercantil. Entiéndase que al hablar de esto no me refiero a las familias separadas del torbellino de los negocios, los intereses y los pleitos, que viven morigeradamente de sus rentas o sus sueldos y conservan intactas las buenas costumbres; esas son como en todas partes.

No hay pueblo más despreocupado de ideas místicas, ni donde haya más libertad de costumbres; reinando en toda su intensidad ese indiferentismo de los pueblos grandes y adelantados, fundado en el principio de no ocuparse de nadie para que no se ocupen de uno. Esto se comprende bien. La Isla de Cuba, situada a las puertas de los Estados Unidos, ha ido copiando exactamente todas sus costumbres y adelantos por el trato comercial frecuente y también por las tendencias anexionistas de la mayor parte de los *criollos* o nativos del país, que simpatizan con la nación vecina, quizás no tanto por sus progresos, como por esperar de allí la emancipación de nuestro dominio, y hacer un verdadero alarde de imitación, como protesta a nuestras rancias preocupaciones y a nuestra desmoralización po-

lítica y administrativa. Efectivamente, los Estados Unidos por sus tendencias políticas fundadas en la doctrina de Monroe, son enemigos de toda Monarquía, de toda dominación y de toda influencia europea, porque esto detiene su espíritu de expansión, o sea, lo que ellos llaman *destino manifiesto*, que consiste en creer, como artículo de fe, que les pertenecen de derecho todos los territorios americanos hasta el Istmo de Panamá, inclusas las Antillas, pues la división natural de la América del Norte con la del Sur es el citado istmo. Como España es hoy en estos parajes una de las naciones europeas más poderosas, de ahí nace, además del odio de raza, ese espíritu de hostilidad constante de que viene siendo objeto hace ya bastante tiempo por parte de dichos Estados Unidos.

Los hijos de Cuba, con el deseo de la independencia, ya que ellos no se consideran con fuerza bastante para conquistarla solos, al ver que España está constantemente aumentando aquí sus defensas y su poder, prefieren anexionarse a otra raza exclusivista, que no admite unión ni enlace con la latina, aun a trueque de perder su nacionalidad, que conservarse tranquilos prosperando a la sombra del pabellón español. No calculan que el día en que se efectúe esta

unión, tan deseada por ellos, empezarían a peligrar sus propiedades y sus derechos, como ha venido sucediendo en todos los territorios hispano-americanos, que se encuentran hoy en poder de los Estados Unidos; de lo cual muestra Tejas un elocuente ejemplo, así como la Sonora y la Baja California. Es verdad que la vehemencia de las pasiones políticas o religiosas, extravían completamente la razón e impulsan a los pueblos a escoger favorablemente y sin examen a todos aquellos que se muestran enemigos de los que los oprimen; sucediendo muchas veces que se emancipan de un dominador para caer en las garras de otro. Pero como el despecho se sobrepone a toda reflexión, de ahí que los cubanos muestran con no disimulado júbilo sus simpatías por los *yankees* y se asimilan su espíritu progresivo; no quizás como rara aspiración natural y desapasionada de la inteligencia humana, sino como protesta a la política reaccionaria del gobierno de la nación y del atraso de sus habitantes.

Hay que tener en cuenta también, pues el hombre honrado debe decirlo todo, que el elemento español que impera en Cuba no está compuesto en general de hombres de gran ilustración y cultura, sino por hombres de dinero, y

este es un motivo más de menosprecio para la gente ilustrada del país, educada en los principales colegios del extranjero; la cual se encuentra, por desconfianza, alejada de toda intervención en los asuntos públicos.

En todos los países mercantiles y en este principalmente, la gran masa de inmigrantes, que vienen destinados al comercio, salen de las aldeas de las provincias del norte, sin haber tenido trato alguno con la gente culta y sin más conocimientos que las primeras letras. Aquí en el contacto con una sociedad adelantada, muchos adquieren algunos rudimentos de educación y un barniz puramente exterior de refinamiento de costumbres y gustos; y cuando hacen dinero y se encuentran al frente de sus negocios o se retiran a vivir de sus rentas, se llenan de vanidad y orgullo y se creen por su posición adinerada, competentes en todos los conocimientos que afectan a la administractón y a la política. Por regla general se hacen conservadores o reaccionarios, porque les parece que lo liberal delata un origen plebeyo y se les puede descubrir la hilaza de su origen. Se vuelven intransigentes en toda clase de asuntos que se ventilen, como para demostrar que obedece su tésón a profundas convicciones procedentes de sus estudios y su

talento; hablan en tono dogmático y se hacen tan insoportables, empalagosos, pedantes y ridículos para la gente culta, que acaba por no alternar con ellos, dejándolos en sus tertulias resolver *ex cátedra* y sin contradicción todos los problemas económicos, sociales, políticos, religiosos y hasta internacionales que más preocupan a los hombres verdaderamente ilustrados en las ciencias que afectan a la gobernación del Estado. En España se les da el nombre de *indianos;* y es de justicia hacer constar que entre ellos hay muy honrosas y numerosas excepciones, de que son prueba fehaciente las escuelas levantadas a su costa en los pueblos de procedencia y otros muchos beneficios que acreditan su inteligencia y grandeza de alma. Hombres de ellos he conocido aquí mismo de clara inteligencia, progresivos, amantes de la cultura, tolerantes, de afable trato y nada infatuados con sus riquezas.

El Gobierno español para evitar motivos de censura por parte de los cubanos, que no perdonan ocasión de sonrojarnos, comparando nuestro atraso con la cultura de los Estados Unidos, no ha tenido más remedio que entrar aquí por la vía de las reformas materiales para satisfacer las exigencias progresivas de la opinión, haciendo ver al mismo tiempo a las naciones

envidiosas de la posesión de esta isla rica, que España puede ir tan allá como los pueblos más civilizados, y que la prosperidad que aquí se goza se debe a ella sola; y esta es la causa de que se encuentre este país al nivel de los más adelantados, llevando a nuestra península cincuenta años de ventaja. Si al par que esto nuestros gobiernos aplicaran aquí una política más liberal y progresiva, creo yo que ganaría mucho nuestra estabilidad en estos dominios.

El trato social es despreocupado y sin hipocresía. El país es poco religioso, o mejor dicho poco beato. Es curioso que la mayoría de las familias sólo oyen misa el día 1.° de enero y entienden que esta sirve para todo el año. Hay extranjeros de todas religiones y sectas que no hacen ostentación de la práctica de sus cultos, y todos los tratan e intiman con ellos sin preocuparse de si pertenecen o no a la misma confesión.

El clero es tolerante y está respetado sin que nadie le regatee sus derechos. En lo único en que este clero se muestra intransigente es en la cuestión de los matrimonios entre parientes, que motivan dispensas muy costosas y grandes dilaciones. Esto ocasiona el que los interesados para evitarse molestias y gastos, tomen el vapor de Nueva Orleans y allí, sin más ni más, los casa el

obispo con muy poco costo, perdiendo el de aquí todos sus derechos. Esto consiste en que los obispos de los Estados Unidos están facultados por el Papa para toda clase de dispensas y los nuestros no, con notable perjuicio de todos, pues los fieles se perjudican y la Iglesia no gana nada estableciendo dentro de sí misma una competencia, que, aunque no sea buscada, se produce de hecho y se presta a comentarios. La gente de color es la que practica la religión con más fe y aun fanatismo. Es la que da casi del todo el contingente a las procesiones.

Este país que por lo heterogéneo de su población, por la inmigración constante de gente aventurera y mala, por la diversidad de razas, por la libertad individual que goza todo el mundo parece que debía estar predispuesto a trastornos y a desórdenes, aparte de los hechos criminales que hay en todas las grandes poblaciones, disfruta por el contrario, hoy por hoy, una paz y una tranquilidad admirables. Aquí la forma de gobierno es absoluta y el jefe supremo es el Capitán General, al cual pueden recurrir en alzada de un agravio todos los habitantes. A nadie se pregunta si tiene estas o las otras ideas políticas o religiosas, si vive solo o en compañía, si pasa las noches en su casa o en diversiones, si duerme

aquí o allá. El que no falta al orden público no encuentra quien coarte su libre albedrío, pero siempre está la autoridad vigilante sobre el elemento activo separatista, cuya tendencia, a decir verdad, se va arraigando en la mayoría de los hijos del país tanto varones como hembras.

No hay en el pueblo distinción de trajes; todo el mundo viste con igualdad, aunque claro que con más o menos lujo según sus recursos. Aquí gastan levita el carnicero y el conde, el negro y el blanco. El torero que llega de España, acostumbrado a su sombrero calañés, su chaqueta y su faja, no aguanta ocho días su traje nacional, y se avergüenza de llevarlo cambiándolo por el de moda corriente en los pueblos civilizados. Esto lo he visto yo varias veces.

La igualdad de trajes, demuestra también la igualdad de condiciones, que sólo se diferencian en el capital de cada uno, y por este estímulo tienen todos tendencia al refinamiento y se nota la corrección del lenguaje hasta en las clases más inferiores. Aquí no hay más categorías que las del saber y el dinero, y aun cuando prescindiendo de la primera condición, muchos digan que esto es un mal, en la práctica, en esta sociedad y en todas partes, resulta que sólo brilla y es considerado el rico y del pobre nadie hace caso

aunque tenga más timbres que el Gran Capitán. El respeto a las clases, *per se* ha desaparecido. Esta sociedad, como más positivista, ha dado de lado a los convencionalismos que aun imperan en los pueblos viejos, y se presenta desnuda, con todas sus llagas, que aunque en otras partes no se vean no por eso dejan de existir.

El lujo ha tomado en este país grandes proporciones y este es un vicio que suele afectar a la moralidad de las costumbres. Como el dinero es necesario para satisfacerlo, todo suele sacrificarse a él; amistad, parentesco, gratitud, amor propio, orgullo, pudor y demás cualidades y virtudes. Aquí las señoras visten muy bien, y no salen a pie a la calle, haciéndose el carruaje para ellas indispensable. Los criados también son necesarios en gran número, porque las mujeres aquí, sea por condición, o sea por la pereza e indolencia que imprime lo enervante del clima no se prestan a los quehaceres de la casa; las demás necesidades de la vida cuestan mucho, porque aquí todo cuesta caro, y como la pícara vanidad incita a todo el mundo a aparentar una opulencia que en realidad no tiene, de ahí la tentación mefistofélica que a veces acaba por triunfar de los más rígidos principios. La civilización, que tantos beneficios ha reportado a la humani-

dad mejorando la condición social, ha creado la afición al lujo. En vano los moralistas clamarán contra él; nada conseguirán, siendo como es, consecuencia de la ilustración de los pueblos, cuyas clases tienden a igualarse; pero no es el lujo en sí el que perturba, sino la impaciencia de muchos por ostentarlo sin esperar a adquirir por el trabajo una posición sólida, que les permita su disfrute sin menoscabo de la dignidad o de la honra.

La educación que se da aquí a los jóvenes, es esmerada, y a pesar de haber en la población buenos colegios, muchas personas mandan a educar a sus hijos a Francia o a los Estados Unidos; y en esos países es en donde adquieren los jóvenes las tendencias de emancipación y filibusterismo, que han hecho a muchos desgraciados, y que llevadas a cabo quizás harían también desgraciada a esta Isla convirtiéndola en otro Santo Domingo.

En realidad, entre los hijos del país y los españoles, existe una marcada división, y casi puede afirmarse que no hay reunión alguna en que reine verdadera fraternidad y se componga de iguales elementos. Siempre aparece dominando uno u otro, y aunque particularmente hay amistades entre peninsulares y criollos, en el fuero interno la división está latente, moderada por la

educación. Esto mismo se revela en los adornos de los trajes; los del país dan preferencia a los colores de la bandera americana y los peninsulares a los de la nacional, siguiendo las mujeres las mismas tendencias que observan en sus padres, hermanos o maridos, ya sean de la una ya de la otra parte.

La gente de esta tierra, como la de casi toda la América española, es muy aficionada a bailes y juegos de gallos y de cartas. Nosotros los importamos en América juntamente con nuestra indolencia, nuestro hidalguismo y nuestra intolerancia religiosa. Los hijos de aquí sueñan con esas diversiones, pero, particularmente la primera es la predominante, porque en ella entran también las mujeres. No hay reunión, ni jira, ni celebración de algo que no concluya por el baile.

Es verdad que el baile íntimo y vuluptuoso de este país es de lo más sugestivo que puede imaginarse y no es extraño que sean tan aficionados a él los que se han criado a su arrullo, cuando con el mismo entusiasmo suelen tomarlo los españoles y extranjeros que viven aquí.

El baile del país se conoce con el nombre de *danza*, y se compone cada *sedaro* o parte del *paseo*, la *cadena* y *sostenido*, según lo va marcando la música. Esta es muy animada y alegre

y no se toca bien, más que por los músicos de aquí, que son los que saben darle el *chic* que reclama su índole. Al que no está acostumbrado a oir las danzas, se le figura escuchar una algarabía infernal, pues parece que cada instrumento *va por su lado*, como suele decirse; pero poniendo atención, no sólo se distingue la belleza de la composición, sino que, eso que parece algarabía, forma un todo armónico, de un efecto sorprendente, sujeto a un compás obligado que marca con exactitud los pasos de la danza. No he visto en mi vida baile más animado e incitante, ni he oído tampoco música más entusiasta y deliciosa; así es que no es extraño ver en un baile a la mayor parte de los mirones llevar involuntariamente el compás con los pies o con el cuerpo, como arrastrados por una fuerza superior. El compás es el mismo que tocan los negros en sus tambores e instrumentos para sus bailes grotescos y voluptuosos.

Todos los domingos del año hay bailes de máscaras en los salones de *Escauriza*, que es un café situado enfrente del teatro de Tacón y de la *Alameda de Isabel II* y algunas veces los hay también en el café de la *Bolsa*; pero estos bailes, que cuando yo llegué a la Isla estaban animados por una concurrencia femenina que si

bien por su disfraz no podía analizarse, por su corrección demostraba que iba allí sujeta por sus parientes o allegados, hoy se ven frecuentados por mujeres públicas, impúdicas y desenvueltas, que les han hecho perder todo el encanto de lo misterioso. En Carnaval y Pascuas, suelen darse además bailes en los teatros de Tacón y Villanueva, a los que asiste una numerosa concurrencia de todas clases.

En los bailes cada danza dura generalmente una hora, pero hay algunos con doble personal de orquesta, cuyos músicos se van relevando insensiblemente, y duran las danzas sin interrupción toda la noche, hasta el cañonazo del alba, que es la hora oficial de su terminación. Yo he visto algunas parejas bailar tres horas seguidas sin parar ni un momento.

En el verano suele haber una serie de bailes en los pueblos de temporada, como *Guanabacoa, Puentes Grandes* y *Marianao*, donde va lo más escogido de la sociedad habanera, y como los trajes de las señoras en estos climas tropicales, son casi todos blancos, con adornos de cintas de vivos colores, en los que siempre domina el punzó y celeste (colores de la bandera americana), presentan las glorietas donde se efectúan un golpe de vista magnífico.

## VII

### LA HABANA.—Las cubanas y los cubanos.—Sitios de veraneo.—Bandos galleros.—El juego en general.—El billar.

Las cubanas en general son muy agraciadas, pero en muchas domina la hermosura que llaman *del Diablo*, que dura sólo lo que la frescura de la juventud. Esto consiste en que las mujeres son muy adelantadas y se desarrollan muy pronto. El clima ardiente gasta mucho la naturaleza y les aniquila en breve la morbidez de las formas. Suelen tener desde jóvenes mala dentadura.

A pesar de estos inconvenientes del clima, puede asegurarse que es Cuba un país de mujeres hermosas, que además tienen en su conversación y en su trato verdadero encanto. Abun-

dan las de talento y de éstas muchas han destacado como escritoras especialmente poetisas. La instrucción está muy extendida entre ellas, claro que en las clases acomodadas, que en general pueden ponerse en comparación, muchas veces con notable ventaja, con las mujeres de los pueblos más cultos.

Gloria de Cuba es la mujer cubana y gloria de España, pues españolas son. Acaso a alguna, esto último no le agrade del todo.

Los cubanos son, en general, de aspecto endeble, pero particularmente en la Habana presenta la raza marcados síntomas de degeneración. Esto se ve en todas las grandes capitales y es consecuencia del incremento de los vicios, cuyos estragos se transmiten por herencia de padres a hijos, pero aquí además de esto, hay la acción enervante del clima, agravada por una vida sedentaria y de placeres. Suelen ser de baja estatura, delgados, su andar menudo, sus pies muy pequeños, lo que les envanece mucho, de esmerada pulcritud y de modales algún tanto afectados. En sus conversaciones dan al lenguaje entonación cómica o dramática, según el asunto, acompañándola de ademanes exagerados las más de las veces. El tono de su voz es dulce y su pronunciación algo dificultosa, como si falta-

ra fuerza a sus pulmones. Tienen una imaginación muy viva y dichos agudos y picantes, como suele ser corriente en los países cálidos. Las mujeres, en general pronuncian mejor que los hombres y parecen a veces más enérgicas y resueltas que ellos; algunos opinan que valen más.

La Habana está rodeada de pueblos que por su situación topográfica y cualidades saludables y frescas de su clima, atraen en el verano la concurrencia de los que salen de temporada. Al E., y como a una legua, está situada *Guanabacoa*, patria del célebre *Pepe Antonio*, que murió defendiendo la independencia española en la guerra con los ingleses. Este pueblo, conocido también con el nombre de *Villa de las Lomas*, por estar situado sobre unas cuantas colinas, conserva entre los naturales del país una fama tradicional de salubridad y es el más frecuentado en el verano por la antigua aristocracia, pero a mí me parece triste y sombrío, como pueblo que demuestra haber sido más en otro tiempo. Es una población bastante grande y hay en ella buenas casas e iglesias, estando dotada además de aguas minerales, cuyas propiedades curativas dicen que son muy buenas para las mujeres. Está enlazada con la Habana por dos vías férreas y dos líneas de vapores para atravesar la bahía, que

hacen el viaje de ida y vuelta cada cuarto de hora.

En esta población es donde generalmente se celebran los famosos *bandos galleros, azul y punzó*, con motivo de los cuales aumenta extraordinariamente la concurrencia y con ellos la animación y la alegría. Consiste esta fiesta en la formación de dos bandos que ostentan como emblema su color respectivo, que eligen cada uno su reina de la hermosura, y éstas a su vez, por medio de diplomas nombran sus ministros, gentiles hombres, damas, caballeros, grandes cruces, etc., etc., rodeándose de una corte por la que se hacen guardar, mientras duran las fiestas, todas las consideraciones que están en uso con los verdaderos monarcas. Los agraciados con los cargos de cortesanos se entregan a su vez al desempeño de sus funciones con una formalidad digna de mejor causa. Las reinas reciben corte sentadas en su trono, cada una en su casa respectiva, y cuando salen a la calle una banda de música les toca la marcha real. El pueblo se divide también en bandos, ostentando cada cual bien en la corbata o en la cinta del sombrero, el color que viste la reina de que es partidario. Las peleas de gallos deciden luego cuál de las dos reinas es más hermosa.

Los periódicos en esos días, insertan multitud de composiciones poéticas escritas por los trovadores de uno y otro bando, ensalzando cada uno la hermosura, tanto de su reina como del color distintivo, haciendo gala de ingenio, y en estos entretenimientos poéticos y cortesanos se pasan el tiempo, al parecer inocentemente, muchos hombres sesudos y graves, que toman parte activa en estas fiestas.

En mi humilde opinión, estos festejos que ostensiblemente revisten el aspecto de un torneo literario, alternando con las peleas de gallos, tan populares en este país, ocultan un sentimiento de distinto orden, pues en realidad en el fondo son una manifestación de simpatía hecha a los colores de la bandera norteamericana, como símbolo del separatismo, y estas sospechas mías he tenido lugar de confirmarlas, cada vez que he concurrido a los bandos, al ver figurar siempre en primera línea a muchos hijos del país que se distinguen por su desafección a España. Aparte de estos que fomentan la diversión estimulados por la pasión política, hay otros que toman puesto en las cortes sólo porque creen hacer papel, por darse importancia y porque la prensa los nombre; es decir, sólo por vanidad. También suelen verse algunos peninsulares, casados

en el país, cuyas mujeres e hijos figuran en esta clase de festejos, y otros, aunque raros, por darla de cultos y refinados con las damas de la buena sociedad, fatigándolas con sus almibarados y empalagosos piropos.

Excusado parece decir que los *diplomas* y *comunicaciones oficiales* entre las dos cortes, se imprimen con los colores respectivos de cada bando, llevando al pie el escudo respectivo de cada reina con un gallo por divisa.

Al O. de la Habana se encuentran los pueblos de temporada llamados *Puentes-Grandes* y *Marianao*, que se enlazan con la capital por una hermosa carretera. Ahora están haciendo el ferrocarril, que todavía tardará algún tiempo en concluirse.

El primero de estos pueblos, a pesar de tener algunas cosas buenas, es en conjunto bastante feo. Está fundado a la orilla izquierda del río Almendares, a lo largo de la carretera, de modo que no es más que una calle.

El segundo es mucho mejor y más frecuentado de los veraneantes, por su clima fresco y saludable y sus renombradas aguas del pocito. Este pueblo suele ser más concurrido que Guanabacoa por la aristocracia moderna y por los comerciantes. Tiene un teatro nuevo muy boni-

to; su indispensable *valla de gallos* y su *glorieta* para bailes, que en épocas de temporada tienen lugar los sábados y domingos por la noche, alternando con los de *Puentes-Grandes*, es decir, que el día que los hay en una de las dos partes no los hay en la otra.

Estos pueblos, de que acabo de hacer mención, pueden considerarse como la Habana misma, tanto por su proximidad a ella, como por su facilidad de comunicaciones, y tan es así, que muchas personas que tienen sus negocios en la Habana, viven en ellos constantemente, viniendo por la mañana a sus quehaceres y retirándose por la tardé a comer y a dormir a su casa.

Como he dicho en otro lugar, el vicio del juego está muy desarrollado, no sólo a los gallos, donde se cruzan apuestas de gran consideración, que son causa de la ruina de muchas familias, sino a las cartas y al billar. Para dar una idea de cómo está organizado este último, voy a insertar aquí un artículo que hice el año pasado de 1860 cuando redactaba estas notas, pero aparte de ellas, poco antes de marchar a la Península y en el que describía una sesión de billar en el café de Arrillaga, conocido también por *La Lonja*, que sirvió de título al artículo. Decía:

«Hay en la Habana un café, *La Lonja*, conoci-

do por dicho nombre, que tiene seis u ocho mesas de billar y es el lugar de cita de los jugadores de profesión, desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde. Está situado a la entrada de la calle de O'Reilly, junto a la Plaza de Armas y frente a un costado de la Capitanía General, es decir, en uno de los puntos de más tránsito y movimiento de la población durante el día, cerca de las escribanías del Gobierno Militar, del muelle de Caballería y de la *Dominica*, confitería. Allí se reunen a dicha hora los petardistas, embrollones, picapleitos, corredores intrusos, usureros y, en fin, todos los ociosos que nada tienen que hacer y pasan allí el rato charlando, mintiendo, comentando sucesos, *amarrando* negocios o hablando de política.

Los jugadores, de profesión, al billar no podían haber escogido mejor punto para ejercitar su industria y sus habilidades; pues donde hay movimiento y gente de toda calaña hay siempre quien juegue y deje el dinero.

Para formar una idea de lo que pasa en el interior de La Lonja a las horas citadas, y del tecnicismo especial de los jugadores, entre el lector con nosotros por una de las puertas del establecimiento y en una de las mesas del fondo del salón bajo, verá un grupo de jugadores de *todas*

*vitolas* que hablan, discuten, se acaloran y se calman arreglando condiciones para formar partidas.

Allí, entre los concurrentes, se encuentran los jugadores de más fama, cada uno con su especialidad, como Simón, al repetir; Franco, a la piña; el Curro, a la carambola; el Niño y Venancio, a los palos; Boloña, García, El Soldadito, el Físico, el célebre Licenciado, y otros de más o menos categoría, a los mismos u otros juegos. De pronto se levanta uno y propone a otro uno de esos partidos que llaman *de invención* para compensar la desigualdad de fuerzas. Escuchemos el diálogo, en el que poco a poco todos los jugadores van tomando parte:

—Caballeros, un *partido* de *voy* o *van*, al que quiera.

—Te doy diez y seis rayas para veinticuatro, mandando yo la bola que has de tirar y cantando el golpe.

—¿Y tú, qué llevas?

—Yo, las dos bolas; es decir, el mingo y la contraria.

—¿Y cantando también?

—No, yo voy a la *bamba*.

—No entro, compadre. Si me das veinte para veinticuatro sin cantar, entonces podremos hacer algo.

—*No me gusta* (responde un mirón).

—Dale (dice otro) los veinte para veinticuatro, cantando.

—¡Está usted loco, hombre! Ayer jugó éste con el Físico a los palos, y le ganó a *todos tiros.*

—Eso es la suerte.

—Suerte, no; la suerte la da la inteligencia en el arte.

—En fin, no *conversemos* más; veinte para veinticuatro, sin cantar, y me parece que facilito el juego.

—No, señor. Cantando, ahora mismo una onza a cuatro mesas. ¿Pues no se ha creído éste que yo juego más que Venancio y el Niño? ¿Yo, que tiro una *villa de huevo* y no la hago? Bien vieron ustedes el otro día, que faltándome tres tantos, tiré sobre el mingo una villa de *onza a peseta* y no la hice... ¿Qué hay de eso, *Licenciado?...* Si yo fuera como éste, que a *todos tiros* hace lo que quiere...; en fin, si conviene así, listo.

—Pues listo.

—Manigua (dicen al *coime* o mozo de billar), prepara la mesa.

El coime lo hace; recoge el dinero de la apuesta y se apoya en el *violín,* mientras que el jugador de salida apunta su bola con alguna calma.

—Un doblón voy *al tiro*—dice un espectador.

—Pago—responde otro.

—*Caso a mi mano lo que quieran*—dice uno de los dos jugadores.

—Voy un escudo—contesta un espectador.

—Corriente.

El *tiro* hace la salida y coge cuatro palos y cabaña. Canta el *coime:* ocho por veinte, y se prepara a tirar el contrario. Tira y no hace golpe, por lo que pierde cuatro tantos que se apuntan al de salida, el cual se pone doce por veinte. En este momento se excitan los espectadores, y hablan bajo entre sí produciéndose un sordo murmullo.

—*A tiro voy* un doblón—grita uno.

—*Si da algún logro pago*—contesta otro.

—Cinco a cuatro voy—dice el primero.

—No; seis a cuatro pago--contesta el segundo.

—Está corriente.

A todo este diálogo, el que tira permanece con el taco levantado, esperando que acaben de *casar* los espectadores, y concluído el arreglo, apunta con calma y hace ocho tantos.

El *coime*, con voz sonora, canta: veinte a veinte están.

El contrario vuelve a tirar y hace carambola, cantando el *coime:* veintidós a veinte.

Este golpe causa alguna confusión entre los espectadores, pues ya el juego hace crisis. La

ansiedad se manifiesta en todos los semblantes.

—Media onza *al que recibe*—grita uno.

Nadie admite porque están aguardando la bola del que tira. Este no hace golpe y quedan las bolas descubiertas.

Movimiento general. Todos esperan el final de la mesa, retratándose en unos la tristeza y en otros el contento. Sin embargo, como a pesar de verse un golpe claro, hay en el billar casualidades que pueden desbaratarlo, los jugadores arrojados no pierden la esperanza del todo, y tanto por esto, como por azorar al contrario, no es extraño ver levantarse a uno en semejante momento gritando:

—Ocho, a cuatro *la voy*.

El que tira, en lugar de sacar palos, hace villa, que no se apunta. Aquí hay un momento de confusión entre los que *casan* por fuera. El jugador que erró el golpe pega un tacazo en el suelo, acompañado de un voto, levantando al techo la vista con la ira reconcentrada en su semblante. El coime, con muda calma, repite: veintidós a veinte. Los que creían perder se ríen, y por el contrario, los que contaban ganar blasfeman y reprenden al jugador. Éste se defiende lo mejor que puede, y tira el otro, acabando la mesa.

Un murmullo, en unos de aprobación y en otros de descontento, se deja sentir, se pagan las pérdidas y se restablece el orden porque va a seguir el juego.

Lo que pasa en esta mesa es análogo a lo que sucede en las demás; el mismo tecnicismo y las mismas peripecias. Hay jugador, de los que *casan por fuera*, interesado a la vez en varias partidas, y se les ve, de cuando en cuando, levantarse y dirigir miradas hacia las otras mesas, para interrogar con la vista a los que están allí sobre la marcha del juego.

Hay que tener en cuenta, que no creo se pueda fiar siempre en la lealtad de los jugadores, y no sería extraño se confabulasen alguna vez, cuando las apuestas son crecidas, en favor de la descargada, repartiéndose después las diferencias.

También pululan por aquellos salones algunos usureros que se dedican a hacer préstamos a los que pierden, con un interés de mil por ciento, sin pagarés ni hipotecas, sino bajo su palabra; pero tienen el cuidado siempre de no perderlos de vista para saldar cuentas el día que los vean en ganancias.

Lo que llama la atención de los que entran allí por primera vez, es el gran número de fachas

estrafalarias y semblantes repulsivos que componen generalmente dichas reuniones. Sus gestos expresivos, ademanes descompasados, movimientos y frases exageradas, unidos al garrote que indispensablemente llevan en la mano, les imponen un tinte que repele y a la vez atemoriza a los que no están acostumbrados a verlos; como que son los hombres más *caretudos* y *bravos* (es decir, matones de la Isla).

Generalmente, de las tres a las cuatro, se van retirando todos y queda el local vacío hasta la noche, en que vuelve a llenarse de otra clase de gente; en general del comercio, que va a pasar el rato hasta las diez de la noche en que se cierra el establecimiento, para volver al otro día a presenciar las escenas del anterior.

Habana, 13 de diciembre de 1860.

A. B.

Así se insertó en un periódico local.»

Como se ve por todo lo dicho, es la Habana una gran población que marcha al nivel de las principales de Europa, no sólo en adelantos materiales y cultura, sino también en despreocupación y libertad de costumbres. El trato social entre familias, suele ser poco íntimo y frecuente, y esto es debido a la experiencia razonada de

que la intimidad conduce con frecuencia a críticas y disgustos; pero, en cambio, concurren asiduamente a las reuniones de distracción y recreo, que tienen lugar en los parajes públicos donde la crítica no puede cebarse más que en lo externo.

# VIII

**LA GENTE DE COLOR.—Situación legal y social de los esclavos.—Intervención de Inglaterra contra el comercio de esclavos.—Los negros libres.—Su situación social.—Los negros en los Estados Unidos.—Los mulatos en general.—Las mulatas.—Composición poética titulada «La Mulata».—Los negros de nación.—El día de Reyes.—Los ñáñigos.**

Con el nombre de gente de color, se conocen los negros y mestizos que abundan en la Isla, y constituyen quizás las tres cuartas partes de la población, equivalentes al pueblo pobre o jornalero de otros países. Son libres, esclavos o emancipados, y en estas condiciones viven al servicio de los blancos en toda clase de faenas domésticas, agrícolas e industriales.

Los negros esclavos casi todos son de *nación* o africanos, procedentes de la *trata*, y los hay también *criollos*, aunque en menor número; porque en la Habana y otras poblaciones, el que tiene buena conducta y se propone librarse, lo consigue, favorecido por las leyes de Indias, que protegen mucho a los esclavos. Estos tienen un Regidor síndico, que es nombrado por el Gobierno para arreglar las cuestiones que se suscitan entre ellos y los amos, el cual, casi siempre, decide a favor de los primeros, como la parte más débil. Todo el horror que se tiene a la esclavitud en los países de Europa, se pierde aquí considerándola prácticamente, pues el trato que se da a los esclavos, salvo raras excepciones, no es tan riguroso como se pinta en las novelas. Ya quisieran para sí muchos proletarios de países libres como Inglaterra el trato de los esclavos de Cuba. No debe olvidarse que mis observaciones están reducidas a la Habana y sus alrededores.

La esclavitud es insostenible bajo todos los aspectos de la moral, la razón y el derecho, y por consiguiente, ninguna persona de recta conciencia puede ampararla y defenderla.

Guiada por dichos principios Inglaterra, hay que hacerle este honor, ha sido la primera en

abolirla por un acta del Parlamento de 1808 (1) en todos sus estados; y se ha encargado luego, por un tratado con España, de perseguir el tráfico de esclavos en Cuba y Puerto Rico. Ahora bien. ¿El Gobierno inglés, que es tan positivista, apronta con dicho objeto una escuadra de cruceros, que le cuesta al año algunos millones, sólo por amor a las ideas filantrópicas o guiado por algún otro sentimiento egoísta? He aquí el problema.

Las Antillas inglesas, desde que fué suprimida la esclavitud, se están arruinando paulatinamente, y con las escasas producciones de su industria agrícola no pueden competir con las de la Isla de Cuba, ni en calidad ni en baratura, y es lo más probable que esto y no otra cosa sea el móvil que anima al Gobierno inglés a suprimir la *trata* en el Africa Occidental, para arruinar a la Isla, y la causa de esos ataques virulentos que con tal motivo se dirigen de cuando en cuando, hipócritamente, en el Parlamento inglés al Gobierno español por los senadores ingleses, alarmando a los pueblos de Europa y extraviando la opinión con relatos exagerados de los padecimientos que sufren aquí los esclavos.

(1) En 1815 Francia imitó su ejemplo.

La creencia, pues, de que la persecución no obedece a sentimientos de pura filantropía, se confirma al observar el contraste que ofrece la actividad y celo que emplean en perseguir el tráfico con nuestras Antillas, con la pasividad e indiferencia, para con el que se efectúa en el Africa Oriental por Zanzíbar para surtir de esclavos la Arabia, Turquía, Egipto y otros Estados de la costa N. de Africa.

Aquí, en Cuba, ningún esclavo carece de ropas y alimentos nutritivos, ni de asistencia médica, si cae enfermo. Ya sea por sentimiento de piedad o por puro egoísmo, el amo siempre vela por la conservación del esclavo, pues si se le inutiliza o muere pierde un valor. Si éste no está contento con su amo, la ley le concede un tiempo determinado para buscar otro; si quiere *coartarse* o empezar a redimir su cautiverio, la ley se lo concede también, obligando al amo a recibir cincuenta pesos, y de aquí en adelante las cantidades que vaya entregando hasta cubrir su valor y rescatar por completo su libertad. Si el amo quiere venderlo a otro que no es del agrado del esclavo, tiene éste tres días para buscarle a su gusto. Para la coartación o la libertad solicitada se nombran por el Síndico tasadores cuando el precio que pide el amo es exorbitante. Los hi-

jos menores de siete años no pueden ser separados de sus madres. Estas garantías y otras muchas más, de que no hago memoria, tienen los esclavos por las leyes coloniales, estando hoy prohibidos los castigos fuertes, y cualquier autoridad tiene derecho a impedirlos (1). Todas estas garantías y relativas dulzuras se observan o no se observan. Desde el punto de vista económico puede razonarse acerca de la esclavitud, pero por encima de todo está la moral cristiana y el sentido de humanidad, que aun al que mejor argumente a favor de ella le están diciendo al oído que es una infamia.

Los negros libres gozan la misma libertad que todos los demás ciudadanos; pueden tener propiedades y hasta esclavos, y muchos viven de esta granjería; pero siempre el negro, sea libre o esclavo, está obligado a respetar al blanco, concediendo la ley a éste una superioridad, que tiene por objeto conservar la fuerza moral, a fin de tener sometidos a los de raza negra, pues en cuanto a fuerza material sería difícil, porque se

(1) Siendo Capitán General don Domingo Dulce, en 28 de enero de 1863, dictó un reglamento para la Sindicatura de la Habana, que en 10 de junio de 1864 hizo extensivo a todas las de la isla.—N. de F. B.

encuentran con relación a los blancos en la proporción de tres a uno.

La gente de color no puede mezclarse con los blancos en ninguna clase de espectáculos públicos, y hasta en los bailes está prohibida; pero tienen para ella un lugar aislado en el teatro, así como en los circos y demás parajes de distracción. Además se le permite dar bailes públicos donde no concurre más que ella. En las iglesias es donde no hay distinciones, para demostrar a los blancos que ante Dios todos son iguales.

Los esclavos del Sur de los Estados Unidos no tienen ninguna de las garantías aquí enumeradas, y hasta en las iglesias están separados de los blancos por una división. Es verdad que los americanos son en extremo intolerantes respecto a la gente de color, y llevan su escrupulosidad hasta tal punto, que siguen de generación en generación el hilo de las familias, y a aquéllas que tienen alguna mezcla de color, por pequeña que sea, las excluyen de alternar con los blancos puros y no les guardan consideración alguna. Recuerdo haber visto una joven blanca y muy guapa que venía con una familia de Nueva Orleans en clase de doncella o esclava, y quedé asombrado cuando me dijeron que era cuarterona.

En cambio, aquí, en las familias blancas del

país, abunda mucho la mezcla de color, y hasta en individuos de la aristocracia se notan señales evidentes del elemento africano, pero nadie se preocupa en este país de tal cosa, lo cual puede explicarse porque en nuestra raza predomina esencialmente el sentimiento de igualdad, careciendo, por fortuna, de ese orgullo jactancioso y exclusivista que caracteriza a la sajona.

Hasta tal punto llegan, que en los Estados Unidos, los de color no se entierran en el mismo cementerio de los blancos, a pesar de que dicho país está regido por instituciones y leyes más liberales que las nuestras, pero para los blancos tan sólo. Aquí, en Cuba, no hay tantos escrúpulos, y domina un espíritu más cristiano, la predisposición natural tiende más bien a borrar diferencias.

Además de lo dicho los mulatos prohijados por la Casa Cuna, que toman el apellido Valdés en memoria del Obispo Fr. Jerónimo Valdés que la instituyó, salen, por privilegio, ennoblecidos, es decir, pueden usar *Don* como los blancos y gozan de todos los beneficios y prerrogativas de éstos, incluso el de desempeñar destinos públicos, sin que nadie pueda decirles la palabra considerada ultrajante de *mulato*, so pena de exponerse a una querella por injuria. Recuer-

do haber oído varias veces en cuestiones, lanzar como insulto uno a otro la palabra *mulato*, y contestar el agraviado con mucho énfasis: *Yo no soy mulato, yo soy Valdés.*

Ya que he citado la fundación de este bienhechor Obispo, no quiero que se me quede por citar otra piadosa fundación que fué la *Casa de Beneficencia*, obra de la caridad de otro Obispo, el Ilmo. D. Luis Peñalver y Cadenas.

Los negros criollos suelen ser de facciones regulares, así como las negras, entre las que las hay, cuando jóvenes, muy agraciadas, y tanto por esta circunstancia cuanto por la escasez de mujeres blancas en la Habana y otras poblaciones grandes, abundan mucho los mulatos. Este producto de ambas razas es en general bastante perfecto de facciones y suele ser de agudo ingenio.

Las mulatas forman aquí en la Habana un tipo especial, pues son muy graciosas en sus conversaciones y movimientos, y gozan de muchas simpatías entre los europeos, a quienes ellas prefieren casi siempre por el interés.

Son en general indolentes y no piensan más que en *colocarse* para gozar de las diversiones y el lujo. Suelen ser despilfarradoras y vanidosas. Su afición al baile llega al frenesí, prefiriendo ésta a todas las demás diversiones. En los bailes

se poseen de una vehemencia ardiente que demuestran con movimientos voluptuosos e incitantes, no por una afectación estudiada de desvergüenza, como se ve en las mujeres de hábitos libres, sino por un impulso natural e impaciente de la animación y el fuego de su sangre.

Las que tienen mérito físico, si no nacen libres, se dan trazas, en su mayoría, para libertarse cuando se hacen mujeres, amancebándose con blancos, como si realmente estuvieran casadas, y como los hijos hacen más estrecha la unión, muchas de estas relaciones suelen durar toda la vida. De esto hay infinitos ejemplos, y no tiene nada de extraño, si se atiende a que aquí por lo cálido del clima, son muy violentas las pasiones y no dejan lugar a la reflexión. Estas uniones han fijado en Cuba por toda su vida a muchos peninsulares.

Para acabar con esto, creo merece incluirse aquí la *parte publicable* de una buena composición poética titulada *La Mulata,* de autor anónimo (¿Zorrilla?) en la cual se hace el retrato de dicho tipo con maravilloso arte y exactitud:

## LA MULATA

¡Mulata! ¿Será tu nombre
oprobio, injuria o refrán?
No sé; sólo sé que al hombre
tu nombre es un talismán.
Tu nombre es tu vanagloria
en vez de ser tu baldón;
que ser mulata es tu gloria,
ser mulata es tu blasón.
Ser mulata es ser candela,
ser mulata es imitar,
en el andar la gacela,
la leona en el amar.
Copa que embelesa y mata
si se liba hasta la hez.
¿Su altivo hechizo la mulata
lo debe acaso a su tez?
Dúdanlo las gentes necias
y ella que ama su color,
dice «que entre las especias
la canela es la mejor».
Es la mulata la fatal manzana
que al suelo arroja la fatal discordia.
Nueva Elena, la guerra le acompaña,
todo hombre es Páris, toda casa es Troya.
Venus de bronce, como el bronce mismo
que dos metales diferentes forman,
dos seres antipáticos la engendran,
dos principios rivales la coloran.
Brilla en su faz la circasiana gracia,
la africana centella, su piel brota,
y su normanda sangre se requema
en las venas calientes de la Etiopia.

Su cuerpo afecta los contornos griegos
y el siroco en su tez el fuego sopla,
anidase la risa entre sus labios
y en sus ojos la lava se elabora.
El ceñidor de Venus la rodea;
no el ceñidor de mirtos y de rosas,
sino un candente círculo de brasas
que consume al incauto que las toca.
Punto de transición entre dos razas,
discordes, implacables, rencorosas;
el Cáucaso por suya la reclama,
como suya el desierto la pregona;
Y la barbarie y la cultura lidian,
en su frente tostada y majestuosa,
como en la frente de Luzbel un día,
lucharon bien y mal, allá en la Gloria.
Del blanco y negro, inexplicable engendro,
sublima cuando quiere, cuanto toca;
implacable en sus iras como el tigre,
aplacada en su amor como paloma.
Antítesis viviente de dos mundos,
cambiante anfibio, esfinge misteriosa,
que un enigma propone a los pasados
y al que no lo descifra lo devora.
Tú no eres blanca, mulata,
ni es oro puro tu pelo,
ni tu garganta es de plata
ni en tus ojos se retrata
el divino azul del cielo.
Pero tu pupila ardiente,
como el Vesubio se inflama
y gota a gota se siente,
por tu mejilla candente,
escurrir de amor la llama.

Y do tu labio morado,
luce el diente su blancura,
como el volcán abrasado
ve en su cráter apagado
cuajarse la nieve pura.
Y en cada globo turgente,
de tu pecho estremecido,
terso, elástico, latente,
de magnetismo viviente
se eleva un vértice flúido.
Y el deleite te rodea,
como el sol al prado baña,
y tu talle se blandea
y flexible se cimbrea
cual la palma en la montaña.
Y en tus brazos locamente,
el hombre cae sin sentido
como cae en fauce hirviente
de americana serpiente,
el pájaro desde su nido.
Cógelo entonces la gentil mulata,
convulsiva, frenética, espumante,
y en voluptuoso arrullo murmurante
su labio vierte la palabra amor.
Y triunfa al exhalarle; el hombre es suyo,
el blanco la obedece servilmente
y en la boca fatal de la serpiente
el encumbrado pájaro cayó.
.....
.....
.....
.....
Sólo hay un ser de bronce... ¡la mulata!
Plegaria inútil; ella goza y mata,

abre y cierra la tumba a su querer.
Cuando al son de la lúgubre campana,
a la fosa su víctima desciende,
la cruel mulata su cigarro enciende
y va a inmolar otro hombre a su placer.

Volviendo a los negros, diseñaré para concluir algunas de sus costumbres más características.

Los procedentes de Africa, que se conocen aquí con el nombre de *negros de nación*, se dividen, según las regiones de donde proceden, en grupos, y forman sus *cabildos* presididos por un jefe que eligen todos los años, y al que dan el nombre de *rey*, y a éste lo respetan todos, aun en su trato particular, como a un superior.

En la calle del Ejido, entre las puertas de Monserrate, de Tierra y Arsenal, celebran sus reuniones, la mayor parte de los *cabildos*; y los domingos, en que se entregan al baile, que es su diversión favorita, es imposible sin atolondrarse pasar por allí.

Los bailes se efectúan en grandes salas bajas, con puertas a la calle, donde se ve una apiñada multitud de negras y negros, de facciones toscas y abultadas, con las caras lustrosas por el sudor, moviéndose y agitándose a un compás que empieza con lentitud y sigue gradualmente violentándose a medida que va creciendo la exci-

tación; acompañado todo esto de una música ruidosa y monótona producida por las *marugas*, *hierros* y *tambores*, que hacen sonar con las palmas de las manos, y de una gritería chillona e infernal, con la que dan remate a sus cánticos guerreros. Tienen además unas bocinas de madera, que tocan de cuando en cuando, emitiendo un sonido lúgubre, parecido al de la caracola, con el que aumentan el estruendo de aquella lúbrica fiesta.

Los bailes íntimos cubanos, alternan frecuentemente en estas reuniones con los de Africa. Estos son de forma tan orginal y grotesta, que causan a veces la admiración y asombro de los que los miran, por lo atrevido y dificultoso de sus movimientos. Generalmente salen a bailar una negra y un negro, formando corro todos los demás concurrentes alrededor de ellos. El negro suele llevar en la mano un sable o alfanje de madera, con el cual hace muchas figuras de quites y embestidas, pero sin dejar por eso de agitar los pies y todo su cuerpo, que parece agitado de una especie de temblor, así como la negra, que baila con él, haciendo ambos horribles visajes con la cara. Al romper el baile y la música, empieza el corro los cánticos en su propia lengua, por lo que yo nunca he podido en-

tenderlos, pero se me figura que deben referirse a las hazañas de algunos de sus guerreros, que los que bailan van imitando con la acción. No puede darse una idea de la rapidez con que ejecutan los movimientos de pies y las vueltas del cuerpo, así como la ligereza con que saltan hacia atrás y hacia delante sin parar ni un momento el compás de la danza. Al mismo tiempo de esto se ve que los del corro y los demás que llenan la sala, por un impulso involuntario, van siguiendo ya con los pies, ya con el cuerpo, el mismo compás, y no hay uno solo que deje de moverse y de hacer visajes.

En estos bailes no hay que buscar refinamientos de ninguna clase; todos están compuestos de movimientos naturales propios de una raza que se encuentra casi en estado de pura naturaleza y cuya actividad intelectual es todavía deficiente para modificar sus costumbres.

El día de Reyes es el Carnaval de los negros, y tienen amplia libertad para abandonar sus servicios dejando las casas desiertas. Desde muy temprano, los de nación van a reunirse a sus respectivos cabildos, donde muchos se adornan con objetos extravagantes y raros, apareciendo también algunos con medio cuerpo desnudo y pintado de colores, al uso de su tierra, metidos

en grandes aros sujetos a la cintura, los cuales van envueltos en cuerdas blancas, que bajan hasta las rodillas y que hacen ondear al compás de sus movimientos.

En seguida que se organizan los cabildos salen a la calle, presididos por sus respectivos reyes o reinas, llevando banderas españolas o de otros colores, que agitan en el aire, y siguen de este modo tocando y bailando y pidiendo el aguinaldo a cuantos blancos encuentran, hasta que de once a una van a recalar al palacio del Capitán General, en cuyo patio se permite a cada *tango* un rato de baile. Allí se ve una masa compacta, de la que sobresalen penachos, birretes emplumados, caretas y otros adornos estrafalarios que se mueven al compás de sus instrumentos músicos, esforzándose cada *tango* en hacer el mayor ruido posible. El Capitán General se asoma de cuando en cuando a alguno de los balcones y les tira tabacos y algunos reales, a cuyo acto corresponden ellos con los gritos de ¡¡Viva España!! ¡¡Viva Isabel II!!, yéndose en seguida muy contentos para que puedan entrar otros *tangos*, de modo que es tal la algarabía y el ruido, que parece aquello un infierno.

Así van desfilando todas las agrupaciones de negros africanos: *Congos, Ararás, Mandin-*

*gas, Lucumis, Macuas, Minas, Carabalis* y alguna otra de que no me acuerdo, con banderas españolas, en las que llevan escrito el nombre de su nación.

También salen ese día tangos de negros criollos, vestidos con sayos negros y metida la cabeza en una especie de saco, con aberturas para los ojos, donde con hormillas blancas dibujan una cosa que quiere parecer cara, lo cual les da un aspecto imponente. Estos se conocen con el nombre de *ñáñigos*, pero más que por el traje, causan miedo por su conducta alevosa, pues van armados de cuchillos y suelen dar por el camino alguna puñalada, a pesar de la vigilancia de la policía. Por eso he visto muchas veces apresurarse a cerrar las puertas de las casas al simple anuncio de los *ñáñigos*, retirándose todo el mundo de las ventanas.

Los *ñáñigos* forman una asociación tenebrosa de robo y pillaje, para entrar en la cual, tiene el neófito que sufrir resignado, tendido en el suelo boca arriba, una serie de palos en el vientre en medio de gritos, cantos y contorsiones de los afiliados; luego le hacen beber sangre de gallo, animal al que rinden culto, y después, como última muestra de valor, le entregan un puñal para que salga a la calle a *probar el hierro*, lo

cual hace dando una puñalada al transeunte que mejor le parece y emprendiendo en el instante la fuga.

Los demás negros y negros criollos, que por más refinados no quieren meterse en tangos, van por las casas de los conocidos, aisladamente, pidiendo los aguinaldos. Tampoco en sus distracciones alternan con los de nación, y tienen para esto unos salones, que llaman *cunas*, en donde bailan la danza habanera, por supuesto, con bastante desenvoltura, al son de una orquesta.

Expuestas estas noticias acerca de la gente de color, creo de interés decir algo también de la trata de esclavos.

# IX

## LA TRATA.—El negocio y la estafa.—Una venganza.—Etapas de una expedición de negros desde que se proyecta hasta que desembarca.

Aquí, lo mismo que en todas partes, hay muchos aficionados a todos aquellos negocios que aunque arriesgados producen en un caso feliz pingües utilidades, y de ahí nace el que haya también personas dispuestas a interesarse en el tráfico de esclavos. Esto no es de extrañar, teniendo en cuenta que hoy se cree que constituye el dinero la única felicidad de los hombres, y que en la mayoría, la idea es enriquecerse en el menor tiempo posible sin reparar en los medios, pues la conciencia se ha convertido en un mito y los escrúpulos se consideran cosa de tontos.

Esa impaciencia por hacer dinero es la que estimula la afición a los juegos de azar con la esperanza de conseguir en un minuto lo que por medios regulares y ordenados costaría gran número de años, de sinsabores y fatigas. La trata de esclavos no es ni más ni menos que un juego de azar en el que aparte de los grandes riesgos de todo contrabando, el explotador es el banquero, y el jugador de buena fe la víctima. En éste, además, hay otras víctimas, constituyendo un delito de lesa humanidad.

Lo mismo que en las ferias o garitos, un tahur invita a jugar a todos los inocentes que se prestan, así hace aquí un armador de buque negrero, salvo rarísimas excepciones, proyectando una *expedición* para desplumar a los incautos que se apuntan como accionistas, y este ha sido el origen de muchas fortunas que se han visto crecer y desarrollarse como por ensalmo en la isla de Cuba.

El negocio es bastante incitante para atraer incautos, como que puede producir doce o quince por uno, pero tiene en contra los cruceros ingleses y americanos en las costas de Africa, los españoles en las de la Isla, y la vigilancia de Mr. Crawford, cónsul inglés en la Habana, constante denunciador a las autoridades españolas

para que persiga en tierra las expediciones desembarcadas. Mas suponiendo que hayan escapado de todos estos riegos, queda a los interesados otro mucho mayor e insuperable, que es la mala fe de los armadores.

Para hacer más comprensibles los procedimientos que se emplean en esta clase de negocios, voy a valerme de un ejemplo. Supongamos un sujeto que goza de crédito en ciertos círculos aficionados a las cosas de azar, el cual se presenta un día, invitando a sus amigos con promesas halagüeñas, a que tomen parte en una expedición. Les dice que ésta no costará más que veinticinco o treinta mil pesos, y que el buque, que tiene preparado, podrá traer con comodidad de setecientos a ochocientos negros, que vendidos a cuarenta onzas y deducidos los gastos puede dar un resultado de diez por uno. Les explica el derrotero y las probabilidades de buen éxito, pues el crucero está algo abandonado en las costas de Africa con motivo de la guerra de Oriente y es muy escasa la vigilancia, según cartas de los *factores*, en el paraje donde va a cargar el buque. Después, cuando regrese a la Isla, tiene un punto segurísimo donde hacer el desembarco; cuenta con las autoridades y con toda clase de medios para poner en tierra la negrada

a poca costa. Ante proposición tan tentadora, todos se apresuran a entrar; el armador percibe en metálico la parte de cada uno y luego que el armamento está hecho les notifica el coste de la expedición, presentando o no presentando cuentas, pues como negocio prohibido, no se dan recibos ni documentos de ninguna clase; todo se hace bajo palabra, y se han dado casos de quedarse con el dinero y no realizar la expedición; contra esto no queda más recurso que una vez descubierto el fraude, la venganza personal.

Una de esta clase debió ser la ejecutada por don J. G., acaudalado propietario que vivía en una hermosa casa de la calle del Olimpo.

Dicho *señor*, cuyo capital se había ido formando, según voz pública, con los productos de la trata, y quizás también con los de otras industrias por el estilo, era como es frecuente en hombres poco escrupulosos, muy hipócrita y afectaba gran religiosidad; era lo que se llama vulgarmente un *beato*. Un día estando arrodillado en la iglesia, quizás acosado por los remordimientos, acaso pidiendo a Dios por la difícil salvación de su alma, no sintió que se le acercaba por detrás un sujeto el cual le derramó en la cabeza un líquido, que se le corrió hasta los ojos dejándolo ciego. El sujeto era un mé-

dico catalán a quien había negado una cantidad que le tenía confiada. El médico se suicidó en la misma iglesia. El tal D. J. G., pasaba en la sociedad por hombre *respetable*. Así son muchos aquí y en todas partes, de los que se consideran como tales.

Siguiendo, pues, el relato de la expedición a que me voy refiriendo, el coste que declara el armador es de treinta mil pesos, cuando verdaderamente el buque armado y listo con *avances a la gente* y demás gastos, llega acaso a la mitad, y este es el primer fraude que se hace a los accionistas. Emprende el buque el viaje con felicidad y *viene a salvamento,* es decir que llega a Cuba. Entonces el armador recibe la expedición, la vende, paga todos los gastos y presenta las cuentas del Gran Capitán, y en esto es donde más se manifiesta su habilidad o desvergüenza. La expedición produjo cuatrocientos mil pesos, y rebajado el coste de gastos de vigías, sueldos de tripulación y capitán, gratificaciones a las autoridades, comisiones y demás, importan, según él, trescientos mil pesos; vienen pues a quedar libres unos cien mil. He visto las cuentas de una expedición que costó veinticinco mil pesos; produjo cerca de cuatrocientos cincuenta mil y sólo repartió el armador setenta y cinco mil. Los

trescientos setenta y cinco mil pesos restantes, aparecieron como gastos.

Pues bien, estos ejemplos son de expediciones en que presentan cuentas los armadores y pueden llamarse buenas, que otras hay también peores. Hay armador que ha percibido treinta o cuarenta mil pesos de accionistas para despachar una expedición, que nunca ha salido, haciéndoles creer luego que había naufragado en tal o cual parte.

También ha habido quien ha vendido acciones por cien mil, no costando la expedición más que veinticinco mil y comprometido a tener que liquidar por aquella cantidad, él mismo la ha denunciado al Gobierno para que la apresen, o ha hecho otra cosa peor, que es dejarla cruzar quince o veinte días, sin darle señales para recalar, expuesta a la persecución de los cruceros, que al fín la han apresado. Ha habido por último armador que ha recibido la expedición, la ha vendido y ni ha dado cuentas ni un cuarto a nadie.

El negocio se presta a la mala fe, porque, como hemos dicho, no se da a los partícipes ni recibos, ni otra clase de seguridades que puedan valer en ningún tribunal; pues se trata de un delito; descansando todo en la *moralidad* del

armador, que generalmente es hombre de muy elástica conciencia, como lo prueba el negocio mismo.

Enumerar los grandes crímenes sangrientos que se han cometido en la trata, sería el cuento de nunca acabar, y no puede ser de otro modo, si se considera que todos los que trabajan en ella lo hacen fuera de la ley; desde el esforzado capitán, hasta la temible marinería, compuesta de gente que nada tiene que perder, pero aventurera y resuelta, todo lo que se necesita para desafiar los peligros que entraña este inhumano tráfico. Como en estos buques no reina más disciplina que la que se impone por la fuerza bruta, se han dado bastantes casos de sublevarse las tripuciones para robar a los capitanes el dinero que llevaban para comprar los negros, sucumbiendo aquéllos en desesperada lucha contra una turba de feroces bandidos, que encallan luego al barco en cualquier costa desierta y se fugan por tierrra. Así es, que ni el revólver ni el cuchillo se desprenden un momento del cinto de los oficiales, tan bandidos como sus marineros, y que llevan, cuando salen a un viaje de estos, la vida pendiente de un hilo.

Pasemos ahora a dar una idea de lo que ocurre en las costas de Africa.

Sale el buque, ya sea de un puerto de la Isla de Cuba o de los Estados Unidos o de Europa, y llega sin novedad al punto designado de la costa; pasa el capitán aviso de su llegada al *factor*, que es por regla general portugués, y éste le designa el día en que debe volver por la negrada, si es que no la tiene lista; saliendo el buque inmediatamente de la *vuelta de afura*, para evitar el encuentro con los cruceros. Otras veces se ocultan dentro de algún río o en sinuosidades a propósito de la costa, echando abajo los masteleros para pasar desapercibidos. Durante el tiempo marcado se encarga el factor de reunir el cargamento para embarcarlo; sea de cuenta de los ricos armadores de Cuba para sus ingenios, sea vendido, tomando el importe del capitán en onzas de oro; o sea a flete de su propia cuenta, consignado a persona de su confianza en Cuba, y a quien de antemano tiene dadas instrucciones. El día designado procura el buque recalar de nuevo, carga la gente y de seguida se hace a la mar.

Los cruceros ingleses tienen por principal objetivo la vigilancia del Golfo de Guinea, pero generalmente se encuentran en aquellos puntos de más frecuentes recaladas, donde sus espías de tierra les indican que se está preparando al-

guna expedición, dirigiéndose inmediatamente a todo buque que ven para reconocerlo; y si se les hace sospechoso por la forma de su casco o tamaño excesivo de su aparejo o por otras cosas, lo detienen le pasan un registro, y sólo con que le encuentren una aguada abundante, sollado, calderos para el rancho y grillos de hierro, ya tienen derecho para detenerlo y llevarlo prisionero a Sierra Leona. Allí dejan en libertad a la tripulación y entregan el buque al *Tribunal mixto* para que declare la legitimidad de la presa, según las estipulaciones del tratado Anglo español.

La bandera española era muy perseguida en la costa de Africa, porque bajo ella, generalmente, se hacía el tráfico de esclavos y muchas veces, sin razón, fueron apresados buques que salieron de España a su comercio legal de aceite de palma o de otras producciones africanas.

Visto por los negreros que era casi imposible seguir la trata con bandera española, acudieron a la norteamericana, sobre cuyos buques no pueden ejercer derecho de visita más que los de guerra de esa nación y de ningún modo los extranjeros, y con la bandera de los Estados Unidos se estuvo hasta ahora burlando la vigilancia de los cruceros ingleses. No por esto quedaban

los barcos americanos *cargados de negros bozales,* exentos de ser apresados por los buques de guerra de cualquier nación, pero para esto era necesario que los cogieran con los negros a bordo, pues la constitución de los Estados Unidos prohibe el tráfico de esclavos, imponiendo a los infractores la pena de muerte. Como es difícil que las presas se hagan en tal estado porque los buques nunca proceden a la carga sino para salir inmediatamente a la mar aprovechando la ausencia de los cruceros, y es constante que el riesgo mayor lo corran en los fondeaderos aguardando la carga o bien en el mar por simple presunción, de aquí que la mayor parte de los buques americanos se escaparan, originándose a cada paso dificultades y protestas entre ellos y los cruceros ingleses.

A consecuencia de esto, el gobierno inglés hizo varias reclamaciones al de los Estados Unidos, sobre la salida de buques negreros de los puertos de la Unión, pidiendo al mismo tiempo que se le autorizase para ejercer el derecho de visita sobre los buques sospechosos de este tráfico, poniendo a bordo de cada crucero inglés a un oficial de la marina de los Estados Unidos. Pero, estos, celosos de su independencia, nunca consintieron, bajo ningún pretexto, debilitar sus

principios sobre la libertad de los mares y se limitaron a mandar cruceros norteamericanos para que ejercieran el derecho de visita sobre los barcos de su nación.

Así las cosas, y cuando ya en los Estados Unidos venían agitándose los ánimos para la elección de presidente, que dió el triunfo al partido *republicano negro*, o abolicionista de la esclavitud, Mr. Buchanam, último presidente *demócrata esclavista*, por miras particulares o políticas, aumentó el número de cruceros en las costas de Africa, con tan buen éxito, que logró en poco tiempo la casi extinción del tráfico en bandera norteamericana, viniendo a concluir completamente bajo la presidencia de su sucesor Lincoln, quien para hacer un escarmiento público y riguroso que pusiera de una vez para siempre por el terror coto al tráfico, mandó se cumpliesen las leyes de los Estados Unidos referentes a la trata, y fué ahorcado en 21 de febrero de 1862 un capitán llamado Nathaniel Gordan, que se encontraba preso por dicho delito. Es probable que en otras circunstancias no se le hubiese aplicado tan terrible pena a este desgraciado, pero ya había estallado la guerra entre el Norte y el Sur de la República, y el presidente Lincoln consideró necesario este alarde de los inflexibles

principios de su política antiesclavista, para demostrar su poco temor a la imponente revolución de los estados confederados.

Los ingleses, durante este tiempo, tanto por la certidumbre de que el tráfico se hacía casi exclusivamente en bandera norteamericana, como por el aumento del comercio lícito español en el Golfo de Guinea con la posesión de Fernando Póo y la presencia de nuestros buques de guerra en aquellas aguas, descuidaron el registro de nuestros buques, y por esta causa nuestra bandera volvió a ofrecer más probabilidades de éxito que ninguna otra para el tráfico de negros.

Tal es, en resumen, la historia de los riesgos que han ido corriendo en la costa de Africa los buques negreros españoles y americanos, pero la trata se ha hecho también en barcos ingleses, franceses, sardos y portugueses, muchos de ellos armados en los mismos puertos de Inglaterra. Resta sólo añadir que a la sombra de la Isla de Cuba los mismos norteamericanos han estado haciendo el tráfico en su país, desembarcando las expediciones en las dilatadas costas de la Florida con tal sigilo, que hasta ahora no ha venido a descubrirse con certeza por los armadores de aquí.

Dejamos al buque engolfándose con rumbo a

la Isla de Cuba, viniendo a recalar al punto convenido, que generalmente es uno de los innumerables *cayos* que la circundan. Allí hay un vigía que entrega al capitán el pliego de instrucciones donde se le señala el punto de desembarco. Inmediatamente se vuelve el vigía en su *cayuco* a la Isla y manda al armador un telegrama con frases convenidas, dándole parte de la recalada; a cuya noticia sale éste para el lugar designado a recibir la expedición. El buque sigue navegando en demanda del sitio marcado en las instrucciones y se aguanta en el horizonte hasta el día en que ve las fogatas con que acostumbran a indicarle que no hay novedad, y entonces hace rumbo para tierra. Inmediatamente de fondear se procede a desembarcar los negros, contándolos uno a uno. Concluído esto se embarranca el buque o se le da un barreno para que se vaya a pique, o se le pega fuego para hacer desaparecer todo rastro. Raras veces se trata de salvar el buque, que, por otra parte, suele ser de poco valor, pues para este servicio se buscan viejos y muy baratos.

Los sexos vienen mezclados a bordo en completo estado de desnudez, lo mismo que si se tratara de un montón de animales, ajenos a todo sentimiento racional, incluso al del más elemen-

tal aseo, pues hacen sus necesidades sobre el mismo sitio de su estancia, llenándose de inmundicias, por cuya causa, para evitar que se inficcione el aire en el buque, tienen los tripulantes que baldear a los negros dos otres veces al día, arrojando sobre ellos gran número de cubos de agua del mar. Aparte de esto y aun estando limpios, despiden las negras un olor muy desagradable y a veces nauseabundo que no puede soportarse, el cual es propio de esta raza.

Cuando les ponen a los hombres el primer vestido, compuesto de una camiseta y un pantalón de lienzo, se les embarazan todos los movimientos y no pueden andar. A las mujeres sólo las cubren con una camisa larga.

Conste que yo nunca he visto desembarcar ninguna expedición, y esto que aquí he dicho lo sé por referencias de personas verídicas que han intervenido en estos asuntos; pero sí he visto en algún ingenio negros *bozales* recién desembarcados.

Ya en tierra la negrada, rodeada de los tripulantes y de los hombres puestos por el armador para guardarla, se pone en marcha, cuidando que los negros no se extravíen y siga toda la comitiva la dirección de los guías, y de este modo

se trasladan todos a una finca cercana adonde van concurriendo los compradores, noticiosos del desembarco, y allí se procede a la venta, pero no sin haber pagado antes a la tripulación, sobre el terreno, en moneda contante, el importe de sus salarios.

Concluído el mercado, el armador recoge todos los valores y se retira al punto de su domicilio, que es donde da cuenta a sus copartícipes.

Hay especuladores que compran expediciones a la vela, cuando hay noticias de que han escapado de los riesgos de la costa de Africa y vienen navegando por el golfo, y otras que se venden, puestas en la playa, libres de gastos. Estos negocios se hacen siempre a precios en que resultan favorecidos los compradores.

Todo lo que llevo manifestado, viene a ser sobre poco más o menos el *modus operandi* de una expedición negrera que se lleva a cabo con felicidad, pues a veces aquí mismo en la Isla se presentan en los desembarcos incidentes terribles. Los ladrones y gente de mal vivir se reunen en la costa y acometen a viva fuerza a la expedición desembarcada, llevándose los negros que pueden, y tienen los guardianes que defenderlos a tiros; otras veces los roban en el tránsi-

to de la playa a las fincas, y por eso, cuando éstas no están muy cerca, suelen llevarlos en carretas, bien custodiados, por cuenta de los dueños, y además por la tripulación del buque que, cuchillo en mano, único medio de contener a los *guajiros* o gente del campo, que en número considerable sale a robar y llevarse los negros. Nunca mejor aplicado aquello de que «quien roba a un ladrón, ha cien años de perdón».

Generalmente, para mayor seguridad, el armador toma a su servicio a uno de los matones del partido, y su sola presencia impone respeto a los que llegan con malos fines. El célebre bandido el *Asturiano*, ha estado muchas veces en la playa, custodiando expediciones.

Algunas veces han sido sorprendidas las expediciones por los cruceros o las autoridades españolas, y en este caso los negros quedan *emancipados* bajo el protectorado del Gobierno, quien se obliga a devolverlos a Africa, pasados cierto número de años; pero no sé que jamás se haya llegado a realizar tal devolución. Otras veces se hace con la connivencia de las autoridades, pues en realidad, de otro modo sería imposible. Se dice de público, de generales que tomaban una y hasta dos onzas por negro desembarcado, y que este era uno de los recursos

con que contaban al aceptar el cargo. No sé lo que habrá de verdad ni cuáles habrán sido los que han hecho semejante negocio, pero puede asegurarse que el general Pezuela está limpio de semejante mancha.

Además de los generales, hay que contar con los *Tenientes Gobernadores*, con los *Capitanes de Partido*, y a veces también con el oficial del pelotón de Caballería que vigila la costa; pues estando de acuerdo se dirige con su tropa en dirección opuesta al sitio del desembarco.

Se cuenta que un teniente Gobernador llamado A., que desempeñaba este cargo en Colón, por iniciativa de un general, contrató con un armador el dar paso franco a una expedición, y cuando los negros estaban en tierra, se presentó con las fuerzas que mandaba y se llevó doscientos cuarenta, que vendió, y con el dinero se fugó a los Estados Unidos, donde publicó un manifiesto poniendo en evidencia al general D., al hacendado Z. y a otros personajes de la Habana, conocidos como negreros.

Por muchas razones ganaría España en el concepto universal con la completa extinción de este inhumano tráfico, que creo ha de ir muriendo por consunción, pero el Gobierno conoce, como aquí todo el mundo, que el problema econó-

mico de la Isla está ligado a la existencia de la esclavitud, pues su riqueza depende de los brazos de los esclavos, y de aquí la benignidad y aun lenidad que se emplea con tan infame comercio, poniendo los negocios por encima de la libertad y la vida de millares de seres humanos.

Esto ha dado ocasión a los clamores de las Cámaras y de la prensa inglesa y a las reclamaciones de su Gobierno, el cual, por las razones expuestas en otro lugar, es el único que ha pretendido siempre la estricta observancia de los tratados.

Con esto termino, antes de marchar a la Península, las notas que he reunido durante ocho años de mi residencia.

Habana, 28 de febrero de 1861.

---

*Trata de Negros.*—Según Martens la trata comienza en 1443, cuando los portugueses empezaron a cambiar los prisioneros moros que le servían de esclavos por negros.

Los ingleses se dieron pronto cuenta del negocio y procuraron acaparar la trata, consiguiendo por el tratado de Utrech de 1713 el monopolio de la importación de negros a las colonias españolas de América. A fines del siglo XVIII los esfuerzos de Pitt, Fox y otros, movieron la opi-

nión pública inglesa, que no sólo abolió la trata en sus colonias, sino que se dedicó a impedirla fuera de ellas. Por sus esfuerzos se consiguió que en el Congreso de Viena de 1815, en 8 de febrero, se firmara por las potencias allí representadas, que eran ocho, un convenio, comprometiéndose a terminar lo más pronto posible con el comercio de negros, pero sin fijar fecha ni arbitrar medios. Los Estados Unidos y Francia se negaban al derecho de visita de buques, lo cual hacía ilusoria la persecución. Inglaterra sostenía que debía ejercerse este derecho.

En cuanto a España; trató con Inglaterra, y en 28 de agosto de 1814 se firmó un protocolo por el que el Gobierno español se comprometía a estudiar el asunto de la abolición, y por otro que se firmó en 23 de septiembre de 1817, el Gobierno de Fernando VII hizo un tratado con Inglaterra por el cual en 30 de mayo de 1820 cesaba el tráfico de esclavos en la parte norte del Ecuador de la costa de Africa. Inglaterra se obligó a pagar, como indemnización a España, en 20 de febrero de 1818, la cantidad de 400.000 libras esterlinas.

El tratado autorizaba a determinados cruceros ingleses y españoles a la visita de buques sospechosos, y se establecieron dos comisiones mix-

tas, una en Africa y otra en una posesión española, para juzgar estos casos.

En 28 de junio de 1836 queda convenida la total extinción de la trata.

En 1841 el Gobierno inglés logró que firmaran un tratado de abolición: Austria, Prusia, Rusia y Francia. Esta última no ratificó el tratado. Los Estados Unidos se negaron en absoluto a pactar ni aceptar derecho de visita por entonces.

En España, desde el 17 de mayo de 1867, quedó prohibida la trata. Por la ley de 22 de marzo de 1873 se abolió la esclavitud en Puerto Rico. En Cuba lo fué por ley de febrero de 1880. (Nota de Francisco de las Barras).

# X

**Regreso.—La salida.—La fragata «Ana Teresa».—Pasajeros.—Muerte de la Marquesa de Selva Nevada.—Conjura contra la calma. Un temporal. — Ultimas etapas. — Muerte del Padre jesuita Morales. — Llegada a Cádiz.**

Salimos de la Habana a las ocho de la mañano del jueves 25 de abril de 1861, con brisa fresca, y estuvimos navegando de vuelta y vuelta hasta el sábado 27 a las ocho de la mañana, sin perder mucho camino, pues la corriente del Golfo (Gulf Stream) que se dirige hacia el N. y tira hasta siete millas, nos era favorable; y así pudimos embocar pronto el Canal Nuevo de Bahama, en cuya angostura (farolas de Cayo Gun) se hizo el viento más largo y navegamos a rumbo.

La fragata «Ana Teresa», mandada por don Juan Espino, era un barco viejo de la matrícula de Cádiz, de porte de unas seiscientas toneladas, con una buena cámara sobre cubierta. Como desde 1.º de mayo empieza la Sanidad a dar patentes sucias y tienen los buques que ir a hacer cuarentena al lazareto de Vigo, huyendo de esto, todos los que van a España, procuran salir antes de dicha fecha. El vapor correo, que sólo es mensual, no puede llevar todo el pasaje que se aglomera y no hay más remedio que recurrir a los barcos de vela, los cuales, como sucedió con el nuestro, suelen salir completamente llenos. Llevábamos cuarenta pasajeros de popa, entre ellos algunos procedentes de Méjico, como la Condesa de la Cortina y su hija, su parienta la Marquesa de Selva Nevada, un señor Barra, de Veracruz, con su familia; una señora viuda con dos hijos, sobrina de un Arzobispo de Méjico, y al P. jesuíta D. Tiburcio Morales, que venía muy enfermo de tisis pulmonar. El resto del pasaje era todo procedente de la Habana.

La corriente y el viento nos hicieron desembocar pronto el canal, y seguimos sin novedad hasta el martes 30, en que a consecuencia del *vómito*, agravado quizás con el mareo, murió

a las cuatro de la mañana la Marquesa de Selva Nevada, siendo auxiliada en sus últimos momentos por el P. Morales.

Este acontecimiento afectó a todos los pasajeros y en particular a las parientas de la muerta, las cuales abandonaron su camarote y vinieron a instalarse en el pasillo de estribor, que daba entrada a la cámara, entre el camarote del capitán y el mío, donde pasaron todo el viaje, tendidas en los colchones que allí les pusieron.

Por la mañana sacaron el cadáver de la cámara y lo tendieron sobre cubierta para amortajarlo, envolviéndolo de pies a cabeza en una frezada que sujetaron al cuerpo con *filásticas*, y en esta disposición fué depositada en el castillo de proa para cumplir las horas reglamentarias. Allí permaneció hasta las siete y media de la noche en que ya el mal olor no podía resistirse a bordo por haber entrado en descomposición. En vista de esto se procedió al *entierro*, que revistió cierta solemnidad, tanto por la calidad de la persona, cuanto por respeto a sus parientes que venían a bordo.

Marchaban delante dos marineros con faroles encendidos; seguían luego otros cuatro llevando el cadáver sobre un *cuartel* de la *escotilla mayor*, y los demás pasajeros y tripulantes, som-

brero en mano, sirviendo de duelo. La comitiva vino por la banda de *estribor* en la forma que acabo de explicar, pasó por delante de la cámara y allí se detuvo para que el Padre jesuíta le rezara un responso; siguió después por *babor* hasta una *porta* y allí, a la voz de *al agua*, que dió el capitán, se arrojó al mar el cadáver, en medio del silencio más profundo.

La muerte siempre impresiona, pero en estas circunstancias mucho más; contribuyendo a ello la soledad del mar, el ruido de las olas al chocar contra el buque y la conciencia del riesgo que se va corriendo en la navegación, donde cualquier accidente imprevisto, pone en peligro la vida. Todas estas cosas influyen poderosamente en el ánimo. Verdad es que todo esto pasa pronto, y la atención fija en el porvenir, olvida con facilidad las tristezas del pasado, y al día siguiente apenas se acuerda nadie de ellos, y si no fuera así no se podría navegar. A los terrores del temporal siguen las alegrías del buen tiempo, y ninguno, por el momento, se preocupa de que aquél pueda repetirse.

El miércoles primero de Mayo se nos quedó el viento en calma y así estuvimos hasta la madrugada del viernes 3, en que empezó a soplar un *viento fresco* del NE. que nos duró tres

días, volviendo a quedar en calma después. Nos encontrábamos en un *mar de sonda*, sobre el banco de Terranova. La calma esta nos duró seis días, y estábamos aburridos y desesperados, pues en buque de vela lo que se desea con ansia es viento para navegar.

Pasaban por el costado unos moluscos a los que daban los marineros el nombre de *galeras* (Argonautas), y decían que su presencia indicaba calma; con esta noticia, mirábamos de contínuo por el costado del buque a ver si desaparecían; pero ellos siempre por allí.

Los marineros son gentes muy superticiosas y atribuyen a muchas causas raras, influencia sobre los acontecimientos de la navegación. Habrían ya pasado unos cinco días, cuando una mañana los vi reunidos en cubierta hablando con mucha animación, y en medio de grandes risotadas, citar nombres de personas. Pregunté al contramaestre qué significaba aquello, y me contestó que iban a *echar los cabrones al agua para que cesara la calma.* Esta superstición consiste en ir nombrando personas de tierra, tenidas en dicho concepto, y cada vez que se da un nombre, si lo consideran todos comprendido en el gremio, echan un nudo en una cuerda y cuando ya han nombrado unos cuantos la arrojan al mar como

conjuro, acompañándola de apóstrofes e imprecaciones. La cuerda arrojada por ellos llevaba siete nudos.

Alguna vez había de cesar la calma y, en efecto, el domingo 12 de mayo, como a las nueve de la mañana, empezó el viento del N. que fué arreciando gradualmente hasta el extremo de obligarnos a *cargar* al medio día todas las velas altas, o sean los *juanetes* y *sobrejuanetes*. El barómetro iba bajando cada vez más, y a las tres de la mañana del lunes 13, lo que ya soplaba era un verdadero huracán. Mandó entonces el capitán *aferrar* las velas bajas o sea *trinquete* y *mayor* y con la *gavía* en dos rizos, el *velacho* en tres rizos y la *trinquetilla* se puso el barco a la *capa corrida*.

Siguió arreciando el viento y engrosando la mar y ya se hizo necesario *aferrar* el *velacho* y *largar* el *trinquete* con un rizo; mas no siendo posible aguantarnos *a la capa* porque el barco era muy viejo y hacía mucha agua por las costuras, determinó el capitán *romperla* y correr en popa al S., lo que efectuó con toda felicidad. La operación de *romper la capa* es muy expuesta porque a la *virada*, las *mares gruesas* cogen al buque de través y se corre inminente riesgo de *zozobrar* o *acostarse*. Hecha esta faena, se rom-

pió un eslabón del *escotín de gavía* de *estribor* y empezó a flamear la vela con tal ruido y tan fuertes sacudidas, que temimos perderla. Inmediatamente dieron un aparejo al *puño* aventado y toda la gente se puso a tirar para traerle à su sitio, pero, tal era la fuerza del viento, que fué imposible acercarlo al *penol de la verga*, quedando separado de él como un metro y en esta disposición hubo que dejarlo. Por la tarde de este mismo día se roló el viento al NE. y corrimos al SO., siguiendo así hasta el miércoles 15, en que se llamó al NO., lo que nos permitió navegar con proa al S. SE. que daba casi el *rumbo corregido*.

No es posibfe formarse una idea de lo que es uno de estos grandes temporales en el golfo sin haberlo presenciado; toda descripción parecerá exagerada. Las olas toman una altura prodigiosa asemejándose el mar a un país erizado de montañas, y desgraciado el buque en que una de esas enormes masas de agua viene a romper sobre él, porque arrasa todo lo que hay sobre cubierta; botes, cocinas, hombres, cámara y hasta el mismo barco, que queda entre dos aguas, puede sucumbir, si no tiene fuerza para desalojar el enorme peso de la ola que tiene encima. Todo el cuidado de los timoneles es llevar la

proa puesta a la ola para que no se atraviese el barco. Éste, tan pronto sube a las nubes, contemplándose abajo un oscuro y tenebroso valle, como baja a los abismos y se ve rodeado de enormes montañas, que no se sabe cómo ha de franquear, pero se vá elevando de nuevo poco a poco y vuelve otra vez a la cima para descender rápidamente a las mayores profundidades. En estos movimientos el buque trabaja mucho y le entra mucha agua por las costuras, y hay que achicarla cada una o dos horas, según su importancia. Nosotros dábamos a la bomba de hora en hora.

El espectáculo es imponente y terrorífico y al mismo tiempo admirable y grandioso, revelándose en él la extraordinaria potencia de las fuerzas naturales.

Durante este temporal era el viento tan frío, que nos sentíamos todos medios helados, lo que no es extraño, pues la primera noche estuvo nevando y a consecuencia de esto, se nos murieron unas cincuenta gallinas, siendo necesario abrigar bien los gallineros para conservar las demás. Constantemente teníamos sobre cubierta una vara de agua, pues las *portas* e *imbornales*, no daban lugar a desaguar la caja con la prontitud y en la cantidad que los golpes de mar la

metían por encima de la *obra muerta*, y eso fué causa de que se ahogara una cabra de leche que traía el buque.También esto impedía servirse de la cocina, situada en la cara de proa del palo *trinquete*, y en tres días no pudimos comer más que fiambres, chorizos, jamón, queso y galletas. Caliente no tomábamos más que té y café que se hacía en la misma cámara.

El temporal nos cargó sobre la punta más SE. del banco de Terranova. Esta latitud no se explica yendo el barco con rumbo a Cádiz; pero tiene su razón.

Cuando murió la Marquesa, el capitán, temiendo que si iba a su punto de destino, le rechazaran para lazareto sucio, lo cual ocasionaría perjuicios enormes, determinó desde luego tomar altura para hacer rumbo a Vigo; mas después que el temporal nos obligó a desandar lo andado, empezó a dudar si dirigirse a Cádiz para no tener que remontar al Norte, y por fin se decidió por Cádiz, fiado en la influencia de sus armadores y en la declaración que pensaba dar a la Sanidad de que la Marquesa, que ya era anciana, había muerto del mareo, y tomada en firme esta resolución continuamos nuestro viaje.

Calmó el tiempo y con *viento fresco* del N. se-

guimos nuestro rumbo, encontrándonos el domingo 19 a dos grados al N. de las islas Cuervo y Flor, pertenecientes a las Terceras.

En los días siguientes del viaje hubo calmas cortas, vientos de proa algunas veces, y mucha mar hasta el día 29, que reconocimos la tierra de Portugal y navegamos con rumbo al Cabo de San Vicente, que doblamos a las nueve de la noche.

El día 30 por la mañana, se agravó el Padre Morales y mostró deseos de hablar al piloto. Cuando acudió estaba en el estertor de la agonía y una hora después era cadáver. Antes de amortajarlo se procedió a hacer las pruebas del fallecimiento. Se le puso un espejo en la boca, que no acusó hálito alguno, y se mandó caldear un tornillo para aplicarlo debajo del pie, operación que efectuaron entre dos marineros, pero al sentir el calor se contrajo algún músculo, haciendo la pierna un movimiento hacia arriba. Ver esto y salir los marineros corriendo espantados, todo fué uno. Costó trabajo calmarlos, y por fin, cerciorados todos de que el desgraciado Padre jesuíta, que acaso conservaba como única aspiración en este mundo morir en su patria, era cadáver, lo subieron a la cubierta, lo liaron en mantas como a la Marquesa y aquella

noche a las ocho con iguales ceremonias fué arrojado al agua, cuando faltaban pocas horas para que se dibujaran en el horizonte las costas de Cádiz. Si se hubiera tratado de un buque de vapor, es posible que el capitán hubiera esperado a darle sepultura en tierra, pero en barco de vela no puede preverse lo que se tardará en llegar, aunque se esté muy cerca. Además, quizás pensó que hubiera dificultado más de lo que se temía la admisión por la Sanidad...

Al día siguiente divisábamos a Cádiz. Vista desde el mar parece Cádiz una creación fantástica, de formas elegantes, que se empina sobre las azuladas ondas envuelta en un ligero velo de fina y transparente bruma. Sus blancas fachadas, sus cúpulas y torrecillas, gallardetes y banderas forman un conjunto admirable que explica y justifica el nombre que se le ha dado de *tacita de plata*. A las diez de la mañana fondeábamos en la bahía. En seguida vino la Sanidad a bordo, y le entregó el capitán la patente dándole cuenta de las dos defunciones. En vista de esto nos dejó incomunicados, hasta dar cuenta a la Junta de Sanidad, para que esta resolviese lo que había de hacer con nosotros, pero antes de separarse del costado dijo el médico:

—¿Capitán, no hay nada para la gente? El capitán mandó darles galletas, un poco de bacalao y un garrafón de aguardiente, y se fueron tan contentos. Así son las cosas. Nos dejaban incomunicados por temor al contagio de la fiebre amarilla e iban dispuestos a comerse los víveres de los que venían a bordo, y esto por indicación del médico.

La Junta de Sanidad nos impuso tres días de observación y el lunes 4 de junio nos dejó a *libre plática* y nos dió entrada a eso de las ocho de la mañana. Una hora después salté a tierra sin novedad.

Durante el viaje por el *Golfo de las Yeguas* vimos los *petreles* (1), unos pajaritos que siguen al buque, a veces hasta Europa, sin que se les vea descansar en ninguna parte, volando siempre a flor de agua, y otros mayores llamados *Pardelas* y *Rabijuncos* (2) que vuelan más alto y están constantemente a la vista. También encontramos algunas *ballenas* y *ballenatos* que se delatan por los dos chorros de agua que elevan a grande altura.

---

(1) *Hydrobates pelagicus.* Procelaridas. (Nota de F. B.)

(2) *Phatton aethereus.* Esteganopodas. (Nota de F. B.)

En el viaje de ida por el *Golfos de las Damas* vi los *peces voladores* (1) que salen del agua en bandadas volando con sus aletas mientras las tienen mojadas, pero en cuanto se les secan se caen, por lo cual algunos van a parar dentro del barco.

También vimos varias especies de aves, unas llamadas salteadores (2), que algunos dicen se dejan coger con la mano, pero es preciso tener cuidado, porque arrancan el pedazo si logran picar. Son aves de rapiña.

Estuve en Cádiz hasta el sábado 9 de junio en que salí para Sevilla en el tren de las diez y cuarto de la mañana, llegando a las tres de la tarde a abrazar a mi madre y hermanas y hermano Carlos. Mi hermano Justo se encontraba en Madrid y mi padre en Oviedo con mi abuela y hermana Nicanora.

---

Aquí termina la primera parte de las Memorias de mi padre, quien permaneció en la Península hasta el 20 de noviembre del mismo año en que embarcó de nuevo para Cuba.

---

(1) *Exocætus evolans y volitans.* Escomberesocidos. (Nota de F. B.)

(2) *Stercorarius skua.* Laridas. (Nota de F. B.)

En este tiempo viajó por España visitando Madrid y El Escorial, yendo luego a Valladolid y siguiendo a Oviedo. Permaneció una temporada en Asturias que recorrió en parte y luego regresó por mar desde Gijón a Cádiz y Sevilla en un buque que hizo escala en varios puertos de Galicia. Poco después de regresar a Sevilla se preparó para regresar a la Habana.

(Nota de F. de las Barras).

## XI

**Preparativos de regreso a la Habana.—Un descarrilamiento.— Embarque accidentado. Instalación a bordo.— Consideraciones sobre el mareo.—El camino del buque.**

Decidido a regresar a Cuba, tuve que ir a Cádiz, pues mi pasaporte expedido en la Habana estaba depositado en aquel Gobierno civil, y su despacho tenía algunas dificultades por estar yo comprendido en el período de las quintas. El expedienteo me ocupó algunos días, pero por fin logré tenerlo despachado y en el bolsillo en 26 de octubre de 1861, a las tres de la tarde.

Libre ya de este cuidado, fuí a tomar pasaje para el correo de 20 de noviembre, lo que no pude conseguir por encontrarse ya todos los camarotes comprometidos. Sentí mucho esta contrariedad que me impedía ir acompañado de un excelente amigo, don José E. de la Cámara, socio que había sido de la casa de Noriega Olmo

y C.ª, el cual regresaba a la Habana con su familia. Dejé a este señor encargado que me avisase si a última hora quedaba sobrante alguna litera y en el tren de las cinco de la tarde regresé a Sevilla para pasar en compañía de mi madre y hermanas los días que me restaban de estar en la Península.

El viaje se hizo sin novedad hasta Dos Hermanas y a poco de salir de la estación el coche en que yo iba, que era el cuarto, chocó con algo que nos hizo saltar hasta cerca del techo. En seguida empezó a amortiguarse la luz, por el movimiento de trepidación que tomó el carruaje fuera de los rieles. Dijimos todos:—*Hemos descarrilado;* y nos asomamos a las ventanillas con alguna ansiedad, pues el tren seguía su marcha y como no estaba lejos el puente de Guadaira, era de temer, si entrábamos en él descarrilados, una catástrofe inevitable. Algunos querían tirarse a tierra, pero yo no pensé nunca hacerlo, pues suele ser peor que quedarse. Todos dábamos voces al conductor y al maquinista, pero con el ruido que hacia el tren no se oía nada. En esta ansiedad anduvimos unos ocho minutos, al cabo de los cuales paró el tren, no porque el maquinista hubiera notado nada, sino gracias a un guardabarrera que al ver las chispas que despedían las

ruedas al chocar con el balastro, mostró la luz roja en señal de peligro. El maquinista le preguntó que qué pasaba, y sólo entonces se enteró del descarrilamiento. Saltamos todos a tierra, se desengachó la parte delantera del tren, consistente en dos coches y el furgón de equipajes, y apiñándonos en ellos los que íbamos en los descarrilados, con los que ya los ocupaban; llegamos sin más novedad a Sevilla.

Allí estaba con pocas esperanzas de obtener pasaje, cuando recibí una carta del amigo Cámara diciendo que había tomado para mí una litera que dejaba libre uno que la tenía comprometida y retrasaba su viaje.

Arreglé, pues, mi marcha y el 15 por la tarde salí para Cádiz sin despedirme de mi Madre y hermanas, pues no tenía valor para ello. Con un pretexto envié el equipaje por delante y me despedí *hasta luego*, al acabar de comer.

Salí de casa y me fuí a la estación donde me aguardaban varios amigos entre ellos Antonio de Aragón (1), que fué el encargado de dar la noticia a mi familia.

---

(1) Hermano de la que años después fué mi Madre. El no llegó a conocer el casamiento de mi Padre con su hermana, pues falleció del cólera en 1866. (Nota de F. de las Barras).

Llegué a Cádiz a las diez y media de la noche y me hospedé en el hotel Nuevo Oriente, calle de Argantonio. El tiempo era malo y en cuatro días no cesó de llover, suspendiéndose la gran parada que había de efectuarse el 19 en celebración del Santo de la Reina. En este día llegó de Sevilla, con el solo objeto de despedirme, mi amigo de la infancia Antonio de Aragón, lo cual me causó una satisfacción grandísima.

Llegó el día 20, que era el de la salida, y amaneció con un levante tan fuerte, que hacía imposible el poder ir a bordo. El vapor estaba en Puntales, y como no tenía práctico no podía venir a la bahía. Por fin el práctico se embarcó en un falucho de cubierta, muy valiente, y con mucho trabajo logró llegar a bordo.

La mayor parte de los pasajeros estaban en el muelle esperando el resultado, y cuando supieron que el práctico estaba a bordo, corrieron a buscar los equipajes.

El vapor levó anclas y a eso de las doce se fondeó a *sotavento* del muelle frente a la punta de San Felipe, único medio de que los pasajeros pudieran ir a bordo. Pero los pícaros boteros aprovechándose de la ocasión, pedían ocho o diez duros por ese servicio, y como el vapor no aguardaba, llegada la hora de salida no tenían

más remedio que sucumbir a las exigencias de aquellos piratas.

El patrón del falucho que llevó el práctico al vapor, estaba reclutando pasajeros para conducirlos a bordo a razón de cuatro duros cada uno, y cuando yo me enteré tenía ya completo el cupo que era de veinticinco, para colocarlos en la pequeña bodega del barco, pues en cubierta no se podía ir por los muchos golpes de mar que la barrían. Lo sentí, pues de ir solo en un bote sin cubierta me costaba el doble y con más exposición. En esto mi amigo don José Morales Barrero que conocía al patrón, le habló para que me llevara a cubierta, que era precisamente lo que yo quería, y ya con su beneplácito me embarqué.

Los marineros estaban en camiseta y calzoncillos y con un pañuelo amarrado a la cabeza por única indumentaria como para poder nadar si llegaba el caso. Tomaron tres rizos a la vela, izaron la antena, e inmediatamente que largaron las amarras tomó arrancada el falucho saliendo al mar impetuosamente, como una fiera que se ha tenido sujeta a pesar de sus esfuerzos para escapar y se suelta de pronto para que se lance furiosa sobre una víctima. Tal parecía nuestro falucho arremetiendo con valentía a los golpes

de mar que venían a romperse en la amura de estribor. Yo iba medio tendido al pie del palo, envuelto en mi capa impermeable aguantando las rociadas que entraban con una fuerza espantosa, pero prefería esto a ir metido bajo cubierta entre tanto pasajero, mareados en su mayor parte, percibiendo los nauseabundos olores de la bodega y las asquerosas lagaretas de los vómitos.

Llegamos, por último, al vapor, y con la mucha mar que había nuestro falucho subía hasta la altura del portalón y volvía a bajar en incesante movimiento; de modo que para entrar a bordo, teníamos que hacerlo al salto aprovechando el momento oportuno. Así se fueron trasladando los equipajes y pasajeros, y a eso de las tres de la tarde levó anclas el vapor «América» mandado por el capitán Chaves, con los doscientos y pico de pasajeros, entre cuyo número se encontraba mi humilde persona.

Cuando se entra en un buque de estos para un viaje dilatado en medio de la confusión producida por la aglomeración de gente y equipajes que se hallan sobre cubierta, nadie piensa más que en buscar su camarote y *arranchar* allí sus cosas, y todos dejan el mirarse y reconocerse para después que se ha salido. Pero precisamente entonces, si está la mar algo picada, sue-

le venir el mareo, y los invadidos por esta enfermedad se van eclipsando o se les ve tirados por cualquier parte sin ganas de hablar ni de moverse, de modo que verdaderamente hasta los tres o cuatro días de viaje no se empiezan los pasajeros a saludar y a tratarse.

El que no se marea tiene una gran ventaja sobre los demás; asiste a la mesa desde el primer día y luego se dedica a observar y hacer indagaciones sobre unos y otros, para conocer entre qué gentes se halla y con qué personas puede intimar sin escrúpulo alguno, porque a veces los de mejor apariencia suelen dar chasco.

Como en este viaje hizo casi siempre buen tiempo y el buque apenas se movía, a pocos días de salir de Cádiz, los pasajeros libres del mareo empezaban ya a dejarse ver sobre cubierta. Parecía el vapor un hormiguero, no concibiéndose cómo en un barco que tendría a lo más dos mil toneladas podía acomodarse tanta gente; así es que íbamos apiñados y no había mesas bastantes para dar de comer a todos al mismo tiempo. Como algunos tenían que quedarse para después, nos reunimos doce pasajeros, entre los cuales se encontraba el coronel don Amable Escalante, y aceptamos voluntariamente comer, después de todos, en una caseta

fumadero situada en el puente, que llamaban el casino; pero lo aceptamos a condición de no admitir ninguno más, porque preveíamos lo que iba a suceder después, y era que muchos iban a querer venir a disfrutar de la libertad de que se gozaba en aquella reunión de hombres solos. Nuestra mesa la presidía el Segundo del buque.

Como cuando nosotros comíamos todos los demás lo habían hecho y no teníamos quien nos aguardase y nos diese prisa, la sobremesa duraba más que la comida y como la conversación era amena, y la ausencia de señoras permitía que muchas veces fuera subida de color, eran muchos los pasajeros que procedentes de la primera mesa se acercaban a las ventanas y puertas del *casino* para oir y mezclarse en las conversaciones y discusiones. Aquel era un centro de atracción a que acudían todos como las moscas a la miel.

Todo esto era debido como ya indiqué al buen tiempo que en los viajes marítimos se presta al buen humor y a la alegría, mientras que el malo, por el contrario, la ahuyenta, tanto por el temor del mareo, cuanto por la conciencia del peligro de la navegación, haciéndose esto visible en los semblantes disgustados. Pero relatemos el viaje.

## XII

**De Cádiz a Canarias.—Santa Cruz de Tenerife.—Puerto Rico.—La bahía de Samaná.—Fin de viaje.**

Como queda dicho, salimos de Cádiz el 20 de noviembre de 1861. A poco de salir del puerto, el viento y la mar se volvieron de proa y el vapor iba saltando como una *tonina*, pero era *barco muy marinero* y *le entraba a la mar con mucha* valentía, llegando los rociones hasta la mitad de la cubierta. Con este tiempo continuamos el 21, 22 y el 23; por la mañana abonanzó, quedándose a poco en calma, y así seguimos navegando en demanda de Tenerife.

A las tres de la tarde empezamos a ver el pico de Teyde que, como una sombra, se destacaba en el horizonte, y a las diez de la noche dimos

fondo en Santa Cruz. Se dispararon dos cohetes y el cañonazo de correo e inmediatamente vino la Sanidad y nos dió entrada.

El puerto de Santa Cruz lo forma una rada muy abierta, abrigada sólo de los vientos del N. Allí encontramos fondeada la escuadra francesa, compuesta de nueve buques de guerra, con 3.000 hombres de desembarco al mando del almirante Jurien de la Gravierie, que tenía su insignia en el navío «Massenna», y cuya escuadra iba a reunirse en la Habana con la española y la inglesa, para efectuar la expedición a Méjico al mando del General Prim.

La noche estaba hermosa, con una luna clara y brillante que alumbraba como de día, y esto animó a muchos pasajeros y a mí también a saltar en tierra para ver la población, como en efecto lo hicimos, dispersándonos por ella en grupos, a los que se agregaban uno o dos muchachos que servían de cicerones.

Mi grupo se dirigió a la Alameda y allí entramos en un café donde había muchos oficiales franceses, tomando copas, que estaban ya algo *calamocanos*. Un capitán de zuavos, a quien el alcohol hacía hablar demasiado, al vernos empezó a ponderar las excelencias del soldado francés sobre el español. Puesto de pie y dirigién-

dose a nosotros acompañando la acción a la palabra, decía: —*El soldado francés después de una larga marcha llega al término con el cuerpo erguido, caminando así:* y salía erguido, dando en el suelo fuertes pisadas, y luego añadía:—*El soldado español llega encorvado y fatigoso haciendo há, há, há.* Por este estilo siguió expresándose aquel fanfarrón majadero, replicándole nosotros que no había soldados mejores que los españoles; él contestó fuerte, le gritamos más fuerte, y la cosa se iba agriando cuando acertó a pasar una ronda de policía, atraída quizás por la voces, que mandó desalojar el café por ser muy tarde. Era la una de la noche.

Salimos y nos lanzamos por aquellas calles y plazas, disfrutando de una noche deliciosa con una temperatura tan agradable que no se sentía frío ni calor. A lo mejor nos encontrábamos con otro grupo de los nuestros; nos dábamos mutuamente cuenta de lo que habíamos visto y volvíamos a separarnos.

La población a su entrada tiene un muellecito que sirve para el desembarque de carga y pasajeros, y al lado de él un castillo y varias baterías para la defensa del puerto. Dirigiéndose hacia dentro y pasada la puerta, se encuentra a la derecha un paseo bastante bonito y bien cuidado

que llaman la Alameda; y a la izquierda, subiendo una escalinata, la entrada del mencionado castillo y la Plaza Real, uno de cuyos frentes los ocupa el palacio del Capitán General.

Dicha plaza es rectangular, enlosada de piedra con asientos en sus cuatro lados; y en uno de sus extremos se ve un gran obelisco levantado sobre una losa cuadrada, en cuyos ángulos hay colocadas cuatro estatuas de *guanches que llevan por cetro las canillas de sus padres;* según dice la inscripción de uno de sus frentes. Estas estatuas representan los cuatro primeros propagadores de la fe católica, en el país, y que adoraron a la Virgen de la Candelaria, cuya imagen corona el monumento.

La población en general tiene buenas edificaciones y sus calles son anchas, rectas, bien empedradas y limpias. Entre los paseos es notable el de la Concepción, de forma circular, con árboles y jardines, que cuando esté todo concluído, será uno de los puntos más hermosos de esta linda ciudad. Toma su nombre de la igle-de la Concepción allí existente; cuya torre, de estilo caprichoso, es cuadrada, con ventanas en sus frentes y remata en un cuerpo octógono con arcos de mucha elegancia.

Hay otra plaza cuya principal fachada la for-

man el mercado y el teatro. Este es de buena construcción y forma una manzana entera con balcones y ventanas en sus cuatro frentes. Paralelo a él está el mercado que constituye otra manzana. Interiormente se compone de cuatro galerías con arcos y pilares y una gran puerta de entrada, y a los lados casas de un solo piso de construcción común.

Lo que más llama la atención en el mercado al que llega de Europa, es ver al lado de los productos de los países fríos, como manzanas, castañas, nueces y peras, el plátano, la caña de azúcar, higos y naranjas de los países cálidos; todo en abundancia, barato y criado simultáneamente en el país, lo cual da una buena idea de la fertilidad del suelo y de los diversos climas que allí se disfrutan, según la altura, en las faldas del Teide. El tabaco también se cría bien y se vende libremente, pues no está estancado como en la Península.

Esta isla, que es la más elevada de las Canarias, está situada a los 28 grados de latitud N.; su clima es templado y su temperatura en la ciudad es muy agradable, en términos de andar los hombres en todo tiempo con pantalón de lienzo. Los habitantes del campo, que viven en la altura, para defenderse de noche del frío y la hu-

medad, se ponen encima de su sencillo traje una manta blanca plegada por uno de sus extremos, que se cuelgan de los hombros en forma de capa, lo cual les da un aspecto bastante raro.

Las producciones de este país son pobres y sólo suficientes para el consumo interior, habiendo bastante miseria en la clase del pueblo. Debido a esto o quizás a una consideracion de orden político, el Gobierno ha declarado franco el puerto de Santa Cruz y tocan en él casi todos los vapores que van para la costa de Africa y el Brasil, lo que contribuye a fomentar el comercio.

En esta capital he visto muchachas muy guapas y señoras muy elegantes. En la mayoría de las caras se notan caracteres especiales perfectamente compatibles con una gran belleza, pero que indican algo particular del país que puede ser efecto del clima y acaso también de mezcla de los europeos con los primitivos habitantes del archipiélago. La pronunciación en general de la gente del pueblo tiene una cadencia muy manifiesta que a algunos les resulta desagradable al oído. En general la gente parece ser tratable, cariñosa y revela dotes de buena inteligencia.

Estuvimos en tierra hasta las nueve de la mañana del 24, que era domingo, viendo a las muchachas que iban y venían de misa, y a esa hora

volvimos a bordo cansadísimos de no haber parado de andar toda la noche. Poco después levaba anclas el vapor y se hacía a la mar con rumbo al Sur por entre la Gran Canaria, la Gomera y la Isla del Hierro. En cuanto nos franqueamos de ellas, se varió el rumbo al O. navegando con mar bella y buen viento que permitió al buque largar todas las velas, incluso las *alas* y *arrastraderas*. Tuvimos la fortuna de ir así con un tiempo excelente hasta Puerto Rico, sin tener que cambiar el aparejo ni arriar una sola de las velas que se largaron a la salida de Canarias. Llevamos un andar constante de diez a once millas por hora, haciendo singladuras de ochenta a ochenta y cinco leguas marinas.

Sólo en la noche del 1.° de diciembre hubo un incidente que causó alguna alarma. A eso de las diez de la noche estando casi todo el pasaje levantado aún y algunos, por cierto, enfrascados en partidas de juego de azar, se quedó de pronto parada la máquina. Hubo quien corrió sin saber adonde, hubo señoras que lloraron y gritaron, alguno entró en su camarote y salió con su maletín subiendo a escape a cubierta y en medio de esto, el que tallaba, del que no he de ocultar el nombre, pues considero pecadillo venial jugarse unas pesetas entre amigos, y diré que era

el coronel D. Amable Escalante, dando una prueba de su gran valor y serenidad dijo, sin soltar las cartas:—Yo no dejo este asiento hasta que llegue el agua aquí; y señalaba la barba.—Señores, hagan juego.

Pronto supimos que no era cosa de cuidado para el buque, pues la parada obedecía a la rotura del vástago de una bomba de aire; pero la máquina podía seguir funcionando con la otra bomba, como así sucedió en efecto a las dos horas del suceso. En este tiempo perdimos muy poco andar, pues corría viento fresco, y el barco con el aparejo sólo, iba haciendo ocho millas por hora.

Sin más novedad, seguimos atravesando el *Golfo de las Damas*, que verdaderamente, así lo fué para nosotros, hasta el 5 de diciembre que nos amaneció con las islas Vírgenes al Sur, o sea por la banda de babor primera tierra que vimos de las Antillas. Un poco más tarde, a las ocho, se dibujaba ya en el horizonte San Thomas, con lo que nos pusimos N. S. a las doce, siguiendo con la máquina sola, sin más velas largas que los *machetes*, pues el viento no daba para las velas de cruz, hasta las ocho de la noche que nos *abalizamos* con el faro de Puerto Rico.

Se hicieron las señales de costumbre para llamar al práctico, pero éste no salió y no hubo más remedio que tomar la *vuelta de fuera*; teniendo la desgracia de que aquella noche nos asaltara un viento del Norte duro que no hubo más remedio que aguantar, proa a la mar, con el consiguiente movimiento.

A las seis de la mañana viramos para hacer rumbo al puerto, en cuya virada, nos cogió de través un golpe de mar, produciendo un fuerte balance que hizo rodar a cuantas personas y chirimbolos había sobre cubierta.

La entrada de Puerto Rico es muy peligrosa con Norte por encontrarse orientada en esta dirección, y al chocar la mar sobre ella, las rompientes que forma, cierran la boca por completo, así es que el práctico, que no podía salir fuera, nos indicaba con señales, el rumbo que debíamos hacer para dar resguardo a los muchos bajos que hay allí, y aunque con gran riesgo de perderse el buque, se consiguió por fin entrar sin novedad, dando fondo a las diez de la mañana.

La bahía de Puerto Rico es bastante grande, de forma aparentemente circular y bien abrigada de los vientos del Norte. A la izquierda, entrando en ella, se encuentra el famoso castillo de San Felipe del Morro, que es una fortificación de

gran importancia; después la muralla con sus baterías, y en una lengua de tierra baja, que sale al pie de ella, la Maestranza y Fábrica del Gas; que es donde empieza lo que llaman el puerto.

A la derecha se ve un islote conocido con el nombre de *Isla de Cabras*, que forma, con el Morro, por un lado, la boca del puerto, y por el otro, con la costa, un gran paso, lleno de bajos, que llaman *El Cañedo*, en medio del cual hay un fuerte cuadrado que defiende aquel punto.

La ciudad de San Juan de Puerto Rico, está situada en un cerro aislado que se une con la tierra firme por un gran puente llamado de San Antonio, en donde hay grandes fortificaciones, y siguiendo por la parte exterior, que da al mar, se ven otras, no menos importantes, desde las cuales parte una muralla, que va a unirse con el Morro. Esta población tiene todas sus calles en plano inclinado, ofreciendo desde el mar una vista panorámica muy hermosa.

Saltando en tierra y dejando a la derecha la Aduana y el muelle con su tinglado y a la izquierda la Capitanía del Puerto y el Jardín Botánico, se atraviesa una plaza con algunos árboles, se pasan las puertas de la muralla y se encuentra uno dentro de la población. Me llamó

la atención el palacio del Capitán General, que tiene el aspecto de una fortaleza, lo que no es extraño, pues según dicen, está levantado sobre el antiguo castillo de Santa Catalina. La Plaza de Armas es hermosa; su forma es rectangular con asientos corridos, respaldados de una barandilla de hierro, y enlosada toda de piedra. A causa de la pendiente del terreno, para llegar a ella por un lado, hay que subir anchas escalinatas, y por el otro, está su rasante al nivel de una calle. En esta plaza hay retreta los jueves y domingos. Una de sus fachadas la ocupa el Ayuntamiento y otra la Superintendencia; edificios ambos hermosos y bien conservados.

También tiene la ciudad la Catedral y un teatro. No pude ir a verlos, pero me dijeron que no eran monumentos muy notables. Las fachadas de las casas, en general son feas, con balconajes salientes de madera, de mal gusto.

Fuera de la ciudad, al pie de la muralla que da a la bahía, hay otro paseo llamado la Alameda, con largas calles de árboles, el cuál se prolonga hasta el puente de San Antonio.

El clima es bueno, y según he oído decir la ciudad es bastante sana, pero tiene el inconveniente de no contar con más agua que la que se recoge en los algibes.

Las costumbres de aquí son muy parecidas a las de la Habana, pero se usa mucho menos el carruaje, sea porque no hay tanta riqueza como allí o por no ser necesario a causa de lo corto de las distancias; así es que las señoras y señoritas se ven por la calle a pie luciendo sus gracias y asemejándose en su garbo a las de la Península.

Como población pequeña hay mucha menos libertad de costumbres que en la Habana, pero en cambio, según me dijeron, mucha más chismografía, cosa que se explica también por la escasez de relaciones de fuera y de cosas nuevas de qué ocuparse.

La moneda es igual a la que circula en la Península, pues hay ochavos y cuartos y reales de bellón, y hasta el valor de las onzas es de diez y seis duros, lo que no se explica valiendo diez y siete en Cuba que está tan cerca y concurriendo en ambas islas para este asunto las mismas circunstancias económicas que son: dar al oro una prima de seis y cuarto por ciento para dificultar la exportación.

Dos días, o sean el 6 y 7 de diciembre, estuvimos detenidos en el puerto por estar cerrada la salida a causa del viento Norte, pero el 8, aplacada ya la mar, emprendimos de nuevo el

viaje a las diez y media de la mañana con rumbo a Samaná, encontrando fuera mucha mar y viento duro del Sur. Seguimos navegando todo el día y aquella noche, con este fastidioso tiempo, amanecimos delante de la isla de Santo Domingo, que nos caía por babor y cerca de la ancha boca de la bahía de Samaná, por frente a la cual fuimos pasando, a causa de estar cerrada en casi toda su longitud por una restinga que sólo deja paso franco para entrar pegados a la costa de sotavento, y a donde llegamos a las diez de la mañana.

Entramos en esta gran bahía, cuyas costas se pierden de vista dejando a la derecha *Punta Cacao*, donde se está construyendo una batería, y a la izquierda *Cayo Levantado*, en que me dijeron hay proyectada otra para defender la entrada de lo que constituye el puerto de Samaná, y seguimos navegando entre la costa y una serie de cayos que hay a barlovento, que son el *Levantado* que he dicho, *Tropezones* y *Carenero*. Este último con una ensenada de la costa, es verdaderamente el que constituye el puerto. El claro que queda entre el cayo y la costa está cerrado por una restinga que le sirve de límite.

La población, compuesta de casas de madera con techos de palma o *guano*, es miserable. Está

situada en una playita al pie de costa que es montuosa y que termina en una punta alta; estaban construyendo una batería que por el momento sólo presentaba un cañón montado. En el cayo *Carenero* que está enfrente, se veían apilados cañones y efectos para irlos colocando en las fortificaciones a medida que se vayan concluyendo de edificar.

Los habitantes del pueblo son, en su mayoría, negros haytianos que apenas hablan español, lo que no es extraño, pues los de Hayti en sus invasiones habían llegado a dominar de hecho sobre este punto, hasta que España, al hacerse cargo del territorio de Santo Domingo, los arrojó a sus antiguos límites.

La perspectiva del país es hermosísima. Desde que se entra se va pasando por una costa alta, poblada de bosques vírgenes espesísimos, en los que la mano del hombre no parece haber intervenido nunca para modificarla, pero esta vegetación exhuberante y lozana que cautiva la vista, encubre un grave riesgo y encierra miasmas mortales. Nada hay más malsano que este puerto de que voy tratando. En el pueblo estaban enfermos de calentura todos los soldados de la guarnición, y no reinaba allí más que la calma de los cementerios.

Al costado del vapor había muchas piraguas con cocos y otras frutas del país que ofrecían en venta sus tripulantes. Todo el pasaje estaba asomado a las bordas, y como algunos preguntaban por el precio de la fruta, el médico del buque procuraba convencerlos para que no la compraran, alarmado y diciendo con cierta exageración quizás, pero con bastante fundamento: —Con sólo el tiempo que vamos a estar aquí me temo que no va haber quinina bastante para todos. Me estoy esforzando por conservar la salud a bordo y no quiero que cualquier imprudencia me eche a perder un viaje tan bueno como el que traigo, sin un enfermo a bordo entre más de trescientas personas. Esto era verdad justa y exacta.

Hay en la bahía otros puertos como *Sabana la Mar*, muy saludables según dicen, pero situados al interior, no tienen valor alguno estratégico para ser fortificados como el de Samaná, por donde forzosamente tienen que pasar todos los barcos que entren o salgan de la bahía. Creo que España se limitará aquí a hacer un puerto militar para defensa de esta gran bahía, impidiendo que cualquier nación fuerte intente apoderarse de él y lo convierta, por su situación independiente, en otro Gibraltar.

En el puerto había un vapor y una fragata de guerra españoles. De la fragata tomamos los sacos de correspondencia para Cuba y dejamos la que venía para Santo Domingo.

A las doce, o sea a las dos horas de haber entrado, se tiró el cañonazo de leva y salimos para afuera por donde mismo habíamos entrado, y seguimos con rumbo SO., teniendo mucha mar y viento duro de proa, siguiendo a lo largo la costa de Santo Domingo. Continuamos así hasta el día siguiente, con chubascos del O., poniéndonos a las doce del día NS. con la isla Tortuga. A la una del siguiente, empezó a soplar NE. fresco, levantando mucha mar. A las siete de la noche nos avalizamos con la farola de *Maternillos*, y a las doce con la de *Cayo Lobo*.

Como una milla antes de llegar a esta farola, vimos surcar los aires un cohete de señales que nos hizo presumir saldría de algún buque cercano, y al poco rato el resplandor de una luz de bengala nos llamó la atención hacia aquel punto, y pudimos reconocer un *pailebote* con la mayor y trinquetilla largas, cuyo casco, que se dibujaba iluminado en medio de las sombras, parecía de construcción norteamericana. La señal debió tener por objeto evitar que pudiéramos abordarlo encontrándose en paraje tan estrecho como la

parte del canal por donde íbamos navegando; pero si esa fué la intención, más prudente hubiera sido poner las luces de ordenanza, como nosotros las llevábamos y está mandado, roja a babor y verde a estribor. Los vapores, además, llevan una blanca en el centro.

A las tres de la mañana pasamos la farola del *Cayo Paredón Grande*, y seguimos navegando todo el día siguiente hasta que a cosa de la una de la noche nos dió en la vista el *pantallazo* de la farola del Morro, adonde llegamos tres horas después, y haciendo inmediatamente las señales de costumbre vino el práctico a bordo y entramos en el puerto de la Habana, dando fondo sin novedad a las cinco de la mañana del 13 de diciembre de 1861.

## XIII

**Otra vez en la Habana.—La cuestión de Méjico.—Salida de la escuadra española para Veracruz.—Llegada de Prim. — Las escuadras francesa e inglesa. — Guerra de Secesión en los Estados Unidos.—Cuestión entre los Estados Unidos e Inglaterra.—Sucesos de Méjico hasta la retirada de España e Inglaterra.—Final del Gobierno del General Serrano y llegada de Dulce.**

En cuanto salté en tierra me dirigí a casa de don José Morales y Alvarez, donde tenía puesto mi cuarto y debía seguir viviendo después de realizada la sociedad mercantil apalabrada con él y su hijo Ricardo, la cuál llevamos a efecto por escritura pública otorgada en 1.° de enero de 1862, con cuya fecha pasamos las circulares al comercio.

En cuanto a la cosa pública, estábamos en los momentos culminantes de la intervención en Méjico, que iba a efectuarse por España, Inglaterra y Francia.

Al llegar me encontré con la novedad de que la escuadra española, con 6.000 hombres de desembarco, al mando de los generales Rubalcala y Gasset, había salido para Veracruz el día 2 de diciembre, sin saber la contraorden del Gobierno, para que aguardara a las de Francia e Inglaterra. Pocos días después llegó la noticia del desembarco de los españoles en Veracruz, apoderándose, sin oposición, de la plaza y castillo de San Juan de Ulua y de gran número de cañones y pertrechos de guerra.

El general Prim, nombrado por el Gobierno Ministro Plenipotenciario y General en Jefe de las tropas expedicionarias, llegó el día 23 a la Habana en el vapor de guerra español «Ulloa», y fué recibido con muestras de mucho entusiasmo, engalanándose las calles de Mercaderes, Muralla y Obispo, con profusión de arcos, banderas y luces.

El día 27 llegó la primera división de la escuadra francesa, y sucesivamente lo fueron haciendo los demás buques, saliendo todos para Veracruz el 2 de enero de 1862.

El general Serrano fué a bordo del navío «Massena» a despedir al Almirante Jurien de la Gravierie, el cual lo recibió con todos los honores debidos a su alta categoría, mandando enarbolar el pabellón español al tope del palo mayor, y cada vez que un buque francés de los que iban saliendo pasaba por delante de esta insignia los marineros se ponían en pie sobre las vergas y daban los tres vivas de ordenanza, saludando en seguida el buque con quince cañonazos. Ofreció esta salida un espectáculo majestuoso que presenció toda la población de la Habana, que llenaba por completo los muelles hasta la Punta.

El general Prim iba en el vapor español «Francisco de Asís», acompañado por el «Ulloa» y el «San Quintín».

La división de la escuadra inglesa, mandada por el Contraalmirante, o Comodoro, Dunlop, se había adelantado saliendo para Veracruz en la tarde del 31 de diciembre.

Al mismo tiempo que esto sucedía, la gente de aquí estaba preocupada con la guerra de secesión de los Estados Unidos, cuyo resultado tanto podía afectar al porvenir de la Isla. Hasta la fecha de que me ocupo, seguía una marcha lenta, y más parecía guerra de tiempo que de aconteci-

mientos. Todo se volvían preparativos y organización de ejércitos numerosos, y los encuentros no pasaban de pequeñas escaramuzas, sin importancia para ninguno de los dos bandos. Verdad es que la República Norteamericana era un país desarmado, y para esta guerra, que según los indicios debía tomar un carácter formidable, había que adquirirlo todo, desde el revólver de guerra al cañón de artillería. Mas este pueblo nuevo, vigorozo y activo, que no está fundido en los moldes rutinarios de Europa, abrió concursos libres para adquirir modelos de toda clase de armas, escogiendo luego los más perfeccionados sistemas, que entregó el Gobierno para su fabricación a la industria particular. Como se ve, el procedimiento es de lo más sencillo, económico y útil que puede imaginarse, pues atraídos por el cebo de la ganancia, acudieron al concurso los esfuerzos intelectuales de infinidad de ingenieros que presentaron adelantos no conocidos hasta entonces en ninguna nación. Hecho esto, el reunir material de guerra suficiente era sólo cuestión de tiempo, de ahí el no haber emprendido todavía a principios de 1862 ataques decisivos.

Diariamente entraban en el puerto de la Habana buques confederados (o sea del Sur) esca-

pados del bloqueo, y de los cruceros federales (o sea del Norte) que venían aquí con algodón, artículo que había tomado mucho valor, para llevarse en cambio armas, drogas y porción de cosas, de que escaseaban en las poblaciones del Sur, haciendo un negocio pingüe los que lograban llegar con felicidad.

Otro asunto que preocupaba también los ánimos al mismo tiempo, era la cuestión suscitada entre los Estados Unidos e Inglaterra, con motivo de la prisión de los embajadores del Gobierno confederado Masson y Slidell, a bordo del vapor de La Mala Real Inglesa «Trento», por el vapor de guerra federado «San Jacinto», pero esta cuestión que tanto pudo haber hecho variar los acontecimientos y el resultado de la guerra, dejó de serlo en vista de que a la actitud hostil tomada por Inglaterra, hicieron entrega los federales de los citados embajadores, desaprobando la conducta del comandante Wilkes, que no estaba autorizado para semejante procedimiento.

Los acontecimientos de Méjico tuvieron una solución tan inesperada como curiosa. Considerando los expedicionarios que los medios de transporte con que contaban no eran suficientes para seguir hasta Méjico, acamparon fuera de

Veracruz en la Tejería y Medellín, donde fueron inmediatamente atacados por las fiebres del país, y esto les obligó a negociar un tratado con el Gobierno Mejicano, que se celebró en el pueblo de la Soledad, por el que reconociendo los aliados en el Gobierno de Juárez (D. Benito), garantías suficientes para cumplir con sus reclamaciones. Se estipulaba que las tropas expedicionarias podían avanzar hasta las ciudades de Córdoba, Orizaba y Tehuacan, poblaciones saludables, y que, en la segunda de las citadas, se abrirían las negociaciones para el arreglo de las cuestiones pendientes, retrocediendo los aliados a Paso Ancho, caso de que no hubiera acuerdo en las conferencias y se siguiese la ruptura de las hostilidades.

A consecuencia de este tratado, el ejército mejicano se fué retirando delante del de los aliados, quienes pasaron a ocupar las citadas poblaciones, franqueándoles antes el famoso paso del *Chiquihuite*, por donde va el camino que conduce a la capital, punto poco menos que inaccesible y además bien fortificado, donde mil hombres decididos bastaban para detener a un ejército de veinticinco mil.

Así las cosas y antes del día señalado para las negociaciones (15 de Abril), los franceses se re-

tractaron de lo estipulado en la Soledad, y se declararon protectores del general mejicano Almonte, que se proclamó presidente de la República de Méjico al amparo de las bayonetas francesas, a condición de que una vez reconocido como tal en toda la República, se pronunciase a favor de la Monarquía, designando como rey o emperador al príncipe Maximiliano de Austria.

Una pretensión tan descabellada e inoportuna, tenía forzosamente que ser rechazada por los demás plenipotenciarios; tanto por no faltar a la palabra empeñada en el Tratado de la Soledad, cuanto por no prestarse a ser juguete de la política agiotista de Napoleón en Méjico. En virtud de esto el plenipotenciario inglés Mr. Wike y el español don Juan Prim, decidieron retirarse de la República Mejicana, reembarcando para la Habana todas sus tropas, y dejando solos a los franceses, los cuales, para tener más libertad de acción garantizaron las reclamaciones de las otras dos potencias.

Como se ve, el honor de la palabra empeñada por el Gobierno Napoleón III no quedó muy bien parado, lo cual es extraño en una nación quet iene el honor por divisa. Esto me recuerda aquella célebre anécdota en la que un oficial francés dijo a otro suizo de los que entraban al ser-

vicio de Francia:—*Nosotros peleamos por el honor y vosotros no sois más que una guardia asalariada que pelea por dinero.* A lo que contestó el suizo:—*Cada uno pelea para adquirir aquello de que carece.*

Es verdad que estas faltas de lealtad y formalidad que suelen usar los Gobiernos despóticos cuando así conviene a sus intereses personales, no pueden imputarse en rigor a las naciones que están sometidas a su yugo. De todos modos, el castigo de su doblez al pactar con los aliados y de su temerario empeño con Almonte, lo recibieron los franceses en el ataque a la ciudad de Puebla, donde fueron completamente rechazados por los mejicanos y unos quinientos españoles desertados de la expedición, quienes a pesar de estar luchando por la causa de Méjico, se batían al grito de *¡¡Viva España!!*

Otra derrota sufrieron los franceses en la acción de Barranca Seca, y eso que iban unidos a la división del general Márquez, compuesta de 2.500 caballos. Después de estas dos derrotas se vieron obligados a fortificarse en Orizaba para aguardar refuerzos, quedando completamente incomunicados con Veracruz. Los desertores españoles, indultados por el Gobierno, volvieron poco después de estos sucesos a la Habana.

Seguía en Cuba de Capitán General el Duque de la Torre, el cual había traído consigo, como Gobernador Civil, al que lo fué de Cádiz, don Antonio Mantilla. Era este señor, hombre listo y activo, que emprendió varias obras, entre ellas el adoquinado de la capital y sus afueras, que debidamente autorizado, se contrató con una casa de los Estados Unidos en diez millones de pesos. Este asunto y otros, fueron muy discutidos, por parecer algo cara la contrata, pero tuvieron sin embargo en la opinión muchos defensores que decían:—Siquiera ahora se hace algo, pero antes se gastaba el dinero de un año y otro y no se veía mejora alguna.

Los contrarios, no obstante esta parte favorable de la opinión, siguieron criticando y denunciando abusos verdaderos o supuestos, y de los cuales, procedieran de donde procedieran, querían hacer siempre responsables al Gobernador y al Capitán General. Tomó en esta campaña la iniciativa don Federico Fernández Vallín, empleado del Tribunal de Cuentas, yerno de Gálvez Cañero y concuñado de Ulloa, Director General de Ultramar. Escribió Fernández Vallín una serie de artículos contra Mantilla y Serrano que se publicaron en los diarios de Madrid. Don Isidoro Araujo de Lira, director del *Diario de la*

*Marina*, guardando el anónimo, los contestó en los mismos periódicos de la Corte, en términos ofensivos para Vallín, y enterado éste de quién era el autor, exigió a Araujo de Lira una satisfacción que dió lugar a un duelo en el cual murió el infortunado Lira que había sido apadrinado por el coronel don Fructuoso García de Muñoz.

Uníase al efecto de estas campañas y estos sucesos, para hacer una atmósfera poco favorable al General, el fausto de que se rodeaba la Duquesa, que era cubana y aficionada a recibir honores que quizás sobrepasaban en algunas ocasiones a los que correspondían al rango de su marido. Recuerdo que con motivo del bautizo de uno de sus hijos, suceso que por grato que sea en una familia, es de la vida privada y por tanto ajeno a todo cargo oficial, formaron las tropas de la guarnición y desfilaron luego por delante del palacio, presentándose ella en el balcón revestida de un manto que recordaba un manto real. Por haberse puesto en contacto con el cargo público, me permito hacer referencia a estas debilidades femeninas, que, como es muy humano, no podían menos de encontrar eco y apoyo en las personas subordinadas y ligadas al Duque por lazos de gratitud, como sucedía con Mantilla y un señor don Carlos Salcedo. Este úl-

timo era persona de buena familia, pero escasa posición económica, y estaba en la Habana dedicado a algunos pequeños negocios como corredor, pero no de los de número. Parece que era algo pariente de la Duquesa, y con este motivo entraba en el palacio con alguna confianza y adquirió gran amistad con Mantilla. Hasta en estas relaciones de amistad tan naturales y sencillas, se cebó la crítica, pero en modo alguno se dijo nada que pudiera afectar al honor de la Duquesa ni del Duque, antes al contrario, si algo molesto hubo, fué para los protegidos y a lo sumo a los protectores se les atribuyó candidez. Digo esto porque pocos días antes de salir para la Península Serrano y con él Mantilla, que por hechura suya dejaba también su cargo, circularon por la Habana los siguientes versos anónimos:

En la almoneda compró
Josefina una *Mantilla*
creyendo la pobrecilla
que era de sarga o de gró.

Mas al mirarla despacio,
en parte descolorida,
advierte que está teñida
y que de *seda no* es.

Y exclamó muy tristemente:

no más; no más almoneda
que entre *mantillas* y *seda*
*nos* explotan lindamente.

El 14 de diciembre de 1862, fué relevado el general Serrano por don Domingo Dulce, Marqués de Castell-Florit. En ese mismo día el periódico satírico *D. Junípero* publicaba una caricatura que figuraba un hombre metido en un saco con la cifra de 3.000.000; los pies, las manos y la cabeza fuera, y un diablo arrebatándolo por el aire, con la siguiente inscripción:

Por tener largas las uñas
el demonio se lo lleva.

## XIV

**Política del General Dulce.—Incendio de los almacenes de Regla.—Derribo de las murallas.—Incendio del vapor «Méjico».—Un suceso en el teatro de Tacón.—Un desafío. Una infamia.—Cacerías.—Varios tipos más o menos interesantes.**

El General Dulce, fijándose en el constante incremento que iba tomando en Cuba la idea separatista, como consecuencia de la evolución propia de todas las colonias que se engrandecen y se ilustran, comprendió que para conservar indefinidamente la Isla, no se podía seguir gobernando con el régimen anticuado y puramente colonial del siglo anterior, que nos costó la pérdida de las Américas. Por consiguiente, para contrarrestar aquella tendencia, era necesario inspirarse en el sistema inglés y dar intervención a

los elementos del país en la cosa pública. Así debió indicarlo al Gobierno, pero éste, con la incomprensión que ha caracterizado a todos los nuestros en asuntos coloniales, no quiso hacer nada serio y sólo, para no desairar del todo al Capitán general y salir del paso, nombró una comisión que estudiara las reformas que se pudieran otorgar *compatibles con los intereses de España*, y el asunto quedó en eso, empastelado para no resolverse nunca.

Un suceso desgraciado tuvo lugar en la Habana, que por su importancia y la gran pérdida de intereses que ocasionó, no puedo dejar de referir. Este fué el incendio de los almacenes de Regla, acaecido el 22 de julio de 1863, en el que se quemaron 63.000 cajas de azúcar, 15.000 sacos de café, 550 pacas de algodón, 5.000 barriles de harina, 200 sacos de cacao y otra porción de frutos y efectos valuados en más de 2.000.000 de pesos.

El incendio empezó después de las dos de la tarde, cuando la *gente*, o sean los trabajadores, se habían retirado a comer a sus barracones. En menos de una hora, todos los efectos enumerados arriba y los diez y seis grandes almacenes en que estaban depositados, formaron una inmensa hoguera que ardía con una fuerza volcánica im-

posible de apagar de ningún modo. Las bombas empleadas en atacar el fuego, que tomaban directamente el agua del mar, no daban resultado alguno, pues antes de caer el líquido se marchaba a la atmósfera en estado de vapor. En vista de esto, determinó la autoridad abandonarlo y dedicar todos los esfuerzos a evitar su propagación a los edificios colindantes, que estaban muy comprometidos, lo cual pudo conseguirse merced a las acertadas disposiciones de los ingenieros militares que dirigieron la operación.

El fuego empezó en un poco de algodón averiado, comprado en remate por el capitán de un buque mercante y que estaba escogiendo la tripulación en los tinglados fuera de los almacenes. Seguramente los marineros hubieron de dejar por allí alguna punta de cigarro que prendió al algodón, éste lo comunicó a un puntal de los tinglados, de aquí fué al techo y del techo con el viento se pasó a los almacenes. A pesar de todas estas razones, no se comprende cómo en tan poco tiempo pudo invadir los dos edificios que se quemaron, cuando la gente de dichos almacenes estaba tan próxima y llegó inmediatamente que se dió la señal de alarma. Hay que reconocer que suceden cosas que parecen increíbles. El fuego duró quince días.

Las pérdidas mencionadas gravitaron sobre el comercio de la Habana, dueño en su mayor parte de los efectos almacenados, y como antes nadie creía posible un fuego en los almacenes de Regla, todo estaba sin asegurar. Después del siniestro, la misma Sociedad de los almacenes, de acuerdo con algunas compañías de seguros inglesas, asegura todo lo que allí se deposita a un precio bastante módico.

La primera noche del fuego pudo ocurrir una espantosa catástrofe que hubiera ocasionado más de cuatrocientas víctimas, contándome yo entre ellas. Los vapores de Regla se dedicaron a llevar gente para ver de cerca el fuego y aquella noche me metí yo en uno que iba, como todos, completamente atestado de pasajeros. Estos vapores tienen un piso alto sobre la cubierta y allí iba todo el mundo para ver mejor. Llegamos sin novedad y, al regreso, no sé por qué causa, el pasaje se corrió sobre una banda y el vapor se inclinó hacia aquel lado; al darse cuenta, inconscientemente todos corrieron hacia el opuesto, y el bandazo en este sentido fué mayor, volviendo la gente precipitadamente hacia el otro, lo que hizo inclinar tanto el barco, que no sé cómo no zozobró. Estábamos perdidos si llega a dar el cuarto balance, pues a cada bandazo se iba re-

doblando el impulso. Viendo correr los pasajeros hacia la banda contraria y comprendiendo el inminente riesgo, tuve un momento de inspiración y con toda la fuerza de mis pulmones grité de un modo imperioso: *¡todo el mundo quieto!* Fuera que la voz se impusiera o fuera que se dieran cuenta del peligro, todos se pararon y se tiraron al suelo en el punto donde les cogió, en medio de un silencio sepulcral, dando lugar a que el barco se enderezara lentamente recobrando su estabilidad. Así llegamos al muelle y juré no volver a embarcarme con tanta gente en buques de aquella construcción. Este episodio lo cuento aquí para que vean los que se embarcan, cuán peligrosos son esos movimientos de vaivén a que el azoramiento da lugar muchas veces. Quedándose todos quietos, no hay riesgo alguno aun cuando el barco quede inclinado de una banda.

Entre los proyectos que trajo el General Dulce, fué uno el del derribo de las murallas de la Habana, que se inauguró con gran ostentación, el 8 de agosto de 1863. Este acontecimiento, de gran interés para el ensanche y embellecimiento de la capital, era esperado con impaciencia por los habitantes de la ciudad. Delante de las antiguas fortificaciones se había ido formando la

hermosa población de las *afueras*, que alcanzaba ya quíntuple extensión que la antigua, quedando entre ambas, además del espacio ocupado por las murallas, fosos y glasis, una gran zona ocupada hoy por el paseo de Isabel II. Por consiguiente, las murallas eran un estorbo sin importancia militar alguna e impedían el desahogo y urbanización de uno de los puntos más céntricos de la ciudad.

Otro horroroso incendio que tuvo lugar el 13 de septiembre de este año, fué el del vapor «Méjico», el cual no he de dejar de referir, pues si bien no me afectó materialmente, moralmente me causó gran impresión por haber estado su despacho a mi cargo durante el tiempo que perteneció a la casa de Noriega Olmo y C.ª, en cuya época lo mandaba el capitán don Pablo Villamore. Pasó luego este vapor a la sociedad Bustamante Romero y C.ª, que lo dejó en la misma línea de la Habana a Veracruz, al mando del capitán don Gaspar Ortega, en cuyo poder ocurrió este espantoso suceso.

En este incendio perecieron sobre setenta personas según unos, y sobre ciento cincuenta según otros; la verdad no he podido averiguarla.

El hecho ocurrió entre los cabos Catoche

(Yucatán) y San Antonio (Cuba), al día siguiente de haber salido dicho vapor «Méjico», de Sisal para la Habana, y no lejos de tierra. Esta circunstancia es la que hace el caso más sensible, y prueba que no hubo a bordo, por parte del capitán, ni dotes de mando ni serenidad, pues por muy violento que hubiera sido el fuego, encerrado, como estaba, en la bodega, hubiera dado tiempo bastante para encallar el buque en la costa del Campeche, y es probable, casi seguro, que se hubiera salvado todo el mundo; pero faltaron aquellas condiciones tan necesarias en un buen capitán, y el más completo desorden se apoderó del barco, dando por resultado tan crecido número de víctimas. Parece que en cuanto se dió la voz de fuego, los maquinistas mandaron echar al agua un bote y se embarcaron en él con la guardia de fogoneros y algunas personas más que se metieron *a la brava*, sin que el capitán, que lo veía, hubiera tenido valor para impedirlo, levantando a uno la tapa de los sesos, si era necesario, para recuperar la fuerza moral y mantener la subordinación a bordo. Vista aquella fuga, el piloto, sobrecargo y pasajeros trataron de apoderarse de los botes colgados de los pescantes, emprendiendo una terrible y sangrienta lucha para conseguirlo,

y una vez llenos, al arriarlos con los aparejos precipitadamente y sin orden ni concierto, se hicieron pedazos al caer al agua, ahogándose todos los que estaban dentro. El capitán había mandado, sigilosamente, echar al agua, por la popa, su canoa tripulada por el contramaestre y seis marineros, que se mantenía a alguna distancia aguardándolo, y cuando vió que por su debilidad de carácter todo estaba perdido, se arrojó al mar y la alcanzó a nado, presenciando desde ella el hundimiento del vapor, en medio de los gritos desesperados de porción de hombres, mujeres y niños que se estaban achicharrando, y que por huir de las torturas del fuego se arrojaban al mar buscando una muerte algo más tranquila. En este vapor venía de pasaje la Legación del Perú en Méjico, que pereció toda, también algunos clérigos, la compañía dramática de la Navajas de Díez y otra porción de personas más.

El capitán logró arribar con su bote a la isla Mujeres, y el otro bote, en que iban catorce, a la costa, siendo los únicos que se salvaron de esta catástrofe.

Según se supo después, el capitán en cuanto vió salir humo mandó abrir agujeros en la cubierta para echar agua, y lo que consiguió fué

que al entrar el aire tomase mayor incremento el fuego. Si en lugar de hacer esto permaneciendo todo cerrado hubiera puesto proa a la tierra más cercana a toda máquina, es casi seguro que el incendio falto de oxígeno hubiera dado tiempo para llegar a ella, salvándose todos.

En los asuntos de la vida ordinaria y corriente en la Habana no había por este tiempo sucesos salientes, aunque se podrían referir muchas cosas.

Recuerdo un hecho que presencié en el teatro de Tacón en la noche del 22 de julio de 1864. Se representaba la zarzuela «Mis dos mujeres», a beneficio de la primera tiple Emilia Leonardi, y entre los muchos ramos de flores con que la obsequiaron, que arrojaban desde la tertulia, cayó uno del que colgaban dos cintas, en el extremo de cada una de las cuales había cosido un cuerno. El tenor Blanco, marido de la beneficiada, enterado del hecho, precisamente en el momento de empezar a cantar el duo que termina «*con mi espada estoy pronto a responder*», lo hizo con aire descompuesto y provocativo, como era consiguiente, dada su indignación, sustituyendo el verso final por este otro: «*Con la espada, esta afrenta vengaré*». El público aplaudió al tenor como protesta al inicuo

insulto. Se decía *solto voce*, que el ramo lo preparó un oficial de la Aduana, D. J. M. J., pretendiente de la tiple, y como parece que ésta lo despidió con un merecido desaire, él, para vengarse, ideó aquella canallada.

Al día siguiente del anterior sucuso, ocurrió otro, cuyo dramático desenlace impresionó vivamente a la sociedad habanera.

D. V. S. y F., vista de la Aduana de Matanzas, vino el sábado 23 de julio con el intendente D. M. G. a pasar el domingo en la Habana. Después de comer se fué al baile de Marianao, donde tocaba aquella noche la banda de música de la fragata austriaca «Novara», que regresaba de haber dejado en Veracruz al emperador electo Maximiliano. A las doce de la noche determinó S. abandonar el baile, y cuando lo efectuaba se encontró con su amigo D. F. M., oficial del Tribunal de Cuentas, a quien dijo que se retiraba aburrido, pues no conociendo a nadie, no tenía con quien bailar. Este le instó a que se quedara, y le dijo que él lo presentaría a su familia, hecho lo cual, S. pidió una polka a la hermana de su amigo, y ella le contestó que no bailaba, pero cuando tocó la música, vió con sorpresa que salió de pareja con otro. Se ofendió con el desaire y empezó públicamente a decir, que la

hermana de su amigo no tenía educación, sin darse cuenta de que al hacerlo en aquella forma él demostraba carecer de caballerosidad.

El hermano le dijo que se retractara, pero S. se negó en absoluto a hacerlo, concertándose un duelo. El padrino de S., que era D. N. G. M., hizo varias tentativas para hacerle desistir del lance, contestándole S. que ya lo tenía fastidiado con tanto hablarle del asunto, y que si era por miedo o por no comprometerse, que a él le sobraban padrinos. El lunes por la mañana se verificó el lance, y S. quedó muerto de un balazo. El contrario M., después del suceso, todo azorado y llorando, se refugió en casa de un amigo, rogándole que lo ocultara, y cayó enfermo del susto.

Era el matador M. un hombre muy bueno, tranquilo y pacífico, y hasta temían los padrinos que por miedo pudiera abandonar su puesto en el lance. La suerte favoreció en este caso al más débil, haciendo justicia aunque dura con la insistencia jactanciosa de un matón.

Otro hecho escandaloso fué cometido por un Oidor, D. A. R. O., quien para los gastos de sus vicios vendió las alhajas de su señora y echó la culpa de la desaparición a un infeliz padre de familia que tenía de escribiente particular y que

se llamaba Víctor. Este desgraciado estuvo preso cuatro meses y medio en el castillo de la Punta, hasta que logró probar que su acusador era el verdadero ladrón. Este tenía toda clase de protecciones y no faltaron autoridades que sostuvieran la singular doctrina de que por *prestigio de la toga* debía a toda costa absolverse al Oidor. Lo que salvó a Víctor de ir a un presidio, fué el haberse podido acoger al fuero de guerra por sus largos servicios como músico militar; pero el verdadero ladrón tampoco fué. Supongo que sería expulsado de su cargo y carrera.

El trabajo me ocupaba constantemente y sólo en algunas ocasiones hice con varios amigos excursiones de caza, algunas de ellas de patos, a las lagunas existentes cerca de Punta Brava, y en otro punto a alguna distancia de Guanabacoa. Estas cacerías eran muy molestas, pues obligaban a pasar la noche metidos en las lagunas con agua a la rodilla o más, por lo que nos poníamos grandes botas. Los mosquitos *jejenes* nos hacían un daño terrible picándonos caras y manos, y así teníamos que esperar la madrugada para cazar. Uno de los peligros de esas lagunas eran los hoyos ocultos bajo el agua; yo estuve a punto de caer en uno y pude evitarlo apoyándome en la escopeta que casi desapareció toda hasta

encontrar resistencia en el fondo. Una de las veces que fuimos, un compañero de cacería cayó en una ciénaga y con gran trabajo pudimos sacarlo cuando estaba ya enterrado en barro hasta la cintura. Tampoco hubiera sido imposible el encuentro con algún caimán. Todo esto y el peligro de coger unas fiebres constituían una locura. Como digo, reincidí varias veces, pero la reflexión me hizo pronto renunciar definitivamente.

Entre los tipos dignos de mención que recuerdo de la Habana, figura cierto individuo, R. N., que con su falta de tacto causó la ruina de una poderosa casa de comercio. Este individuo que era muy jugador, hizo con un famoso tresilista, D. B. F. del A., una jugada de 100.000 pesos, que perdió, y como no pudo cumplir se fugó en un barco norteamericano dirigiéndose a Barcelona para recoger la herencia de su padre que acababa de fallecer. Allí se fué a vivir con una hermana suya de la que dijeron que tuvo dos hijos. Cuando estaba más tranquilo apareció el tresillista a reclamarle su dinero, y él huyó a Francia, fué el otro detrás y así recorrieron parte de Europa. No sé si el tresillista renunció o no a perseguirle, pero últimamente se decía que estaba en Italia el fugitivo haciendo de médico homeopata.

El tresillista era un asturiano fornido como un oso. Un día apostó a comerse un pavo con huesos y todo y ganó la apuesta. Era de ver, según decían los testigos, cómo trituraba los huesos lo mismo que un perro.

Otro día en un baile tuvo una cuestión con un criollo. A la salida se apostaron varios de éstos, lo acometieron y le dieron veinticuatro palos en la cabeza, que no sólo pudo resistir, sino que acometió con tal furia a los asaltantes que hizo huir a todos.

Otro caso. El doctor F. era un conocido jurisconsulto de la Habana que, por celos de una mulata mandó a un negro que echara vitriolo en la cara a un joven, dueño de una peletería en la Calzada del Monte. El joven quedó ciego y el doctor fué preso, pero se arregló el asunto tan bien que sólo fué culpado el negro. El pobre víctima del delito, pertenecía a mi compañía de voluntarios que era la de Cazadores del 2.° batallón.

Más notable es el caso siguiente: Don J. de S. A. era un comerciante respetable, Comandante de voluntarios en 1855 y Caballero de la O. de Carlos III. Fué uno de los propuestos para director del Banco de España en la Habana, al crearse. Era director en la Habana de otra

importante institución bancaria, donde estaba de tenedor de libros don J. S. M.

Un día dicha institución vendió letras por valor de 200.000 pesos, y el director don J. de S. A. desapareció dejando a su familia en la mayor miseria. En seguida se esparció la noticia de que había huido con el dinero y el tenedor de libros fué uno de los que más contribuyeron a propalarla. No era esto muy verosímil dados los antecedentes de honradez del desaparecido, ni mucho menos dado el difinitivo abandono en que quedó la familia. Siempre creí que aquel hombre honrado fué víctima de un crimen, y si yo hubiera sido juez hubiera detenido al tenedor de libros, pero a nadie se le ocurrió tal cosa. El tal tenedor de libros don J. S. M., tenía unos antecedentes de vida borrascosa, había ya cometido algún delito, y como dije, puso gran empeño en propalar la fuga del Director.

El caso es que a la vez que la entidad bancaria quebraba, el tal tenedor de libros salió de allí con dinero; fundó una sociedad para dedicarse a la trata de negros, se quedó con el dinenero de sus consocios, y en poco tiempo tuvo un capital de más 300.000 pesos.

No tardó en tener la cruz de Carlos III, y pocos años después regresó opulento a la Penín-

sula, se casó con una señorita de familia de gran posición e influencia y llegó a ser título de Castilla.

En tiempo de las bárbaras naciones
colgaban de las cruces los ladrones,
y hoy en el siglo de las luces
del pecho del ladrón cuelgan las cruces

# XV

**SANTO DOMINGO.—Nuestra política y administración en la Isla.—Las dos primeras insurrecciones.—Se provoca la tercera y última.—La guerra durante el mando del General Rivero.—Mando del General Gándara.—Consideraciones finales.**

Cuando dije en otro lugar, que la anexión de Santo Domingo había empezado con mal pie tratando sólo con los Santanistas, no podía figurarme que tan pronto se hubieran manifestado las consecuencias de los errores cometidos en las negociaciones con los dominicanos. Verdad es que no hay que atribuir la culpa a éstos aunque alguna tuvieran, pues una parte muy principal de ella corresponde al Gobierno español. Una polí-

tica inteligente, previsora y liberal, hubiera ido restando fuerzas al bando preterido, acaudillado por el General Báez. Lejos de hacer eso, nosotros con nuestra conducta reaccionaria y despótica en el orden político y disparatada e imprudente en el económico y social, dimos ocasión para que ese elemento se robusteciera y encontrara en nuestros actos razones sobradas para combatir nuestra dominación.

Al realizarse la anexión, nuestro papel debió quedar reducido a una especie de protectorado, que ordenase la administración pública, diese garantías a las fuerzas vivas del país contra las pandillas turbulentas mantenidas por la desmoralización de los partidos políticos y las continuas revueltas, y contuviese la ambición expansiva de los haytianos, rechazándolos a sus antiguos límites fronterizos.

Este plan debía ajustarse en el orden económico, a un presupuesto nivelado, con una administración barata, la misma que tenía antes, intervenida por el Gobierno para vigilar la moralidad de los empleados, estudiando al mismo tiempo las reformas que podían introducirse, no para complicar, sino para facilitar las operaciones todo lo que humanamente hubiera sido compatible con la seguridad de los intereses públicos

y el progresivo desarrollo de la riqueza, a la sombra de la paz. Mas en lugar de hacerse esto, cuando el Gobierno tomó posesión de la Isla, lo primero que se le ocurrió fué mandar de España un ejército de empleados civiles y militares, judiciales y eclesiásticos, con pingües sueldos para una isla pobre, sin industria, agricultura, ni comercio; es decir, una plaga de administradores donde no había que administrar, y que para hacer algo que los justificase, empezaron con insolente pedantería a trastornarlo todo, modificarlo todo y embolismarlo todo, creyéndose dueños y señores del territorio y causando con su desatentada conducta una sorpresa tan desagradable a los que de buena fe nos habían considerado como regeneradores, que se manifestó con pasmosa rapidez en descontento y arrepentimiento públicos.

Este sistema antipático para los *nuevos súbditos*, era a la vez ruinoso para España, pues se creó para la administración de la isla un presupuesto de gastos, que en un sólo año absorbía los ingresos naturales de diez o doce, y tenía que gravitar por lo tanto, sobre el Tesoro español. No se concibe que hombres que pasan por cuerdos cayeran en esta enormidad a no ser que creyeran que con el nuevo orden de cosas iba a

transformarse espontáneamente Santo Domingo en otra Isla de Cuba. Como si la industria, la agricultura y el comercio, pudieran improvisarse allí donde faltan los brazos, las comunicaciones, la actividad y la inteligencia, que son los elementos de toda producción.

Yo estoy persuadido de que los dominicanos, arrastrados por sus hombres públicos, que son los que han sacado el provecho, se sometieron de buena fe a España, en la creencia, porque así se les aseguró, de que serían respetados sus usos, costumbres y leyes, y hasta sus libertades públicas; pues no se concibe que un pueblo libre, se entregue voluntariamente a otro más poderoso para esclavizarse. Pero el desatentado Gobierno de Madrid lo dispuso de otro modo, y engreído con su política de *asimilación* envió a Santo Domingo gobernadores militares, y altos empleados civiles y eclesiásticos con ningún conocimiento del país, que sea por ignorancia, por falta de tacto o por instrucciones reservadas, empezaron por atacar las costumbres, por imponer leyes caprichosas y mandatos abusivos y despóticos que impresionaron al pueblo ignorante y sencillo, haciéndole comprender el engaño de que había sido víctima. La indignación que esto produjo empezó a ser explotada por el *partido*

*nacional*, el cual fué engrosando rápidamente y promovió, en 1862, la primera insurrección, que fué sofocada, y que el Gobierno ocultó cuidadosamente en términos que yo, a pesar de estar tan cerca, sólo me enteré de ella algunos meses después.

Pasado esto, todo siguió, al parecer, tranquilo y según las noticias oficiales, el pueblo se encontraba muy contento y satisfecho del cambio de gobierno, y admitía gustoso todas las reformas políticas, administrativas y económicas que habían de convertir a aquella Isla en uno de los países más venturosos del Nuevo Mundo, pero desgraciadamente nada de esto era cierto, pues lo que realmente sucedía era que se estaba organizando otro movimiento revolucionario de más importancia que el anterior, el cual estalló el 21 de febrero de 1863, acaudillado por un tal Peña, en Monte Christy, Guayubín y otros pueblos de la provincia de Cibao, correspondientes a la frontera Haytiana. Tan descuidadas estaban las autoridades, e ignorantes de lo que se tramaba, que los sublebados cogieron desprevenidos a los destacamentos de tropas españolas y asesinaron inhumanamente a cuantos soldados cayeron en sus manos, y los pocos que lograron salvarse lo debieron a la ligereza de pies que les

permitió llegar a Monte Christy, donde se embarcaron para Puerto Plata. No se sabe cuántos soldados fueron muertos, pues nuestros Gobiernos no se han distinguido nunca por la publicidad de sucesos que puedan perjudicarles; lo que se sabe es que el movimiento fué secundado en la provincia de Santiago de los Caballeros, y que el general dominicano Hungría, a la cabeza de una columna, y un comandante español a la cabeza de otra, lograron batir a los insurrectos, quienes se dispersaron refugiándose en Hayti, y todo volvió a quedar tranquilo.

Dos meses después de esta fracasada intentona, cuando aún estaba caliente la sangre de los soldados españoles asesinados, se apresuró el Gobierno a dar una amplia amnistía que tradujeron los del Partido Nacional por acto de debilidad más que de clemencia, y que permitió a los insurrectos, hombres de acción, el volver a sus casas, para lanzarse después al campo con más bríos.

No es con amnistías solas como se aunan voluntades en los pueblos descontentos, sino con medidas de gobierno que hagan desaparecer las causas del malestar general, pero dejando estas en pie, ejerciendo su poder disolvente, a lo sumo se obtiene un compás de espera y la se-

milla sigue arraigando para brotar luego con más fuerza.

El pueblo dominicano, indolente a causa del clima, de escasas necesidades y acostumbrado a vivir sin tener en cuenta muchas conveniencias sociales, no podía conformarse con el gobierno tiránico y despótico de nuestros *mandarines*, tanto militares como civiles, así como tampoco con imposiciones poco meditadas de un clero que se propuso, sin esperar a los efectos de la persuasión y de la educación, sino, desde luego, y a la fuerza, casar a todos los amancebados que constituían la casi totalidad del pueblo rural de la isla. Esta medida, que no salió seguramente de la cabeza de ningún misionero experimentado, fué una de las cosas que más predispusieron los ánimos contra nosotros.

El personal destinado a Santo Domingo no se escogió buscando los más aptos, sino que, salvo excepciones honrosas, procedía de la influencia y en no pocos casos era personal de desecho, que forman esos individuos a quienes se destina por castigo encubierto a un sitio lejano, a fin de evitarle la expulsión de un cuerpo o acaso algo más grave. Por estas y otras causas en general, nuestros funcionarios de todas clases rara vez tenían el tacto, la templanza y sua-

vidad de fuerzas correspondientes al mando delicado de un pueblo que voluntariamente se había entregado a nuestra lealtad y a nuestra hidalguía. Además, muchos funcionarios, acostumbrados en Cuba a la sumisión servil de la gente de color, no podían acostumbrarse a ver en los habitantes de Santo Domingo hombres libres como nosotros, y los trataban con el menosprecio consiguiente a una raza que estaban acostumbrados a mirar como inferior, y esta conducta desatentada, que ofendía en su dignidad a un pueblo entero, abrió un abismo infranqueable entre ellos y nosotros.

Cuentan testigos presenciales, que el célebre brigadier B. gobernador de Santiago de los Caballeros, confundiendo la vagancia con la ociosidad, tan común en todos los pueblos intertropicales, para intimidar a los desocupados, mandó coger a unos cuantos de éstos y los puso a trabajar en el afirmado de las calles, con un letrero en la espalda que decía: *Por vago*. La indignación que esto produjo fué uno de los principales móviles del alzamiento de 1863; porque aquellos ociosos, que por tener sus necesidades satisfechas con cuatro o seis plátanos, no se preocupan ni se molestan por nada, se vieron degradados públicamente como criminales, lo

mismo que sus familias, y tomando el pueblo la ofensa por suya, estalló en ira contra unos advenedizos que, atropellando sin razón la libertad del ciudadano, ultrajaban a todo el país, sacando a la vergüenza a hombres honrados que gozaban de la estimación pública.

El partido nacional, ante este hecho inaudito, no tuvo necesidad de gran esfuerzo para inclinar decididamente a su favor la opinión, y empezó a propalar en el país que los españoles iban poco a poco a hacer esclavos a todos los negros y mulatos, como en Cuba, llegando a arraigar tanto esta convicción que acabaron por considerarnos como monstruos inhumanos, a los que era preciso exterminar, y de aquí que la revolución tomara el carácter rabioso y feroz que tomó contra nosotros.

Cuando estalló el movimiento, estaba el general Rivero de Capitán General y como en las intentonas anteriores, cogieron los dominicanos desprevenidos a nuestros destacamentos, asesinando a muchos soldados y conservando a otros prisioneros como rehenes para obligarnos a respetar las vidas de los insurgentes que cayeran en nuestro poder. La revolución se manifestó esta vez con mayores proporciones que las otras, y se corrió como una chispa eléctrica por toda la

isla, ante cuya gravedad nombró el Gobierno Comandante General en Jefe de las tropas y reservas al General Santana, como hombre influyente y conocedor del país.

La revolución contaba con dos aliados poderosos, que eran el clima mortífero y la naturaleza del suelo cubierta de bosques impenetrables; obstáculos ante los cuales tenían que estrellarse el arrojo y la perseverancia de los españoles, pues los dominicanos nos combatían ocultos y a mansalva, y escogían con toda seguridad sus víctimas, mientras que los nuestros se presentaban a pecho descubierto y no encontraban enemigos a quienes combatir. Pero no era esto lo peor, sino que los que se libraban de las balas estaban casi seguros de ser atacados por las calenturas que concluían en un momento con los hombres más fuertes y robustos.

Esto era causa de que la guerra se hiciera mucho más costosa que de ordinario, pues constantemente había que estar renovando el ejército, llevando los enfermos a las Islas de Cuba y Puerto Rico, donde se establecieron hospitales para doce o catorce mil hombres, y de los cuales, los que conseguían restablecerse volvían de nuevo al teatro de la guerra. Este servicio obligaba al Gobierno a mantener en continuo mo-

vimiento un crecido número de vapores mercantes, cuyos fletes importaban mensualmente muchos miles de pesos.

Es general la creencia de que la guerra no se llevó desde el principio, con la inteligencia y actividad que se necesitaba para haber sofocado en sus comienzos a la revolución; lo que dió tiempo para que el enemigo se organizara y nos hostilizara por todas partes, reduciéndose nuestras operaciones a paseos militares, que lejos de dar resultado alguno provechoso, nos costaban muchos hombres y dinero. Nuestras tropas se portaron con todo el valor y sufrimiento propio de los soldados españoles, aunque infructuosamente; pues si bien los dominicamos se desbandaban al empuje de nuestras columnas, era para posesionarse en seguida de nuevos puntos estratégicos, donde se emboscaban causándonos un daño terrible.

Luchábamos además con otras contrariedades que disgustaban a nuestro ejército. Una era que mientras el enemigo nos hacía una guerra casi sin cuartel, se exigía que nuestros soldados respetaran y trataran con gran consideración a los prisioneros, con el fin de que no padecieran los infelices que nos tenían en rehenes en Santiago de los Caballeros. Otra era la prohibición de

Santana de entrar a saco en los pueblos tomados al enemigo, para dar ejemplo de moderación, precisamente cuando éste apresaba nuestros convoyes de víveres y más escasez había de alimentos.

Esto dió lugar a que la crítica se cebara en el general, diciéndose públicamente que la causa de la prohibición era el obligar al Gobierno a que le comprara las reses de sus haciendas para mantener a los soldados, y cuyas reses se hacía pagar a peso de oro. Yo nada me atrevo a decir sobre la certeza de dicha versión, pero la verdad es que nuestro ejército estaba disgustadísimo con la moderación y clemencia que el general dominicano que lo mandaba le exigía para con un enemigo cruel, que se ensañaba con los prisioneros y rezagados y contra todo lo que perteneciendo a España caía en su mano.

Ya dije al principio que la anexión se trató sólo con los santanistas, mas, después que estalló la revolución, el Gobierno de Madrid, para enmendar su error, procuró atraerse al general Báez (1), lo que consiguió reconociendo los gra-

(1) «El Constitucional de Madrid», de 12 de septiembre de 1863, decía: «Anoche ha debido llegar a esta ciudad el general dominicano Báez, presidente que fué de la República de Santo Domingo con anterioridad a Santa-

dos (1) y honores que disfrutaba en la República; pero ya era tarde, pues ausente del país había perdido su influencia y el Partido Nacional no contaba para nada con él. Otras personas se habían apoderado de la opinión y dirigían la guerra de la independencia. La Junta de Gobierno de dicho Partido la componían: Presidente, Pepillo Salado; Vicepresidente, Benigno Rojas; Ministro de la Guerra, R. Mella; General en Jefe, Polanco. Además tenían una porción de generales para mandar el ejército, dividido en seis campamentos, que se encontraban situados en

na. Suponemos que la venida a Madrid del Sr. Báez tendrá por objeto el ver de conseguir un arreglo honroso para él y sus partidarios lanzados de aquel país por el general Santana, y acerca de cuya suerte no sabemos se haya tomado ninguna resolución definitiva. Creemos que el Gobierno atenderá como se merecen, las indicaciones de Báez, que pueden ser muy importantes en las actuales circunstancias».

(1) «La España» de 1.º de diciembre, del mismo año, decía: «El Sr. Báez, presidente que ha sido varias veces de la República Dominicana y general de división de la misma, que en cuanto tuvo noticias de los recientes sucesos de Santo Domingo, se presentó al embajador de España en París y al Gobierno español en Madrid, ofreciendo ir a combatir al lado de nuestras tropas, ha merecido de S. M. que se le declare en posesión del empleo de Mariscal de Campo de nuestro ejército, equivalente al que tenía en Santo Domingo».

ciertos puntos estratégicos a propósito para hostilizarnos constantemente. Entre todos los generales, los que más se han distinguido por su actividad y energía contra nosotros, han sido un tal Florentino, y el denominado El Chino. El primero murió a manos de sus mismos parciales, y el segundo continúa al frente de sus tropas.

El Gobierno español, no conforme seguramente con la marcha que seguía Rivero en el mando de la Isla, nombró para sustituirle al general D. Carlos de Vargas, quien parece que no consiguió realizar los propósitos que el Gobierno quería, y últimamente fué nombrado el General Gándara; pero yo hubiera mandado al Duque de la Torre, que fué el que hizo la anexión y metió a España en este laberinto.

El General Gándara presentaría seguramente un plan de campaña nuevo que sería aprobado por el Gobierno, y poco después de su llegada, seguramente con arreglo a él, se llevó a cabo la expedición a Monte Christy, cuyo punto hacía ya mucho tiempo que debía haberse tomado a los rebeldes, pues por allí recibían constantemente recursos de todas clases. Pero lo extraño fué que encontrándose entonces divididos los enemigos por disensiones interiores y desconcertados con la toma de dicho punto, no se apro-

vecharan estas ventajas, continuando el ejército hasta Santiago de los Caballeros, donde es casi seguro hubiese quedado aniquilada la insurrección. Esto fué tanto más extraño, cuanto que dicha expedición compuesta de 7.000 hombres, llevaba recursos para haberse paseado por toda la Isla, y causó una sorpresa general que estas fuerzas se quedaran estacionadas en Monte Christy sin hacer nada; lo que dió lugar que el enemigo se repusiera y viniese a sitiarlas en su campamento, lo mismo que lo estaban las de Samaná y Puerto Plata; con la circunstancia de que careciendo aquél de agua, cada vez que había que salir por ella era necesario sostener un combate con el enemigo.

Nuestro ejército, desde entonces, se mantiene a la defensiva sin emprender nuevas operaciones, y en vista de la especie de desaliento en que va cayendo nuestro país; al ver que esta revolución no puede dominarse, lo único en mi concepto que debe hacerse es abandonar la Isla, pues en ella van a quedar enterrados sin éxito alguno, cuantos hombres y recursos envíe España.

Antes de cerrar este cuadro, debo hacer mérito especial de los generales de las milicias del país, Hungría, Puello y Suero, valientes hasta la temeridad, quienes a la cabeza de nuestras tro-

pas han dado muchas veces la victoria a las armas españolas por su inteligencia y arrojo. Los generales Santana y Alfau, comprendidos en el cuadro de nuestro Estado Mayor General, no han desmerecido nada de los más distinguidos de nuestro ejército.

No terminaré este pequeño resumen de las cosas de Santo Domingo, sin manifestar que si el pueblo español tuviera un conocimiento exacto de los hombres y dinero que cuesta esta guerra; si el pueblo español hubiera visto por sus propios ojos salir diariamente para Santo Domingo vapores llenos de gente joven y lozana y volver poco después cargados de lastimosos esqueletos procedentes de una campaña sin gloria y sin esperanzas; si hubiera visto pasar por las calles de la Habana a miles de infelices soldados, como momias ambulantes, víctimas inocentes de la desacertada política de un Gobierno insensato, que tomando la anexión por una conquista se creyó dispensado de guardar al pueblo dominicano ninguna clase de consideraciones y respetos a sus libertades, costumbres y leyes; si el pueblo español supiera las repetidas veces que se han vaciado las arcas del erario público para atender a los improductivos gastos de esta guerra, empeñando a la nación en una deuda con-

siderable que la va conduciendo insensiblemente a la bancarrota, no hubiera podido reprimir su indignación contra los autores de este desdichado negocio; los cuales tomando a la nación como patrimonio suyo, sin conciencia, sacrifican a sus aspiraciones ambiciosas, la riqueza y la sangre de los ciudadanos que tanta falta hacen para sacar a España de la postración en que se encuentra.

Por si todo lo dicho fuera poco, la desastrosa marcha de los asuntos de Santo Domingo son en Cuba el mejor estímulo a las ideas separatistas que han ido en aumento, aunque por el momento nada ocurra.

## XVI

**MÉJICO.—Sitio de Puebla por los franceses. Entrada en Méjico.—Huída de Juarez.—Gobierno provisional. — Votación a favor del Imperio.—La cuestión de los bienes eclesiásticos.—Cambio de política.—Llegada de Maximiliano.—Estado del país al inaugurar su gobierno el Emperador.**

Dejamos en otro lugar a la división francesa al mando del General Lorencés, fortificada en Orizaba y cercada completamente por los ejércitos y guerrillas del país que le cortaron la comunicación con Veracruz. Este puñado de hombres se sostuvo en medio del enemigo luchando con fuerzas mucho más superiores hasta que llegaron los refuerzos organizados en Francia para llevar a cabo los planes políticos de Napoleón.

El mariscal Forey fué nombrado jefe del ejército francés, y a su llegada se emprendieron en grande escala las operaciones, en combinación con el partido conservador de la República.

Los mejicanos se fortificaron en Puebla, ciudad importante que se encuentra en el camino de la capital, y era necesario que el ejército francés tomara esta plaza antes de seguir adelante, para dejar por retaguardia aseguradas las comunicaciones. Puebla fué sitiada, y contra lo que muchos esperaban, se defendió tenazmente dando el ejemplo de una segunda Zaragoza, y por este nombre fué llamada desde entonces en los documentos oficiales de los *Juaristas*. Efectivamente, los franceses fueron rechazados en porción de ataques y tuvieron que ir batiendo a la ciudad, manzana por manzana y calle por calle con grandes pérdidas de gente. Pero llegó un momento en que escasearon en la plaza las municiones y los víveres.

A la vez fué derrotada completamente por el general francés Bazaine la división *Juarista* que mandaba Commonfor y que traía recursos a la plaza. Este hecho determinó el que el General González Ortega, que mandaba dentro, en lugar de abrirse paso por entre el ejército francés, como correspondía al número de las fuerzas que

mandaba y a la resistencia heroica que hasta entonces había hecho, se entregó a discreción el 17 de mayo de 1863, quedando él prisionero juntamente con veintidós generales, novecientos oficiales y diez y siete mil soldados. Este hecho inesperado y el haberse sabido que el núcleo principal de los obstinados defensores de la plaza estaba formado por aventureros de Italia, España y otros países de Europa y América, amengua mucho la gloria del ejército regular mejicano en la defensa de Puebla; pues se trata de una función de armas que empezó en tragedia y acabó en sainete.

Los prisioneros fueron enviados a la Martinica y a Europa, pero en el camino hacia Veracruz se escaparon González Ortega y otros generales y unos 2.000 hombres entre oficiales y soldados.

Tomada Puebla, que era el obstáculo mayor para ir a Méjico, siguieron avanzando los franceses sin grandes contratiempos, pues los mejicanos no hacían gran resistencia en campo abierto, y tomaron posesión de la capital en 3 de junio de 1863.

A la aproximación de los franceses, el presidente Juarez con unos seis mil hombres y los caudales públicos salió para San Luis de Potosí.

El mariscal Forey llegó el 10 a Méjico, y allí,

en combinación con el partido reaccionario, creó una Junta Superior de gobierno compuesta de treinta y cinco miembros, la cual nombró como jefes provinciales del Estado al general Almonte, Arzobispo Labastida, y un tal Sala, quienes se encargaron interinamente del poder ejecutivo, mientras la mayoría de los habitantes determinaba la forma de gobierno que se había de dar al país. Esta resolución no se hizo esperar mucho tiempo, pues reunida en la capital el día 10 de julio una Junta de notables, compuesta de ciento cuarenta miembros, se acordó en ella por ciento treinta y ocho votos contra dos, proclamar la forma de gobierno monárquico como más conveniente a la nación.

Pocos días después salió una comisión para Europa a ofrecer la corona del nuevo Imperio de Méjico al Archiduque Maximiliano de Austria, quien la aceptó sin dificultad el 10 de abril de 1864, contando con el apoyo moral y material del Imperio francés, y *en vista de que las actas de adhesión le daban la seguridad de que la resolución de los notables se hallaba confirmada por la mayoría de la nación.*

Estas actas de adhesión empezaron a llegar a la capital inmediatamente después de proclamarse el imperio de todas las poblaciones que estaban

bajo la presión de las armas francesas; pero ninguna era la expresión genuina de los sentimientos del país, como se ha visto después, y estoy seguro de que el día en que se acaben las maquinaciones puestas en juego para llevar a cabo los planes de la intervención francesa, y del partido reaccionario de Méjico, se verá que la proclamación de la monarquía, ha sido la farsa más inicua representada por un puñado de ambiciosos famélicos, haciendo de magnates con el mayor cinismo. Verdad es que Francia se ha metido en un laberinto del que no creo ha de salir con la honra y provecho que sus ilusiones le han hecho ver.

La desamortización de bienes del clero hecha por Juárez trajo al partido del imperio a todos los perjudicados, creyendo que sería un hecho la devolución de los bienes, pero como éstos habían, en su mayor parte, sido vendidos a extranjeros, a pesar de los deseos del Gobierno Provisional, hubo que respetar los derechos adquiridos para evitar complicaciones diplomáticas, y esto motivó el que antes de llegar el Emperador, el Arzobispo Labastida se separara del triunvirato, cuyo acto representaba un desmembramiento muy importante de las fuerzas con que el imperio contaba para sostenerse.

Acerca de este punto véase el siguiente parrafo de un decreto publicado por la Regencia, que insertaron en sus columnas todos los periódicos. Dice: «La Regencia del Imperio se ha visto en la triste necesidad de disolver el Tribunal Supremo de Justicia por el espíritu de oposición de dicha corporación, contra las medidas que en vista de las críticas circunstancias por que estamos atravesando, se han tenido que dictar respecto a los bienes que la Administración pasada había nacionalizado».

El desengaño al ver que no se atrevían a ir contra la desamortización hizo que una gran parte del clero empezara a trabajar contra el nuevo estado de cosas que había contribuído a crear. Ya en 16 de enero de 1864 el general Neigre dirigió al Arzobispo una carta denunciando el hecho de la circulación de papeles anónimos en los que se excitaba al pueblo a *defender a la Iglesia perseguida* y le rogaba que, como ministro de paz calmase los ánimos. El Arzobispo contestó que él *ignoraba* lo de los anónimos y que «con respecto a ciertas alusiones que le hacía en su carta, debía manifestarle que *todo el clero había protestado* contra los dos individuos de la Regencia *que tenían la pretensión de ser un Gobierno* y que la Iglesia es hoy objeto de

los mismos ataques que durante el gobierno de Juárez», etc.

El 28 de mayo de 1864 fondeó en Veracruz la fragata «Novara», que conducía al matrimonio imperial y al día siguiente por la mañana saltaron en tierra en medio de un silencio sepulcral, según tengo noticias por un amigo que lo presenció, y sin detenerse más que algunas horas, salieron para la capital.

Los principales jefes del partido que estaban en el poder se pronunciaron a favor del Imperio y también algunos cabecillas, pero sin convicciones ni lealtad, pues al menor beneficio que les ofrece el bando contrario se pasan a él.

El Emperador, en cuanto llegó a Méjico se dedicó, con el mejor deseo a ordenar la política y la administración; pero además de las contrariedades naturales al cambio de régimen, que era de esperar en un país habituado a la república, tiene que luchar con el partido clerical, con las reclamaciones del Nuncio y con los muchos traidores que le rodean aparentemente sometidos. Dios quiera que su fin no sea prematuro.

Por ahora todavía va larga la pacificación del país, infestado completamente de guerrillas, pudiendo decirse que es enemigo todo lo que no está ocupado militarmente por las armas fran-

cesas, y no me extrañaría que los Estados Unidos, contrarios a las instituciones e ingerencia europeas, intervinieran para dar al traste con el imperio del Archiduque Maximiliano de Austria.

# XVII

**LOS ESTADOS UNIDOS DESDE 1862 A 1865.—Causas de la guerra de Secesión.—Sus efectos posibles en las Antillas Españolas.—La opinión en Cuba acerca de la guerra.—Los ejércitos beligerantes.—Operaciones sobre Richmond.—Aprovisionamiento y armamento.—Marina.—Victorias del general Lee.—Decreto de abolición de la esclavitud.—Disturbios en el Norte.—Un general gaditano.—Nuevo plan de campaña.—El general Grant.—La guerra en el mar.—Reelección de Lincoln.**

El ocuparme de los asuntos, tanto de Méjico como de los Estados Unidos, no es por un vano alarde de historiar, sino porque, ligados, como están a dichos países los intereses comer-

ciales y políticos de la Isla de Cuba, el desenlace de esos dramas nacionales, puede influir mucho en el término más o menos lejano, pero siempre forzoso, de nuestra dominación en las Antillas, último baluarte de las conquistas españolas en el Nuevo Mundo.

Muchos peninsulares no dan importancia alguna a estas guerras, creyendo que en nada pueden afectar a la seguridad de nuestra soberanía, pero, si bien por el momento esto es muy cierto creo que, mirando algo más lejos, hay motivos para preocuparse.

Los acontecimientos se suceden en América con una rapidez extraordinaria y toman en poco tiempo formas nuevas e imprevistas, que sorprenden por su originalidad y magnitud, y un ejemplo de ello es esta misma guerra de secesión de los Estados Unidos, pues nadie sería capaz de presumir que la esclavitud, arraigada en dicha república, desde su fundación, pudiera haber servido de pretexto para ventilar una cuestión de derecho político con las armas en la mano.

Antes de las desavenencias actuales, los dos grandes partidos militantes en los Estados Unidos, conocidos por *demócratas* y *republicanos*, simbolizaban respectivamente, no tanto credos

políticos; como las instituciones sociales de los *estados eslavistas* y *estados libres.*

Hasta la elección del actual Presidente Abraham Lincoln, los demócratas habían sido siempre dueños del poder, pero en los últimos períodos eléctorales, las dificultades para conseguir el triunfo eran cada vez mayores por el aumento progresivo de población en los *estados libres* del N. y del O., y para neutralizar este incremento de votos contrarios, los gobiernos anteriores pensaron en la anexión de la Isla de Cuba, para que entrara a formar parte la Unión, como *estado esclavista*, quedando así asegurado por mucho tiempo el predominio de los demócratas. Entonces fué cuando empezaron las *expediciones filibusteras* amparadas por el Gobierno Norteamericano, cuidándose éste a la vez de excitar el patriotismo de los ciudadanos a favor de la idea anexionista para que llegase a constituir una aspiración eminentemente nacional. Esto es tan cierto que, después que fracasaron las expediciones filibusteras, los candidatos demócratas a la presidencia de los Estados Unidos, tratando de hacer cuestión de honor la adquisición de Cuba, la prometieron en sus manifiestos, para atraer los sufragios del pueblo y el Presidente Buckanam, debió su elección, seguramente a esta promesa

más que a ningún otro estímulo. Pero es sabido, que lo que se promete a los pueblos en los programas electorales, no siempre tiene cumplido efecto, y precisamente la promesa de la adquisición de Cuba tuvo que suspenderse, no por falta de voluntad, sino porque la atención del Gobierno fué embargada por otros asuntos de más inmediata trascendencia que se crearon en el seno de los mismos estados federales y llegaron a complicarse de tal modo, que de ellos surgió el principio de la separación.

Los territorios de Kansas y Nebraska, que debían entrar a formar parte de la República como estados soberanos, se habían ido poblando indistintamente por colonos con esclavos y sin ellos, y al tratarse en las Cámaras de admitirlos en la Unión, se tropezó con el inconveniente de si debían de considerarse como estados libres o esclavistas. Esta cuestión dió lugar a serios e importantísimos debates, porque no podía resolverse sin lastimar derechos creados, detrás de los cuales se amparaban los respectivos partidos, y temiendo los republicanos, solución favorable al Sur, ya como protesta, o para ejercer presión en las cámaras, promovieron el motín abolicionista de Hasper y Farry, que fué sofocado y sentenciado a muerte su jefe Brown. Esta ejecución

disgustó extraordinariamente a los pueblos del Norte, los cuales, no pudiendo reprimir su indignación la manifestaron con provocaciones y amenazas que hicieron desconfiar a los demócratas y los estimularon a preparar la resistencia armada para el caso probable del triunfo de los republicanos en las próximas elecciones.

Los mismos territorios que he citado, fueron también, antes de esto, teatro de escenas sangrientas, entre abolicionistas y esclavistas, que venían caldeando los ánimos y disponiéndolos para una ruptura, y así fué que en cuanto se supo el triunfo del *partido republicano negro*, cuyo lema era la abolición de la esclavitud y la elevación a la presidencia de la República de Abraham Lincoln, se separaron de la Unión los Estados del Sur y se declararon independientes con el nombre de Estados Confederados. Después de esto no había ya interés por parte de los Estados Unidos en la anexión de Cuba; pero, como país esclavista, su porvenir queda sujeto al desenlace que tenga la cuestión entablada entre federales y confederados.

Como se ve, pues, cuando los demócratas, invocando la doctrina de Monroe, excitaban al pueblo a que hiciese cuestión nacional la anexión de Cuba, la idea, más que de expansión territo-

rial era la de fortalecer a su partido para vincular en él el poder por mucho tiempo.

Este ha sido el origen de esta guerra civil en que están tan empeñados los Estados Unidos, llamada de la *secesión* (separación); en que además de la esclavitud, se ventila también, por parte del Sur, el derecho que tienen los estados de romper el pacto y separarse de la Unión cuando no les convenga permanecer en ella; sosteniendo los del Norte la tesis contraria; es decir, negando a los estados esa libertad que, de admitirse, podía ir sucesivamente destruyendo la gran obra nacional realizada por Wáshington y consolidada por el tiempo y la labor de sus ilustres sucesores.

La guerra es tan desastrosa y ha tomado proporciones tan colosales como no hay ejemplo en la historia, pues según la opinión de Lord Palmerston, emitida en el Parlamento inglés, ni la de los treinta años de Alemania puede igualarse. Mas, sea cual sea su desenlace, no se crea que los Estados Unidos han de quedar arruinados para siempre como pretenden muchos. En mi concepto, si los Estados quedan separados, que es lo peor que les puede suceder, se verá cómo inmediatamente se reponen de sus quebrantos y con su actividad y poderosa iniciativa, tanto al

Norte como al Sur, se han de estimular para engrandecerse y recuperar todo lo perdido, constituyendo en breve tiempo dos grandes y poderosas naciones. Esto no ha de causar extrañeza a ninguno de los que conocen la actividad, ilustración y talento práctico de la raza anglosajona. Por el contrario, si la Unión triunfa, entonces perderán la esclavitud los estados del Sur, lo cual por el momento, será ruinoso para ellos por el trastorno social que ha de producir la libertad de la gran masa de trabajadores, hasta que se vayan estableciendo sobre nuevas bases las relaciones del capital con el trabajo.

Pero separados o unidos, esos Estados; un día se firmará la paz y quedará ocioso un millón de hombres aguerridos, con buenos y experimentados generales y asombrosos medios de destrucción y transporte; y al considerar esto, se pregunta uno: ¿Qué se hará de esos formidables ejércitos? Porque hay que tener en cuenta que esta República no ha necesitado nunca el poder militar, que existe en las tiránicas naciones de Europa, para mantener por la fuerza la aparente concordia entre gobernantes y gobernados. En los Estados Unidos, sin necesidad de ejército, se ha visto prosperar la nación en el mayor orden al amparo de sus libertades prácticas.

Dos recursos solamente quedan a ambos gobiernos para resolver esta grave dificultad. El primero es disolver el ejército, lo que no está exento de inconvenientes, pues no es probable que los generales, jefes y oficiales acostumbrados a la vanidad del mando, quieran avenirse a sacrificar la posición militar adquirida y la sed de honores, para dedicarse a vivir del trabajo, como simples particulares, y pudieran ser materia dispuesta para constantes perturbaciones.

El segundo recurso es distraerlo fuera de la nación en nuevas conquistas, dados los formidables elementos con que cuentan hoy ambos ejércitos para llevar a cabo grandes operaciones militares.

Sabido es que la doctrina de Monroe sirve de guía a las aspiraciónes del pueblo norteamericano, pero esta doctrina, que hasta hoy sólo ha constituído un deseo, puede convertirse en lo sucesivo en principio de derecho internacional a causa de la conducta agresiva de España y Francia en Santo Domingo y Méjico. Los norteamericanos saben que la anexión de Santo Domingo se efectuó aprovechándose España de la perturbación en que se encontraban los Estados Unidos, y debido a lo mismo, se concertó la expedición a Méjico. Estos acontecimientos, realiza-

dos, no sin protesta, pueden en su día servir de pretexto para justificar una invasión en nuestras posesiones, en las francesas o en Méjico.

El General Serrano, no diré que promovió la anexión de Santo Domingo, pero sí que la llevó a cabo, y este ha sido el paso más inconveniente que ha podido dar el Gobierno de España con respecto a los Estados Unidos, porque nuestra política aquí no debe ser de expansión, sino de conservación. Aparte de esto esa isla es y será una calamidad para nosotros, pues no sólo no se puede ni se podrá sacar ningún provecho, por faltarnos la adhesión de sus habitantes, acostumbrados al gobierno republicano y a su independencia, sino que por el contrario, nos está costando muchos miles de pesos que no se recuperarán nunca.

Pero volviendo a la política probable de los Estados Unidos, y considerando que de todas las islas pertenecientes a Europa la más importante es la de Cuba, por su situación a la entrada del Golfo de Méjico y su riqueza, no sería extraño que destinara una gran parte del ejército a su conquista, y otra a la del nuevo Imperio de Méjico.

El partido insurgente de la Isla de Cuba, no podía mostrarse indiferente a esta guerra; pero

lo extraño es que esta gente, que en los tiempos del filibusterismo de Narciso López, Pozos Dulces y otros, se encontraban en connivencia con los simpatizadores del Sur y de ellos recibían recursos para sus intentonas; que esta gente, que vive en su mayor parte de la esclavitud y por interés propio, parece que debía sostenerla a todo trance, o por lo menos estar moralmente a favor de los estados que, con las armas en la mano, la están defendiendo, se haya declarado partidaria de los federales, pretendiendo, para justificar este contrasentido, que éstos defienden la causa de la civilización y el progreso, pero en realidad por estar de su parte todas las probabilidades del triunfo.

Los Estados del Sur, con todos los puertos bloqueados, no cuentan más que con sus propios recursos, mientras que los del Norte reciben de fuera cuanta gente y pertrechos necesitan para renovar sus ejércitos, diezmados una y otra vez por el valor y pericia de los jefes y soldados confederados; pero a la larga, el Sur ha de llevar la peor parte en la contienda, porque sus fuerzas se van mermando poco a poco, y llegará día en que no podrán hacer frente a los formidables ejércitos de sus contrarios.

Este es el fundamento de las simpatías de los

esclavistas de Cuba a favor de los abolicionistas del Norte; pues del triunfo de la Unión aguardan que la *institución doméstica* sirva de pretexto para arrojar a España de las Antillas, y entonces quedar ellos independientes o entrar a formar parte en la gran república federal como *Estado Soberano.*

Los españoles de aquí, por el contrario, simpatizan con la causa del Sur, fundados en un principio lógico de razón y conveniencia; de razón, porque esos estados pelean por una causa igual a la que sostiene la propiedad de la Isla de Cuba; de conveniencia, porque divididos los Estados, puede quedar aquí asegurada por mucho tiempo la dominación española entre dos grandes potencias rivales, que tendrían interés en conservar el *statu quo* para que ninguna tome preponderancia sobre la otra.

Se ve, pues, que la actitud de los españoles en esta cuestión, es más racional que la de los cubanos, porque creen de buena fe que, con la falta de la esclavitud irá concluyendo por consunción la prosperidad de esta isla; más aquellos replican que los esclavos pueden ser sustituídos por colonos europeos. Esto nada tendría de particular en países de climas benignos, donde la fiebre amarilla no causase una mortalidad anual de 26

a 40 por 100 de los inmigrantes, y este no es aliciente para atraerlos. Pero aparte de esto, el estado político de las repúblicas hispanoamericanas, no es muy a propósito para una vigorosa colonización. En muchos de esos países, como Venezuela, el Perú, Méjico, la Argentina y otros, muchos colonos que han llegado a prosperar se han visto envueltos en las cuestiones políticas por envidias y rivalidades de sus indolentes vecinos, y han sido despojados en un momento del fruto de una serie de años de trabajo, y a veces hasta de a vida por el primer cabecilla que ha salido proclamando este o el otro principio, para disfrazar sus rapiñas. Por eso dichos países, a pesar de la fertilidad de su suelo, de la benignidad de su clima y de las pomposas garantías ofrecidas a la colonización, se encuentran lastimosamente despoblados mientras se ve que los Estados Unidos absorben casi en su totalidad la emigración de trabajadores europeos, que encuentran allí positivamente todas las garantías apetecibles, no sólo para disfrutar el producto de su trabajo, sino para crecer e igualarse en todos los derechos sociales y políticos a los demás ciudadanos del país sin excitar los celos ni las rivalidades de nadie. Alguna causa poderosa existe pues, que aleja la colonización de las repúblicas hispanoameri-

canas y no es otra, en mi concepto, que la inestabilidad de sus gobiernos y el desorden que reina en ellas desde que se hicieron independientes, ocasionado por guerras internacionales, o por continuas revoluciones interiores.

Me encontré, pues, a mi regreso a la isla de Cuba, con un partido abolicionista criollo que gritaba por todas partes contra la esclavitud y la condenaba como inmoral y bárbara, siendo lo más notable del caso, que la mayor parte de los que lo formaban vivían del trabajo directo de los esclavos y hasta es notorio que muchos no los trataban con el amor y caridad de semejantes, sino con un despotismo cruel y con el desdén y con el menosprecio correspondientes a considerarlos como una especie animal; pero esto no me causó gran sorpresa, pues estoy acostumbrado a ver en la humanidad esas anomalías.

Aquí ya se sabe que la idea que preside al abolicionismo es la muerte de la dominación española en las Antillas, y por tanto, esos agitadores que pululan por el muelle y los cafés propalando dicha doctrina, que a la llegada del vapor norteamericano, celebran con aplausos y demostraciones públicas un triunfo cualquiera de los federales y andan en continuo movimiento lle-

vando y trayendo noticias, son agentes de los más conspicuos separatistas cubanos que esperan de la abolición una independencia feliz y venturosa, aun muy problemática, a mi juicio.

Este nuevo partido tiene un órgano en la prensa llamado *El Siglo*, que al par de defender sus ideales democráticos, no se recata en atacar a España y sus instituciones con una audacia y una libertad que para sí quisiera la prensa de muchos países constitucionales de Europa, sin que el Capitán General se preocupe del daño que una publicación de esta índole está causando a nuestro prestigio. El director del periódico es el Conde de Pozos Dulces, y se da la anomalía de que al presentarse como campeón republicano defendiendo los ideales de libertad e igualdad lo hace, no con su nombre, sino con su título de Castilla. Este hecho parece indicar una protesta tácita de él mismo contra las doctrinas que defiende; pues es muy cierto que si no le envaneciera el distintivo aristocrático y no lo considerara como privilegio de casta, no lo usaría. Estas inconsecuencias son muy corrientes en la política.

Volviendo a los Estados Unidos, la guerra seguía cada vez con más encarnizamiento. El ejército del Sur había abarcado más territorio del

que podía defender, tuvo que concentrarse para poder resistir el empuje de las numerosas huestes del Norte, y lo preparó todo para efectuarlo, viniendo de retirada en retirada hasta Richmond, capital de los Estados Confederados, donde se hizo fuerte. Estas retiradas las calificaba de triunfos el general Mac-Clelland del ejército del Norte; pero luego se vió que eran efecto de un plan sabiamente combinado, pues en varias de las plazas fortificadas que ocupaban los confederados y que obligaron a detenerse en su marcha al ejército del Norte o sea el federal, se encontraron, después de evacuadas, fortificaciones supuestas y cañones de madera, lo que parece indicar que el simulacro de resistencia sólo había servido para poner a salvo los pertrechos de guerra. Se cree que esta retirada fué dirigida por el general Beauregad, uno de los mejores del Sur.

El ejército del Norte siguió avanzando hasta Richmond, puso sitio a esta plaza, donde esperaban los federales que terminaría la guerra, y tomo posesión de la península de York formada por los ríos James y Chickahominy, el primero de los cuales pasa por Richmond. Pero tuvieron los del Sur cuidado de obstruirlo un poco más arriba de la ciudad, para evitar la co-

operación de las cañoneras federales que eran el auxilio más poderoso de los ejércitos del Norte; sin el auxilio de las cuales hubieran sido derrotados muchas veces.

Mientras esto sucedía, las guerrillas confederadas se dedicaban a combatir al ejército de ocupación de los Estados de Tennesee y Virginia, para distraer la atención del gobierno del Norte y evitar al mismo tiempo, que las divisiones federales, que obraban en combinación con Mac-Clelland, fueran estrechando el cerco de Richmond, dando lugar a que se completasen las defensas de esta plaza.

El general confederado Jackson (alias) *Cal y canto*, uno de los guerrilleros más famosos por su estrategia, actividad y arrojo, fué el encargado de llevar a cabo una de esas operaciones militares que bastan por si solas para destruir el plan de campaña mejor combinado. Sabiendo que el ejército del general Banks quedaba reducido a unos quince o veinte mil hombres, por haberse desprendido de una división, para robustecer el de Mac-Donall que estaba avanzando hacia Richmond sin tener bien cubierta la retaguardia, se unió al general confederado Ewel, y organizando unos doce o quince mil guerrilleros, entre los que figuraba la caballería ligera del temible

coronel Ashby, cayeron de improviso, sobre la citada división de Banks y le llevaron corriendo ciento cincuenta millas en el mayor desorden, con pérdida de las nueve décimas partes de la fuerza entre muertos, heridos y prisioneros, cogiendo además bagajes, armas y pertrechos. Los restos, para salvarse, se vieron obligados a meterse en Wáshington, quedando esta capital, a la vez amenazada por las fuerzas del Sur. Como consecuencia inmediata de este hecho, el Presidente de los Estados Unidos llamó a las armas a las milicias de Nueva York y embargó todas las líneas férreas para que no se ocupasen más que en transportes de tropas para la defensa de la capital federal.

Jackson y Ewel, conseguido su objeto, que era el desmembramiento de las fuerzas que iban sobre Richmond, y llamar la atención del Gobierno del Norte sobre el peligro que corría la capital, se retiraron por el inmenso territorio que acababa de quedarles libre, y no se volvió a hablar de ellos, hasta que, pocos días después, el primero, a quien creían los del Norte paseando por la Virginia Occidental en combinación con los generales Price y Beauregard, cargó de improviso sobre el ala derecha del ejército de Mac-Clelland en la *batalla de los siete días*, que

se dió en Richmond, haciéndola retroceder quince millas con pérdida de veinticinco mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros. Este golpe obligó a Mac-Clelland a operar un cambio de frente para cubrir el ala derecha, que había quedado destrozada y pocos días después a retirarse todo el ejercito, debilitado, tanto por esta derrota, como por las enfermedades endémicas de los lugares pantanosos y malsanos de la península de York.

A los que no conceden a los Estados Unidos el espíritu militar de las naciones de Europa y juzgan de esta guerra por el criterio de media docena de corresponsales apasionados, debe recomendárseles que lean los partes detallados de las operaciones militares, y entonces se convencerán de que la serie de retiradas que vinieron efectuando los confederados hasta Richmond, con el mayor orden, salvando todo el ejército y los pertrechos, no fué debida a la casualidad, sino a un plan sabiamente combinado y llevado a efecto con la actividad, valor y táctica, propios de los ejércitos más aguerridos y mejor disciplinados del mundo. Lo mismo puede decirse de la famosa batalla de los siete días, la cual por la importancia de sus movimientos estratégicos en diez combates continuados, revela, no una serie

de choques improvisados sin plan ni conocimientos por dos grandes ejércitos bisoños, mandados por generales inexpertos; sino el resultado de un plan preconcebido por una inteligencia superior, capaz de desenvolver grandes masas de hombres y de colocarlos en ventajosas posiciones para obtener un éxito calculado.

El juicio que se ha formado en Europa de esta guerra es muy erróneo y se basa en el principio, de que, careciendo los Estados Unidos de ejército veterano, no es posible que se verifiquen operaciones militares de algún mérito, pero los resultados están diariamente demostrando lo contrario, porque hay que tener en cuenta que los ejércitos, con buena dirección, se hacen sobre el campo de batalla, y que la mayor parte de los generales que están figurando en los Estados Unidos, son hombres educados para el arte de la guerra en el colegio militar de West-Point y han adquirido allí cuantos conocimientos pueden necesitarse para llevar a cabo las más grandes operaciones militares. Si a esto se une el trabajo organizador infatigable, el genio inventivo, la pasión por los adelantos y el orgullo de raza; se comprenderá fácilmente, cómo ha podido formarse aquí en poco tiempo un ejército que está hoy a la altura de los mejores del mundo.

Pero para probar la disposición de este pueblo a sobresalir en todo, no hay más que fijarse en la industria militar. Esta, en las naciones de Europa, depende generalmente de los Gobiernos, y se ejerce en establecimientos del Estado dirigidos por militares que han seguido una carrera facultativa. Pero aquí no hay nada de eso; el Gobierno acude a la industria particular, ésta presenta modelos que son examinados por comisiones técnicas, y hecha la elección si se trata, por ejemplo, como ocurre de preferencia, del armamento, el inventor se compromete a entregar el número de armas contratado al precio y en el tiempo convenido. Debido a este concurso de inteligencias movidas por el interés, la industria particular, extraña aquí al arte de la guerra, ha podido adelantar lo que no era creíble, sorprendiendo con sus invenciones al mundo militar, particularmente en artillería, que es uno de los ramos donde se ha presentado más variedad de modelos, y hoy están en uso cañones de un calibre desmesurado que arrojan balas de 1.600 a 2.000 libras. Está en uso también otro modelo de cañones giratorios de cinco y más tiros y es corriente en el ejército el uso de carabinas giratorias de diez tiros, armadas con su correspondiente bayoneta. Hay además, en estado de adop-

ción, una nueva máquina de guerra llamada Riffle-Battery, montada sobre una cureña, que dispara cincuenta tiros cada vez y se carga por la recámara con una ligereza sorprendente.

Como se ve, pues, la industria militar no tiene que envidiar nada a los países europeos, que se gastan cada año una porción de millones en mantener establecimientos donde los adelantos se someten a una porción de trámites burocráticos que acaban con la paciencia de sus iniciadores. Algunos pueden objetar que los Estados Unidos importaron de Europa grandes cantidades de armas, pero esto fué en los comienzos de la guerra, cuando la industria del país era todavía impotente para dar abasto a las urgentes necesidades de ejércitos improvisados en muy corto tiempo; pero después se volvieron las tornas, y algunas naciones de Europa armaron sus ejércitos con fusiles Remington llevados de aquí.

Respecto a invenciones marítimas, es indudable que los Estados Unidos han causado una revolución en las construcciones navales con la adopción de los barcos blindados y la demostración de su utilidad práctica en los combates. Aún está viva la impresión que produjo el combate naval entre la *Merrimac* y la escuadra federal en las aguas de Hamton Road, el 8 de marzo

de 1862, donde fueron destrozados por el citado monstruo marino las fragatas de guerra *Congress* y *Cumberland* y las cañoneras *Dragón* y *Whitehall*, con pérdida de 201 muertos, 108 heridos y 40 prisioneros.

La noticia de este combate causó gran pánico, tanto en Francia como en Inglaterra, cuyos Gobiernos hacía ya diez años venían ocupándose teóricamente del blindaje de los buques; pero en vista del resultado, se apresuraron a emprender la construcción de dichos barcos convencidos de que la mejor marina militar del mundo quedaba a merced de la nación que presentase en el mar dos o tres buques acorazados como el *Merrimac*, y llegó a tanto el temor, que en las Cámaras inglesas hubo hasta quien propuso el blindar las fortificaciones.

La aparición del *Merrimac* sirvió de estímulo para la invención de los *Monitores* de Ericson, de los *arietes* y de otros sistemas de buques, que aunque imperfectos hoy, llegarán con el tiempo a sustituir ventajosamente a los barcos de madera.

Volviendo, pues, a la guerra; viendo los confederados en retirada a los del Norte, tomaron la ofensiva y salió un ejército al mando del famoso general Lee, en dirección a Wáshington,

persiguiendo al ejército federal mandado por el general Pope, el cual fué derrotado el 30 de agosto en Bull-Bun, con pérdida de 4.500 muertos, 10.000 heridos y 13.000 prisioneros, entre los que se encontraban 7 generales y 580 jefes y oficiales. El 15 de septiembre tomó Lee a Harper's Ferry, con 14.000 prisioneros y 80 cañones, y en 13 de diciembre ganó la célebre batalla de Fredericksburg, perdiendo los enemigos 8 generales y 20.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

A consecuencia de estas derrotas y viendo el Gobierno federal que el ejército era insuficiente para subyugar a los separatistas, no bastando el sistema de enganches voluntarios para cubrir las bajas y aumentar las fuerzas, acudió al recurso de las quintas, prohibiendo la salida del país a todos los hombres comprendidos entre la edad de diez y ocho a cuarenta y cinco años, como se hace en nuestra nación, de los veinte a los treinta.

Nunca pudieron presumir los norteamericanos que su país fuese perdiendo poco a poco las libertades a que debía su rápido engrandecimiento, viéndose ahora, por las circunstancias especiales de esta guerra, en la necesidad de retrogradar hasta el establecimiento de las comisiones militares de quintas y el *estado de sitio*

declarado por acta del Presidente, de 8 de agosto de 1862.

Los acontecimientos de 1863 se inauguraron con una proclama del Presidente de la República en la que se declaraban *libres en lo sucesivo y para siempre los esclavos* que había en aquella fecha en los Estados rebeldes de Arkansas, Tejas, Luisiana, Missisipí, Alabama, Florida, Carolina del Sur, Georgia y Virginia, exceptuándose solamente algunas parroquias y condados, que aunque pertenecientes a dichos Estados, no habían tomado parte activa en la revolución. Esta proclama causó viva impresión en el Sur y alejó las probabilidades de todo avenimiento, por cuya causa los confederados prosiguieron sus operaciones militares con bastante buen éxito, pero tuvieron una pérdida tanto más sensible, cuanto que no había entonces ni hubo después quien la reemplazase, y fué la muerte del célebre general Stoneval Jackson (Cal y Canto), acaecida el 10 de mayo de 1863. Este notable guerrero, volviendo de un reconocimiento, con su estado mayor y escolta, a las ocho de la noche, después de la batalla de Chancelloriville, sufrió una descarga de sus mismos soldados, que creyeron se trataba de una partida enemiga. Recibió dos balazos, que tres días después le ocasionaron la muerte.

Jackson fué siempre el terror de los federales por su arrojo, inteligencia y actividad, y tan penetrado de esto estaba el Gobierno del Sur, que la noticia de la pérdida hizo exclamar al Presidente Jefferson Davis: — *Hubiera preferido perder una brigada entera.*

El ejército confederado, al mando del general Lee, siguió su movimiento de avance hacia el Norte, invadiendo los estados de Mayland y Pensilvania, con tan buena fortuna que en esta campaña consiguió derrotar muchas veces a sus contrarios. Mientras tanto el ejército del Potomac, al mando del general Mac-Clelland, se mantenía casi en la inacción y oponía una resistencia debil a las fuerzas del Sur, lo cual se atribuía, según unos, al descontento que reinaba en el ejército, por la falta de vestuarios y pagas, y según otros, a causa de estar disgustado el general en jefe con la marcha política que seguía el Gobierno de Wáshington, entregado a una camarilla de fanáticos intransigentes, los cuales se oponían a todo concurso de arreglo, por no ceder ni un ápice de sus aspiraciones políticas, mientras que el país se estaba arruinando con una deuda enorme, con la paralización de su industria y la persecución de su comercio exterior, por los corsarios confederados. Parece que dicha camarilla

no estaba conforme con las tendencias democráticas que atribuía al general Mac-Clelland y no paró hasta relevarlo por el general Buruside, señalándole la población de Trenton, como punto de residencia, o sea en calidad de destierro. No satisfaciendo al Gobierno la conducta de Buruside lo destituyó, nombrando para reemplazarle al general Hooker.

El pueblo americano no estaba muy conforme con la marcha de los sucesos, y su descontento se aumentaba con las nuevas exacciones, de que diariamente tenía el Gobierno que echar mano, para hacer frente a los gastos de la guerra, los cuales iban tomando de día en día mayores proporciones.

El país presentía su ruina con la temeridad de esta lucha, de la que estaba ya cansado, y esto hacía engrosar diariamente al partido democrático o *de la paz*, que se presentaba ya frente al Gobierno en actitud poco menos que revolucionaria; así es que la ley de quintas se rechazó en muchos estados, como inconstitucional, y en otros promovió conflictos que tuvieron que vencerse con las armas en la mano. Nueva York pasó por un motín que duró tres días, durante los cuales los revoltosos despedazaron los globos del sorteo de quintas, incendiaron edificios

y cometieron otras tropelías; pero lo que al principio se creyó un acto espontáneo de oposición a las quintas, se vió luego tomar un marcado carácter político, como lo prueban los gritos de: *mueran los abolicionistas, abajo los negros*, y la persecución de que fueron objeto muchos de estos infelices que pacíficamente transitaban por las calles. En Boston, Hartford, New Jersey y otros estados, hubo también motines de más o menos consideración en análogo sentido.

El presidente Lincoln, sin embargo, dejando gritar al pueblo y a las oposiciones, que llegaron muchas veces a presentarse en actitud poco menos que revolucionaria, seguía arbitrando recursos para llevar a cabo el nuevo plan de campaña, trazado en Wáshington, que consistía en atacar a la Confederación simultáneamente por diferentes puntos, fijándose como es natural, en todos los que eran de mayor importancia, a fin de concluir con ella a todo trance.

El general Hooker tuvo que abandonar el puesto al poco tiempo, sin haber obtenido resultado alguno favorable para las armas del Norte, y para sustituirle fué nombrado el general Meade. Este, nacido en España, en Cádiz, donde su padre era cónsul de los Estados Unidos, logró detener el triunfo de los confederados, derro-

tándolos en la batalla de Gettysburg, y el general Lee que los mandaba, ordenó la retirada, si bien pudo llevarse consigo el inmenso botín que con sus triunfos había recogido. Desde esta batalla empezó a mostrarse adversa la fortuna a las armas del Sur a causa de haberse puesto en práctica el plan de campaña del general Grant, nombrado jefe del ejército del Norte en marzo de 1864, el cual consistía en atacar a la Confederación con grandes fuerzas por Charleston, Wilmington, Mobila, Luisiana y Petesburg, mientras que él, poniéndose al frente del ejército del Potomac, obligaba a los confederados a encerrarse en Richmond para concluir allí de un golpe con la rebelión.

Este plan obligaba a los del Sur a repartir sus fuerzas para cubrir los puntos amenazados; quedando el ejército central endeble para resistir el empuje de las numerosas huestes del general Grant, que venía contra la capital confederada. Aquí fué donde se demostró la suficiencia estratégica de los generales del Sur, pues el ejército confederado se vino retirando, en el mejor orden desde el Rapiolan hasta Richmond, ante fuerzas mucho más superiores, sin dejar de hostilizarlas, ocasionándoles bajas de mucha consideración, y allí se fortificó delante de la plaza,

quedando poco menos que sitiado el general Grant. En esta retirada se hicieron movimientos de flanco de mucho mérito y que, según los inteligentes, servirían de ejemplo a los generales de todos los países.

Las operaciones marítimas no dejaron de ser importantes durante este tiempo, pues aunque las escuadras del Norte no tenían enemigos a quienes combatir, servían muchas veces para cooperar con el ejército de tierra al triunfo de las armas federales y para atacar las plazas fuertes del Sur, que es por donde los confederados solían recibir algunos recursos. Estos nunca pudieron organizar una marina de importancia, y sus armamentos se reducían a tres o cuatro corsarios para perseguir el comercio de los del Norte, y algunos buques blindados, construídos en los ríos para defender las bahías y las entradas fluviales de algunas de sus plazas fuertes.

Alguna que otra vez, sin embargo, los barcos blindados del Sur tomaron la iniciativa como en el caso de la «Merrimac», y después en las aguas de Plymouth, plaza que dominaba la desembocadura del río Roanoke. Esta plaza se hallaba en poder de los federales, los cuales tenían en el puerto una escuadra de cañoneras, y cuando menos los esperaban, una noche, bajó silencio-

samente por el río, el ariete confederado «Albermale» y atacó a la escuadra echando a pique tres buques, poniendo a los demás en dispersión y, cerrando por el agua las comunicaciones de la plaza, para impedir que recibiera recursos de fuera, lo cual contribuyó a que Plymouth se rindiese al ejército del Sur, mandado por el general Ruket.

En cambio de esto, muy poco tiempo después fué echado a pique el 19 de junio de 1864, en las aguas de Cherburgo (Francia), el corsario confederado «Alabama» por el vapor federal «Kearsarge»; es verdad que este último se había blindado los costados con cadenas. El capitán confederado Semmes, se refugió en Inglaterra.

Por este tiempo, la escuadra del Almirante Ferragut, compuesta de diez y siete buques (tres de ellos blindados), atacó la bahía de Mobila, defendida por buenos fuertes y por una escuadra de siete barcos, blindados unos con planchas de hierro y otros con pacas de algodón, y después de un recio combate, logró penetrar en ella y derrotar a la escuadrilla confederada, apresando al formidable ariete «Tennesee», juntamente con el Almirante Buckanam, que perdió una pierna en la refriega. Además fué apresado otro buque,

otro encalló y los restantes se refugiaron bajo los fuegos de la plaza. Los federados sólo perdieron un monitor, volado por un torpedo.

Otra expedición importante fué la de Wilmington, compuesta de ciento cincuenta buques de combate y de transporte a las órdenes del Contraalmirante Porter, con diez y siete mil hombres de desembarco al mando del general Butler, y aunque la escuadra se portó bien apagando los fuegos del fuerte Fischer y facilitando el desembarco de la expedición, ésta, después de un simulacro de ataque, emprendió la retirada y volvió a reembarcarse. Esto ocasionó desavenencias entre el jefe de las fuerzas de mar y las de tierra, dando por resultado la destitución de este último. Aquí se empleó un nuevo y diabólico ardid de guera, que consistió en arrojar contra el fuerte Fischer un buque cargado con setecientos cincuenta quintales de pólvora, para volarlo, cuya operación fué preparada y llevada a cabo por el comandante Rhind, quien inmediatamente que dejó encendida la mecha se alejó en un vapor a toda máquina. Este formidable brulote, nombrado el «Louisiana», impelido por su propia máquina, hizo explosión a quinientas brazas del fuerte, y por tanto el éxito no correspondió a las esperanzas que se habían con-

cebido, pues por haber estallado muy lejos, los daños fueron insignificantes.

Para cerrar el cuadro sobre la importancia naval de los Estados Unidos, sólo me resta decir que, desde el año 1861 a 1864 se construyeron en sus arsenales 141 buques de madera, desde 3.700 a 170 toneladas y 62 buques blindados de varios sistemas, dando por resultado que a fines del 1864 constaba la escuadra de 671 buques, de ellos 71 blindados, con 4.610 cañones. Estas cifras son más elocuentes que cuanto pudiera escribirse acerca de la actividad, inteligencia, recursos y orden administrativo de esta nación, que va a la cabeza de las más adelantadas del mundo.

En este año terminaba el período presidencial y la expectación era grande, pues del triunfo electoral del partido exaltado o del conciliador dependía la continuación de la guerra o las probabilidades de paz.

La convención de Baltimore, o sea una junta de delegados del partido republicano de todos los pueblos de la Unión, propuso a Lincoln como candidato para la Presidencia y a Johnson, gobernador del Estado de Tennesee, para la Vicepresidencia. La convención, también de republicanos, reunida en Cleveland, propuso como

candidato al general Fremont. La de Chicago, compuesta de los demócratas de todas las ciudades, propuso a Mac-Clelland, como candidato a la Presidencia, y a Pendleton para la Vicepresidencia.

El general Fremont, después de haber aceptado la candidatura, creyó conveniente renunciarla en atención a que, según estaban las cosas, lo que convenía era la unión del partido republicano, para combatir el programa de la convención de Chicago, que en su sentir, debía acarrear males de mucha trascendencia, y en esta virtud, quedaron frente a frente Lincoln y Mac-Clelland, o sea el partido de la guerra y el de la paz.

Algunas fracciones del partido democrático se distinguieron a causa de que el manifiesto de Mac-Clelland, disentía en algunos puntos de lo acordado por la Convención, y esto unido a la presión ejercida por el ejército en las elecciones, dió por resultado el triunfo de Lincoln para el cuatrenio de 1865 a 1868. La elección se verificó el 8 de noviembre de 1864.

Parece excusado manifestar que la permanencia en el poder del partido republicano, hacía imposible toda transacción con los del Sur, y en vista de lo agobiada que se encuentra la Confe-

deración, no será extraño que sucumba desapareciendo la esclavitud tanto de los Estados Unidos como de los demás puntos de América donde aún existe.

# XVIII

**Decido regresar a la Península.—El vapor «Isla de Cuba».—Temporal en el Golfo de las Yeguas.—Fin del viaje.—Notas finales sobre las guerras de secesión de los Estados Unidos y de Santo Domingo.**

El 31 de diciembre de 1864, me separé de la Sociedad Morales, Peyra y C.ª, no porque los negocios fueran mal, pues en los cuatro años que formé parte de ella, dupliqué y algo más el capital impuesto; sino por no poder resistir el clima fuerte de la Habana que me iba aniquilando poco a poco, y antes de contraer una enfermedad grave al hígado, que ya se había iniciado, o padecimientos crónicos que me estuviesen molestando toda mi vida, me decidí a volver a la

Península para trabajar allí por mi sola y exclusiva cuenta con los 22.000 pesos que tenía reunidos. Arreglados pues, todos mis asuntos, me embarqué para Cádiz el 30 de enero de 1865 en el vapor «Isla de Cuba», cuyo capitán era don Leoncio Rivero.

Con mucho sentimiento salí de la Habana, población que será siempre de gratos recuerdos para mí, pues en ella me he hecho hombre, a ella debo lo que soy y lo que valgo y en ella he tenido mis primeras ilusiones y desengaños. En ella también adquirí nuevos conocimientos y cultivé mi inteligencia. La Habana, siempre lo he dicho, con otro clima más benigno, sería para mí el único país del mundo.

Salimos del puerto como a las cinco de la tarde, con viento NE. fresco y mucho mar de proa y seguimos de este modo hasta el 3 de febrero que cambió el viento al SO. y se largaron las *gavias*, encontrándonos poco más o menos en el meridiano de las Bermudas. El viento fué poco a poco arreciando y a medida que nos *engolfábamos* íbamos encontrando la mar mucho más levantada; continuando de este modo hasta el 6, en que rolando el viento al O. SO. con chubascos y rachas huracanadas se declaró un verdadero temporal, que tuvimos que correr en popa,

con la *gavia* en *tres rizos*, el *velacho* en dos y el *trinquete* aventado.

Espectáculo imponente es, en verdad pasar un temporal en medio del Golfo de las Yeguas, pues se asemeja el mar a un país accidentado de montañas elevadas y abismos profundos que va atravesando el buque unas veces por las alturas y otras por estrechas profundidades entre laderas movedizas, que parece van a precipitarse sobre él y a sumergirlo con su fuerza poderosa. Yo había pasado otra vez por un lance semejante, pero en barco de vela, donde el riesgo en estos casos no me parece tan grande; pues una vez *hecho el aparejo* y corriendo en popa, todo se reduce a las sacudidas más o menos violentas que producen los golpes de mar al reventar en los costados; pero en un vapor es algo distinto. Ibamos, como digo, corriendo el tiempo, y como la fuerza del viento no permitía mucha vela y el buque era muy grande, no llevaba la *salida* o marcha necesaria, y nos alcanzaban los golpes de mar por la popa, los cuales, después de reventar, formaban un vacío por el *codaste* dejando en seco la hélice, y ésta, no encontrando resistencia, se disparaba produciendo un estremecimiento en toda la nave que parecía iba a saltar hecha pedazos. En estos momentos se corre

siempre el peligro de perder la hélice, y para precaver en lo posible este accidente, que puede tener tan graves consecuencias, están siempre los buenos maquinistas preparados para cerrar las válvulas de vapor y cortar fuerza. El buque era muy marinero y no tuvo más contratiempo que la entrada de un golpe de mar por el costado de babor, que destrozó la cantina, hirió a un camarero, y entró por la cámara, inundándola de agua y averiando algunos sacos de correspondencia que estaban en la Santa Bárbara.

Seguimos sin más novedad hasta el día 8 en que se *roló* el viento al N., abonanzando algo el tiempo; después se corrió al NE., casi de proa, y fué necesario aferrar las velas de cruz y largar las cangrejas y machetes, y de este modo continuamos hasta el 11, que nos pusimos N. S. con el Cuervo, primera de las islas Terceras, llamándose el viento al E., fresco. Amaneció ese día con mal cariz, horizontes cerrados y chubascos, lo que obligó a aferrar todo el aparejo y así continuamos durante la travesía por el S. de las Terceras, con una marcha lenta de ocho millas por hora a lo sumo hasta el 13, que dejamos por la popa la Isla de Santa María. En cuanto pasamos las Terceras, se serenó el tiempo, pero sin variar

el viento de dirección, lo que nos quitaba alguna marcha. El 15 empezó a soplar viento fresco del N., se largaron todas las velas y con buen andar seguimos el viaje hasta el 17 a las doce del día en que dimos fondo en Cádiz.

Como esta época de invierno no es la más a propósito para viajar, por los malos tiempos, el vapor traía pocos pasajeros, que eran en su mayor parte empleados del Gobierno y oficiales del ejército de Santo Domingo. También venía el famoso jugador de billar don Rafael Laguillo, que acababa de obtener en la Habana grandes triunfos en su difícil arte y que gozaba de grandes simpatías.

En este viaje no hubo lances ni peripecias dignas de especial mención, salvo el hecho, que causaba escándalo y que por cierto no fué corregido ni intervenido por nadie, de que viajaran en un mismo camarote una joven de antecedentes que *no eran dudosos*, con dos *caballeros* que le habían pagado el pasaje a medias. Lo más notable es que uno de los *protectores*, que por cierto era casado, no perdonaba ocasión de criticar y reprobar en tono pedantesco la libertad de costumbres de la Isla de Cuba. Aquel cínico, o más claro, sinvergüenza, era un funcionario público de cierta categoría.

En Cádiz estuve cuatro días para despachar algunos asuntos, y el 21 a las tres y media de la tarde salí en el ferrocarril para Sevilla, donde llegué sin novedad a las ocho de la noche.

Aquí en Sevilla me he establecido a vivir y desarrollar mis negocios. También en los ratos libres he estado ordenando y completando los apuntes y memorias que tenía de estos cuatro años de residencia en la Habana.

También he sabido el desenlace de la guerra de los Estados Unidos, que concluyó con la toma de Richmond por los federales, y capitulación del general confederado Lee con la mayor parte de las fuerzas, a lo que se siguió la disolución del ejército del Sur. Despues de esto, un grave suceso vino a amargar el gozo de la victoria, causando en todos los Estados Unidos una sensación profunda.

El Presidente Lincoln, el hombre eminente que con su firmeza de carácter y su perseverancia, consiguió ver realizada la emancipación de los esclavos, sin haber tenido tiempo siquiera de felicitarse por su triunfo, fué traidoramente asesinado el 14 de abril de 1865, en su palco del teatro del Ford, durante un entreacto, por un tal Wilkes Booth, quien le disparó un pistoletazo, cuya bala le atravesó casi por com-

pleto la cabeza. El asesino saltó inmediatamente del palco al escenario y desapareció por entre bastidores blandiendo un puñal y gritando: *Sic semper tyrannis.*

No se sabe si este crimen ha obedecido a un acuerdo del partido confederado, con la idea de privar al país del hombre enérgico y valiente que ha sabido llevar a cabo un plan grandioso y trascendental, en la creencia de que nadie será capaz de terminarlo, y proponiéndose hacer estallar de nuevo la revolución. También puede haber sido sólo un acto de venganza por resentimientos personales; pero de todos modos, el golpe ha sido terrible para la Unión, en estas circunstancias en que hay todavía diseminados muchos elementos de perturbación y desorden.

El Vicepresidente Johnson fué llamado a ocupar el primer puesto de la República, y pocos días después tuvo la suerte de que fuese preso el presidente Jefferson Davis y los hombres más importantes del partido confederado, con lo que quedó terminada la revolución y abolida para siempre la esclavitud, pero falta todavía arreglar la política que se ha de seguir con los estados rebeldes y discutir los derechos que se han de conceder a las gentes de color, asun-

tos que no carecen de grandes inconvenientes.

Durante la guerra de secesión se han dado 252 batallas o combates más o menos importantes, a saber: 89 en Virginia, 37 en el Tennessee, 22 en el Missouri, 12 en la Georgia, 10 en la Carolina del Sur, 11 en la Carolina del Norte, 7 en el Alabama, 13 en la Luisiana, 16 en el Arkansas, 5 en la Florida, 5 en Tejas, 5 en Maryland, 14 en el Kentucky, una en la Pensylvania (en Gettysburg), una en Nuevo Méjico y una en territorio indio.

Otro asunto que se solucionó pocos días después fué el de Santo Domingo. La opinión pública de España se había pronunciado unánimemente contra la desastrosa guerra que allí se seguía, y el 1.º de mayo, por acuerdo de las Cortes y a propuesta del General Narváez, se determinó el abandono de dicha isla, que se llevó a cabo inmediatamente. De nuestra pasajera dominación allí, sólo quedó el Ducado de la Torre, con que había sido agraciado el General Serrano; algunos generales, jefes y oficiales dominicanos que se vinieron con nosotros por no poder volver a su país, algunos millares de vidas menos, muchos millones perdidos y un capítulo de nuestra historia en que no vamos ganando nada.

¿En qué acabará el Imperio de Méjico? (1).
Sevilla, 30 de julio de 1865.

A. BARRAS.

(1) La contestación a esta pregunta es bien sabida. La evacuación por las tropas francesas que mandaba el mariscal Bazaine en 12 de marzo de 1867 y el fusilamiento en Querétaro del Emperador Maximiliano con Mejía y Miramón, en 19 de septiembre del mismo año. (Nota de F. de las Barras).

# ÍNDICE

Páginas

DOS PALABRAS..... 7

I.—De Sevilla a Cádiz.—Botadura del navío «Isabel II».—Una escuadra holandesa.—Salida de Cádiz y travesía.—Encuentro con buques.—Calma.—Fuego a bordo.—En el mar de las Antillas.—Llegada a la Habana.....

II.—Principios de mi carrera mercantil.—Gobierno del General Cañedo.—Le sustituye Pezuela.—Sus medidas patrióticas.—Manifestaciones políticas en la Prensa.—Nombramiento y entrada del General Concha.—Sus reformas administrativas.—Conspiración separatista.—Creación de los cuerpos de voluntarios.—Ejecución de Pintó..... 11 21

III.—Detalles de la vida ordinaria.—Un desastre financiero.—Baile en el navío «Isa-

Páginas

bel II» para celebrar el nacimiento del Príncipe Alfonso.—Voladura del polvorín de la Marina.—Marcha del General Concha..... 33

IV.—El General Serrano.—Coronación de la poetisa doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.—La anexión de Santo Domingo.—Un incidente.—Unos versos satíricos —Mi enfermedad.—Quiebra de la casa Noriega Olmo y Compañía.—Partida para la península..... 47

V.—*La Habana.*—Descripción de la ciudad.—Monumentos. — Distracciones —Puerto.—Fortificaciones.—Clima.—El «vómito».—Medios de comunicación.—Espectáculos públicos. — Sociedades artísticas y otras.—Sitios céntricos... 59

VI.—*La Habana.*—Sus habitantes.—Los criollos y la doctrina de Monroe.—Los indianos.—Religiosidad.—Forma de gobierno y vida.—Lujo.—Educación.—Tendencias separatistas..... 77

VII.—*La Habana.*—Las cubanas y los cubanos.—Sitios de veraneo.—Bandos galleros.—El juego en general.—El billar..... 91

VIII.—*La gente de color.*—Situación legal y social de los esclavos.—Intervención de Inglaterra contra el comercio de esclavos.—Los negros libres.—Su situación social.—Los negros en los Estados Unidos.—Los mulatos en general.—Las mulatas.—Composición poé-

Páginas

tica titulada «La Mulata».—Los negros de nación.—El día de Reyes.—Los ñáñigos..... 107
IX.—*La trata.*—El negocio y la estafa.—Una venganza.—Etapas de una expedición de negros desde que se proyecta hasta que desembarca..... 125
X.—Regreso.—La salida.—La fragata «Ana Teresa».—Pasajeros.—Muerte de la Marquesa de Selva Nevada.—Conjuro contra la calma.—Un temporal.—Ultimas etapas.—Muerte del Padre jesuíta Morales.—Llegada a Cádiz..... 145
XI.—Preparativos de regreso a la Habana.—Embarque accidentado.—Instalación a bordo.—Consideraciones sobre el mareo.—El casino del buque..... 159
XII. —De Cádiz a Canarias.—Santa Cruz de Tenerife.—Puerto Rico.—La Bahía de Samaná.—Fin de viaje..... 167
XIII.—Otra vez en la Habana.—La cuestión de Méjico.—Salida de la Escuadra española para Veracruz. — Llegada de Prim.—Las escuadras francesas e inglesas.—Guerra de Secesión en los Estados Unidos.—Cuestión entre los Estados Unidos e Inglaterra.—Sucesos de Méjico hasta la retirada de España e Inglaterra.—Final del Gobierno del General Serrano y llegada de Dulce..... 185
XIV.—Política del General Dulce.—Incendio de los almacenes de Regla.—Derribo de

Páginas

las murallas. — Incendio del vapor «Méjico».—Un suceso en el teatro de Tacón.—Un desafío.—Una infamia.—Cacerías.—Varios tipos más o menos interesantes..... 197

XV.—*Santo Domingo.*—Nuestra política y administración en la isla.—Las dos primeras insurrecciones.—Se provoca la tercera y última.—La guerra durante el mando del General Rivero.—Mando del General Gándara.—Consideraciones finales..... 213

XVI.—*Méjico* —Sitio de Puebla por los franceses.—Entrada en Méjico.—Huída de Juarez.—Gobierno provisional. —Votación a favor del Imperio.—La cuestión de los bienes eclesiásticos.—Cambio de política. — Llegada de Maximiliano.—Estado del país al inaugurar su gobierno el Emperador..... 231

XVII.—*Los Estados Unidos desde 1862 a 1865* — Causas de la guerra de Secesión.—Sus efectos posibles en las Antillas españolas.—La opinión en Cuba acerca de la guerra.— Los ejércitos beligerantes.—Operaciones sobre Richmond.—Aprovisionamiento y armamento.—Marina.—Victorias del General Lee.—Decreto de abolición de la esclavitud.—Disturbios en el Norte.—Un General gaditano.—Nuevo plan de campaña.—El General Grant.—La guerra en el mar.—Reelección de Lincoln.... 239

Páginas

XVIII.—Decido regresar a la Península.—El vapor «Isla de Cuba».—Temporal en el Golfo de las Yeguas.—Fin del viaje.—Notas finales sobre las guerras de secesión de los Estados Unidos y de Santo Domingo..... 273

PRECIO: 5 PESETAS.